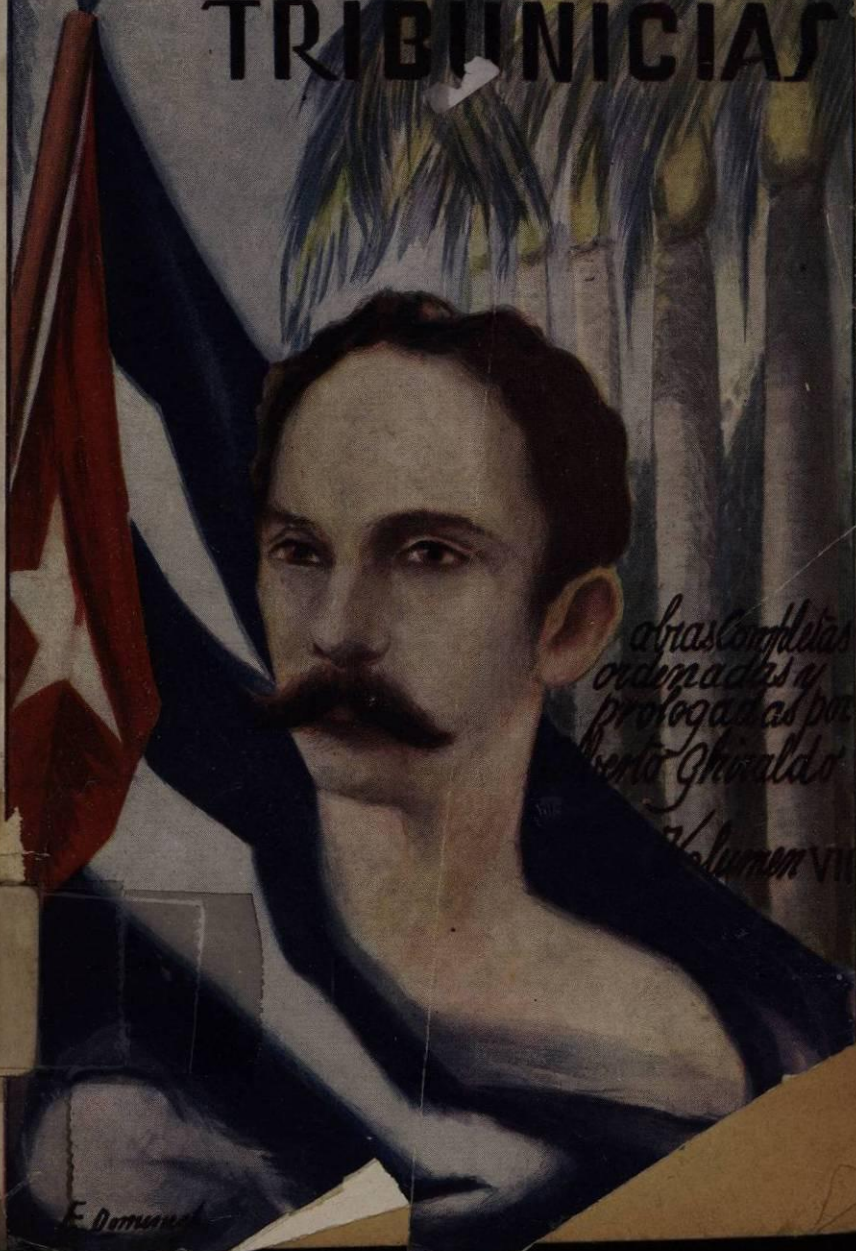


JOSE MARTI TRIBUNICIAS



*Obras Completas
ordenadas y
prologadas por
Benito Ghisaldoni
Tomo VIII*

F. Demaree

Obras

completas

Trinicias

VOL. VI

PQ7389

.M2

v.7

1929

MADRID



1020100993

De Venta en "El Libro de Oro"
No. 300 MIAN DE LATRAMBA
TEL. 300. 55 42 - MONTEVIDEO

23217

TRIBUNICIAS

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

JOSÉ MARTÍ

VOLUMEN VII

TRIBUNICIAS

OBRAS COMPLETAS

ORDENADAS Y PROLOGADAS
POR

Alberto Ghiraldo

1929

Imprenta ARGIS. Tarragona, 22

Teléfono 71843

Madrid

7-0 8475

BIBLIOTECA CENTRAL
U. N. L.

PA 7389
.M2
1929
V.7

PRÓLOGO

Martí, orador

I

Como orador, es Martí uno de los más eficaces y brillantes con que ha contado la América. Basta leer cualquiera de sus grandes discursos para darse cuenta del poder arrollador de su elocuencia. Era siempre un pensador que hablaba. ¡Y con qué dominio de la frase! Fué, sin hipérbole, un verdadero maestro de la palabra. El artista, siempre presente, se exterioriza en ellos con la pompa magnífica del verbo ciceroniano. Los que le oyeron, todos, han conservado la impresión indeleble de un espectáculo único. A las veces, cuando el fuego de la pasión le poseía, parecía una fuerza natural desencadenada. Pero aquella su exaltación delirante, diríase sólo uno de sus secretos para retener mejor a sus auditorios. Cuando creíasele perdido en un océano de palabras, aparecía, infa-

liblemente, el pensamiento-guía, firme, seguro, suavizando encrespamientos, encauzando el torrente que amenazaba desbordarse.

II

Un discurso de Martí es siempre una verdadera obra de arte. El tribuno compone las cláusulas de su oración como un poeta, en la feliz matemática musical de las ideas y las palabras, las estrofas de su poema.

Su influencia como orador revolucionario, como propagandista de un ideal político, es digna de estudio, por lo definitiva y convincente. Pocas veces la elocuencia de un hombre ha llegado a mayor altura y a resultados tan concretos.

A este respecto oigamos a Manuel de la Cruz: «Su vehemencia era el alma de su oratoria. Por esto se concibe fácilmente cómo pudo ser orador popular, popularísimo, hasta despertar la idolatría, siendo de suyo orador de estilo elevado, esencial y profundamente literario, quintaesenciado y frecuentemente oscuro. Su vehemencia vibraba hasta en el timbre de su voz; según los que le oían habitualmente, pocos oradores han dado a su palabra el tono, el calor y la fuerza que imprimía Martí a sus discursos. Era improvisador, y su imaginación nunca le fué infiel, aun cuando escataba la tribuna sin más preparación que la fati-

ga abrumadora de la cotidiana faena, toda de pura labor mental.»

Néstor Carbonell, testigo de excepción, habla de Martí, orador, en la siguiente forma: «Su poder en la tribuna era omnipotente. Era el océano inmenso con sus orquestaciones fragorosas, sus endechas tiernas, sus salpicaduras verdes y sus crespas espumas.» Y Darío, en su Autobiografía: «Orador sorprendente, tenía recursos extraordinarios.» Y en Los raros: «Era orador, y orador de grande influencia. Arrastraba muchedumbres con su palabra este luchador, que hubiera hablado, como Elciis, los cuatro días seguidos, delante del poderoso Otón, rodeado de reyes.»

«Martí—dice Américo Lugo—es el más arrogante de los grandes oradores. Rompe a hablar como corcel que parte el freno o águila que se lanza al infinito. Su palabra padece siempre de divinal perturbación; es simbólica, cual conviene a redentores. Habla por imágenes. Recarga o suaviza los tonos con sin igual maestría. Su corte es clásico; se adorna de poesía; se apoya en la Historia; se rodea de brillante escolta literaria.»

«Martí es el verbo de Cuba luchadora—agrega Vargas Vila—. La elocuencia de Martí es la del corazón. Su frase, oscura a veces, coloreada, radiante en otras, sale de sus labios impregnada de sentimiento, ya sea vaga como la tristeza que agobia su alma, ya tempestuosa y soberbia como la indignación que le posee. Oyén-

dole, se piensa en la patria, en la libertad, en el bien; se alzan en las lontananzas del recuerdo los mirajes de los bosques patrios; se oye como el rumor de Vergniaud en el salón de los Roland, y pasan por la memoria los pálidos héroes del cadalso y de la guerra...»

«Su lenguaje era oro maleable, incrustado de preciosa pedrería», completa Lincoln de Fayas, y, por último, Rafael Spínola, entre cien testigos más, describe así su figura de orador: «Reunía en su persona todas las prendas físicas y morales del verdadero orador; al través de su cutis fino, blanco y sedoso como el de una dama, se veían ir y venir, rápidas, las corrientes nerviosas, ya del corazón a la cabeza, ya de la cabeza al corazón, escapándose al pasar por los labios en caudales de música, de elocuencia y de poesía.»

III

Inspirado, lleno de ardor de patria, recorrió medio mundo con la antorcha de la revolución en las manos, y sembrando por su boca la semilla redentora de un pueblo. Cuba y la América toda le deberán siempre esta obra sin par, tan hermosa cuanto fecunda. Tanto como él, quizás alguno; más que él, en este sentido, nadie.

Encarnó y llevó por el mundo la idea de la Independencia de Cuba—que era la de la dignidad

de América—con tal tesón, con tanta inteligencia, con tal luz en la mente, que escucharlo era entrar en la verdad de su postulado. ¿Quién que le oyó no se sintió contagiado por la fiebre que le enardecía? ¿Quién que le oyó no conservó, ya para siempre, un rayo de su amor, que era el de la libertad?

Olvidado de sí mismo, olvidado de todas las mezquindades humanas, que, como a todos los grandes, le rodearon, sin contaminarle, cruzó por tierras ya libres, demostrando con su verbo que mientras Cuba, su patria, permaneciera sangrando entre los hierros de una monarquía, América no podía considerar terminada su obra emancipadora.

Abanderado de la libertad, no abandonó su enseña, y, con ella en las manos heroicas, cayó, envuelto en sangre y en gloria.

Apóstol, poeta y mártir—símbolo trágico de la libertad—, fué su sino morir, triunfando, en la última de las contiendas libertadoras de América, que él ayudara, en primer término, a preparar con su verbo magnífico y redentor.

Alberto Ghiraldo

DISCURSOS

I

Discurso pronunciado en la velada que, en conmemoración del 10 de octubre de 1868, se realizó en el "Masonic Hall", de Nueva York, la noche del 10 de octubre de 1887.

Señoras y señores:

Más me embarazan que me ayudan estos aplausos cariñosos, porque en vez de estímulos que la enardecen, tiene mi alma, sacudida en este instante como por viento de tormenta, necesidad de reducir su emoción a la estrechez de la palabra humana. Esta fecha, este religioso entusiasmo, la presencia—porque yo siento en este instante sobre todos nosotros—la presencia de los que en un día como este abandonaron el bienestar para obedecer al honor, de los que cayeron sobre la tierra dando luz, como caen siempre los héroes, exige de los labios del hombre palabras tales que cuando no se puede hablar con rayos de sol, con los transportes de la victoria, con el júbilo santo de los ejércitos de la libertad, el único lenguaje dig-

no de ella es el silencio. No sé que haya palabras dignas de este instante. «¡Demajagua!», decía uno de nuestros oradores. «¡Plegaria!», decía otro. ¡Así es como debemos conmemorar aquella virtud, con los acentos de la plegaria! Los misterios más puros del alma se cumplieron en aquella mañana de la Demajagua, cuando los ricos, desembarazándose de su fortuna, salieron a pelear, sin odio a nadie, por el decoro, que vale más que ella; cuando los dueños de hombres, al ir naciendo el día, dijeron a sus esclavos: «¡Ya sois libres!» ¿No sentís, como estoy yo sintiendo, el frío de aquella sublime madrugada?... ¡Para ellos, para ellos todos esos vítores que os arranca este recuerdo glorioso! Gracias en nombre de ellos, cubanas, que no os avergonzáis de ser fieles a los que murieron por vosotras; gracias en nombre de ellos, cubanos, que no os cansáis de ser honrados.

¿Por qué estamos aquí? ¿Qué nos alienta, a más de nuestra gratitud, para reunirnos a conmemorar a nuestros padres? ¿Qué pasa en nuestras huestes, que el dolor las aumenta y se robustecen con los años? ¿Será que, equivocando los deseos con la realidad, desconociendo por la fuerza de la ilusión o de nuestra propia virtud las leyes de la naturaleza, que alejan al hombre de la muerte y el sacrificio, queramos infundir con este acto nuestro, con este ímpetu, con este anuncio, esperanzas que son culpas cuando pueden costar la vida al que las concibe, y el que las pregona no puede realizarlas? ¿Será que, sometiendo como vulgares ambiciosos el amor patrio al interés personal o la pasión de partido, estemos tratando con saña enfermiza el modo de echar inoportunamente sobre nuestra tierra una barcada de héroes in-

útiles, impotente acaso para acelerar la agregación inevitable de las fuerzas patrias, aun cuando llevasen, con la gloria de su intrepidez, el conocimiento político y la cordial grandeza que han de sustentarla? No: ni la debilidad nos trae aquí, ni la temeridad. ¿No nos afligimos, no nos buscamos unos a otros, no nos adivinamos en los ojos un llanto de sangre, no andamos con la mano impaciente, con el dolor de la carne herida en nuestra carne, en cuanto sabemos de alguna nueva tristeza de la patria, de algún peligro de los que allá viven, de alguna ofensa a los que allá nos desconocen, del sacrificio estéril de algún valiente infortunado? ¿No nos regocijamos noblemente cuando se espera de nuestros mismos dominadores una concesión de justicia, un bien parcial, que aunque lastime nuestras aspiraciones grandiosas, aunque retarde nuestro ideal absoluto, y nuestra vuelta al país, le prometa, sin embargo, una calma relativa, de que no queramos gozar nosotros? ¿No nos agitamos, no perderemos el interés en nuestro quehacer usual, no sentimos, cuando sabemos que hemos de reunirnos para estos actos nobles, como más claridad, como más ternura, como más dicha, como más elocuencia, como una verdadera resurrección en nuestras casas? ¡Pues por eso estamos aquí: porque la prudencia puede refrenar, pero el fuego no sabe morir; porque el amor a nuestro país se nos fortalece con los desengaños y es superior a todos ellos; porque el pesar de vernos ofendidos por los que no saben imitar nuestra virtud, es menos poderoso que este impulso de los que morimos en silencio fuera del suelo natal, para prolongar siquiera la vida recordándolo; porque tal vez divisamos el peligro y nos aparejamos a ser dignos de él!

Ese impulso nos arrastra, nos pone en pie, como si viviéramos aún, devuelve a nuestros labios la palabra, cansada ya de torneos pueriles. ¿Qué somos nosotros más que lo que nos decía esta noche un anciano respetable? ¿Qué somos nosotros más que «mártires vivos»? Vivimos entre sombras, y la patria que nos martiriza nos sostiene. Con las manos tendidas, con la señal del cuchillo en la garganta, con los vestidos sirviendo de últimos manteles a los ladrones, comida hasta la rodilla—¡hasta la rodilla no más!—de gusanos, la imagen de la patria siempre está junto a nosotros, sentada a nuestra mesa de trabajar, a nuestra mesa de comer, a nuestra almohada. Desecharla es en vano; ni ¿quién quiere desecharla? Sus ojos, como los ojos de un muerto querido; nos siguen por todas partes, nos animan cuando estamos honrándola con nuestros actos, nos detienen cuando nos sentimos tentados a alguna villanía, nos hielan cuando pensamos en abandonarla. ¡Cierra los ojos, y parece que se cierra la vida! Queremos ir por donde nos manda el interés, y no podemos ir sino por donde nos manda la patria. Cuando el sol brilla para todos, menos para nosotros; cuando la nieve alegra a todos, menos a nosotros; cuando para todos menos para nosotros tiene la naturaleza cambios y fragancia, un aire sutil viene por sobre el mar, cargado de gemidos, a hablarnos de dolores que todavía no han logrado consuelo, de vivos que desaparecen en el misterio, de derechos mutilados, más tristes de ver que los mismos hombres muertos. El alma no duerme, ni sabe del día: ásperos y como soldados sin armas salen de la mente, llenos de vergüenza, los pensamientos. ¿Qué importa el sol? ¿Qué importa la nieve? ¿Qué impor-

ta la vida? La patria nos persigue, con las manos suplicantes; su dolor interrumpe el trabajo, enfría la sonrisa, prohíbe el beso de amor, como si no se tuviese derecho a él lejos de la patria; una mortal tristeza y un estado de cólera constante turban las mismas sagradas relaciones de familia: ¡ni los hijos dan todo su aroma! Aturdidos, confusos, impotentes, los que viven lejos de la patria sólo tienen las fuerzas necesarias para servirla.

Así vivimos. ¿Quién de nosotros no sabe cómo vivimos? ¡Allá, no queremos ir! ¡Cruel como es esta vida, aquella es más cruel! Nos trajo aquí la guerra, y aquí nos mantiene el aborrecimiento a la tiranía, tan arraigado en nosotros, tan esencial a nuestra naturaleza, que no podríamos arrancárnoslo sino con la carne viva. ¿A qué hemos de ir allá, cuando no es posible vivir con decoro, ni parece aún llegada la hora de volver a morir? ¿Pues no acabáis de oír esta noche una voz elocuente, que nos sacaba, recordando aquella vergüenza, las llamas a la cara? ¿A qué iríamos a Cuba? ¿A oír chasquear el látigo en espaldas de hombres, en espaldas cubanas, y no volar, aunque no haya más armas que ramas de árboles, a clavar en un tronco, por ejemplo, la mano que nos castiga? ¿Ver el consorcio repugnante de los hijos de los héroes, de los héroes mismos, empuñados en la pereza, y los viciosos importados que ostentan, ante los que debieran vivir de espaldas a ellos, su prosperidad inmunda? ¿Saludar, pedir, sonreír, dar nuestra mano, ver a la caterva que florece sobre nuestra angustia, como las mariposas negras y amarillas que nacen del estiércol de los caminos? ¿Ver un burócrata insolente que pasea su lujo, su carruaje, su dama, ante el pensador augusto que va a pie a su lado, sin

tener, de seguro, dónde buscar en su propia tierra el pan para su casa? ¿Ver en el bochorno a los ilustres, en el desamparo a los honrados, en complicidades vergonzosas al talento, en compañía impura a las mujeres, sin los frutos de su suelo al campesino, que tiene que ceder, al soldado que mañana le ha de perseguir, hasta el cultivo de sus propias cañas? ¿Ver a un pueblo entero, a nuestro pueblo, en quien el juicio llega hoy adonde llegó ayer el valor, deshonorarse con la cobardía o el disimulo? Puñal es poco para decir lo que eso duele. ¡Ir a tanta vergüenza! Otros pueden. ¡Nosotros, no podemos!

Pero no estamos aquí para censurar a nuestros hermanos en desdicha, a nuestros hermanos mayores en desdicha, porque el valor que necesitan para soportarla es más que el que para esquivarla demostramos nosotros; no estamos aquí para suponer en ellos, con necia arrogancia, la falta de virtudes que sean nuestro patrimonio exclusivo. ¡Yo las he visto brotar bajo aquella opresión con tanto brío, con más brío a veces que el que cabe ya en nuestras almas fatigadas! Astros apagados ya para nosotros, en el fuego de la libertad que consume los astros, todavía son para ellos soles; el amor a la patria, que es en nosotros inquebrantable juramento y melancólica constancia, es en ellos asomo de aurora y épico frenesí. ¡Por cada uno que cae en la vileza, hay dos que se avergüenzan de él! Si el reposo, que es tan necesario en la Historia, favorece el desarrollo del juicio, no maldigamos del reposo—que cesará por sobre cuantos lo estorben cuando tenga fuerzas para cesar—, porque la catástrofe innecesaria de nuestra guerra demuestra que el valor es estéril—el mismo valor loco a cuyo recuer-

do hierve la sangre y se dibuja en la sombra un caballo ensillado que nos convida—cuando la razón, que es otra forma de valor, no lo preside. ¡Quién cuenta desde aquí las almas que allá acarician, con el fervor creciente por la ofensa diaria, los mismos deseos de que sólo los presuntuosos entre nosotros pueden suponerse únicos depositarios! ¿Quién no oye lo que se dicen aquellos puños cerrados, aquellos labios mordidos, aquellas mejillas encendidas? ¿Quién no se enorgullece, como si fueran suyas propias, de las virtudes, de la inteligencia singular, de los hábitos de trabajo, de la facilidad magnífica para todo lo bello y difícil de que nuestra patria da prueba pasmosa, surgiendo de aquella llaga que se la come, como de los mismos cerdos muertos surgen con el azul más puro florones de luz? ¡Todos, todos son nuestros hermanos, nuestra carne, nuestra sangre, lo mismo los que piensan con más tibieza que nosotros, que los que han pensado con ineficaz temeridad! Precipitar ¿cuándo fué salvar? ¿Ni qué valdrá, más que lo que valen las alas de un colibrí en una tormenta, que los de flojo corazón levanten las manos pálidas al cielo el día en que, recobrada la salud, decrete el país que no se contenta con dietas de honor? ¡Las aves indecisas, para protegerse mejor, se agregarán a la bandada! ¿Qué es ponerse a murmurar unos de otros, a recelarse, a odiarse, a disputarse un triunfo que sería efímero si no fuera unánime, de todos, para todos, porque unos han vivido acá y los otros allá? ¿Cómo los que han padecido menos osan afectar desdén, que si fuera real sería fratricida e impolítico, hacia los que han padecido más, hacia los que acaso les han permitido, con su silencioso sacrificio, con la prudencia con que usan de

su poder moral, intentar los remedios parciales que en vano recomiendan, sin los obstáculos que con amor menos virtuoso a la patria hubiéramos podido en todo instante oponerles, pero que guardamos celosamente para su hora, no por agasajo a nadie, no por temor de nadie, sino por aquel prudente amor al país, por aquel supremo amor al país, ante el que se deponen todas las pasiones? Vacilen éstos, retráiganse aquéllos, condenemos otros; todos nos juntaremos del lado de la honra, en la hora de la vindicación y de la muerte.

Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros, porque como nosotros piensan todos, aun cuando, como quien quiere sofocar el aire, quieran sofocar el pensamiento; porque nosotros, como los persas, que se refugiaron a adorar el fuego, que era el símbolo de la patria sometida por el moro, a las cumbres solitarias adonde no hallaba camino el opresor, con el fuego sagrado nos refugiamos, orgullosos de nuestra soledad, en las cumbres de nuestras conciencias. ¡Nosotros somos el deseo escondido, la gloria que no se pone, el fin inevitable! Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros, sino si sirven a la patria con aquel filial gusto, con aquella sabia indulgencia, con aquel dominio de las antipatías señoriales, con aquel acatamiento del derecho del hombre ineducado a errar, con aquel estudio de los componentes del país y el modo de allegarlos en vez de dividirlos, con aquel supremo sentido de justicia que puede únicamente equilibrar en lo futuro tenebroso el resultado natural de las injusticias supremas, con aquel ingenuo afecto a los humildes que encadena las voluntades incultas en vez de agriarlas y llevarlas de la mano al enemigo, con aquel respeto a la patria

que prohíbe agitarla inoportunamente en provecho de la vanidad o el interés, con aquel incendio del alma ante la injusticia que muchos aventureros del pensamiento fingen con semejanza y arte tales que llegan a ser caricaturas acabadas de la gloria. Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros, sino si, divisando lo por venir con la mirada segura que es dote esencial de los que pongan manos en las cosas del Estado, dirigen sus actos de modo que, en vez de levantar sin propósito y dirigir sin cordialidad pasiones que no se podrán apagar luego sino con la acción, prevean y dispongan ésta, se conformen a la política real de la Isla y contribuyan a la conservación y reforma de sus fuerzas y al fortalecimiento y pujanza de los caracteres. Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros, sino si, comprendiendo a tiempo el carácter fogoso y enérgico que el padecimiento bajo la tiranía, el destierro en países de república y su natural apasionado de la libertad, han creado en el cubano, disponen la patria para acomodarla a él, en vez de amenguarla con planes de mando exclusivo, o con soberbias de grupo alucinado, o con esperanzas cobardes de ayudas extrañas—peligrosas e imposibles—. Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros, sino si, familiarizados con la grandeza, como han de estar los que pretenden influir en tiempos que la requieren, en vez del odio raquíptico a lo inferior en orden social, a lo que no comulga en el propio templo, a lo que ha nacido en la propia tierra, demuestran la determinación conocida de obrar sin odio, el día en que nos reconozca la Historia nuestra autoridad sobre la casa que recibimos de la Naturaleza.

Con ese cuidado escrupuloso vivimos; todos

esos problemas conocemos; nos ocupamos firmemente, no en llevar a nuestra tierra invasiones ciegas, ni capitanías militares, ni arrogancias de partido vencedor, sino en amasar la levadura de República que hará falta mañana, que tal vez hará falta muy pronto a un país cuya independencia parece inmediata, pero que está compuesto de elementos tan varios, tan suspicaces, de amalgama tan difícil, que los choques que ya se vislumbran y que han ayudado acaso a acelerar aquellos cuya única labor real era impedirlos, sólo pueden evitarse con el exquisito tacto político que viene de la majestad del desinterés y de la soberanía del amor. ¡Y pasamos tal vez por agitadores perniciosos los que, sujetando los impulsos menos dóciles, sólo queremos tener limpio el camino por donde, al fin, ha de buscar su salvación la patria! Se amenaza con nosotros a Cuba—se acusa de complicidades con nosotros a un partido cubano que ni aun por sus personas más inquietas solicitó ni aceptó nunca el menor roce con los que creemos inevitable, aunque el pensarlo sólo agobie, la guerra que parece ser, por desdicha, el único medio de rescatar a la patria de la persecución y el hambre—; se llega a suponer, con ligereza que devolvemos sin respuesta, que los que aquí meditamos con respeto de hijos el modo de ahorrar a nuestro país conmociones estériles, de subordinar a su mandato nuestros más gloriosos ímpetus, de alimentar en el silencio las virtudes que han de serle útiles, de dar tiempo a que se robustezca su carácter para la lucha que acaso sea precisa, de confundir en concordia todos sus elementos, de no enajenarnos ninguno de los factores imprescindibles, de disponer cuanto en la hora suprema pueda abreviar el sacudimiento,

acelerar el triunfo y fundar la patria libre—no somos más que una turba irreflexiva, tocada de monomanía sangrienta.

Esta no es hora de decir cómo no han sido inútiles para la emigración cubana veinte años de experiencia, de manifestación y roce francos, de choque de ambiciones y noblezas, de prueba y pugilato de los caracteres, de lucha entre la pasión desconsiderada y el juicio que desea someterla al desinterés de la virtud. No es hora de decir, cuando se conmemoran hazañas a cuyo lado palidece el simple cumplimiento del deber, cómo en la oscuridad, grata al verdadero patriotismo, se procura con sagrada pureza librar de estorbos, no para todos visibles, el porvenir del país, y, en vez de trabajar sin fe y desconcertados en pro de una fórmula postiza, condenada de antemano, por la fuerza de lo real, a corta duración, se atiende, con el odio puesto al suelo, que no ha cesado todavía de hervir, el espíritu vivo de la patria; a la recomposición de sus elementos históricos, más temibles mientras más desatendidos, y más reales, en su descanso natural e inacción aparente, que las sombras que sólo tienen aparato de cuerpo palpable porque se amparan de ellos y les sirven de transitoria vestidura; a la preparación de la guerra posible—puesto que mientras sea la guerra un peligro, será siempre un deber prepararla—, de manera que en el seno de ella vayan las semillas. ¡de no muy fácil siembra!, que después de ella han de dar fruto. Agitar, lo pueden todos; recordar glorias, es fácil y bello; poner el pecho al deber inglorioso, ya es algo más difícil; prever es el deber de los verdaderos estadistas; dejar de prever es un delito público, y un delito mayor no obrar, por incapacidad o por miedo, en acuerdo

con lo que se prevé. No es hora de decir que puesto que la guerra es, por lo menos, probable en Cuba, serán políticos incapaces todos los que no hayan pensado en el modo de evitar los males que pueden venir de ella. ¡Pero todas las horas son buenas para declarar que aquí los corazones no son urnas de devastación prontas al menor empuje a volcarse sin miramiento sobre el país, sino aras valientemente defendidas, donde se guardan sus últimas esperanzas de manera que las pasiones intersadas no las pongan en manos del enemigo, ni la traición disimulada las defraude!

¿Guerra? Pues si se hubiese querido tenerla siempre encendida, ¿cuándo ha faltado una montaña inexpugnable ni un brazo impaciente? Refrenar es lo que nos cuesta trabajo, no empujar; lo que nos cuesta trabajo es convencer a los hombres decididos de que la mayor prueba de valor es contenerlo; pues ¿qué cosa más fácil que la gloria a los que han nacido para ella, ni qué deseo más impetuoso que el de la libertad en los que ya han conocido, en el brío del combate y en la vela de armas, que es digna de sus heraldos naturales, el sacrificio y la muerte? Las manos nos duelen de sujetar aquí el valor inoportuno. Si no lleva la emigración la guerra a Cuba, acaso será porque cree que no debe aún llevarla; acaso será porque hay en su seno mucho hombre sensato, que prefiere dar tiempo a que los hechos históricos culminen por sí en toda su fuerza natural, a precipitarlos por satisfacer impaciencias culpables, a comprometerlos con una acción prematura, con una acción que, habiendo de conmover, de trastornar, de ensangrentar el país, debe esperar para ejercerse a que, por todo lo visible y de indudable manera, no sólo necesite el país la con-

moción, sino que la desee, por el extremo de su desdicha y lo irrevocable de su desengaño. ¡Aquí no somos jueces, sino servidores! ¿Quién dice que aquí queremos llevar a nuestra patria en mala hora una guerra que tuviese más probabilidades de ser vencida que de vencer en corto plazo? Aun cuando la tuviéramos en nuestras manos, aun cuando sólo aguardase la señal de partir, de partir para el viaje santo y ligero, corazón a corazón iríamos llamando, afrontándolo todo en la angustiosa súplica, para que no diesen rienda al valor impaciente hasta que ya no hubiera modo de salvar sin esa desventura a la patria.

Acá, en esta tiniebla, precedió de sangre en nuestra historia como en la naturaleza, ya nos parece divisar el día; ya, confundiendo con el miedo el recogimiento semejante a la duda que precede a las sacudidas nacionales, irrita un desdén insolente la última paciencia del país, avergonzado de su credulidad; ya, con el favor inicuo de Gobiernos que traicionan a su patria usurpando una autoridad que no osan ejercer con honra, se preparan nuestros dominadores a provocar la Isla a una guerra incompleta y prematura, a azuzar acaso los inquietos y los ciegos de nuestro propio bando, para segar al país la flor nueva que ha echado en medio de los vicios, para pasear la hoz a cercén, antes de que vibre en los brazos la indignación madura, sobre el pueblo culpable de haber sabido perdonar a sus déspotas, creer en su honor, confiar en que con la generosidad heroica los obligaría a la justicia; ya parece menos lejano el instante doloroso, como todo nacimiento, en que se realicen al fin las esperanzas que enfrena la cordura, pero que no deben morir jamás, porque con ellas morirían la verdad y la grandeza.

Más si esperásemos en vano; si la zozobra en que vivimos, o el ardor del deseo, nos anublase el conocimiento; si otra solución política fuera superior a la nuestra; si por la virtud de otros esfuerzos lograrse nuestra patria, contra todo lo probable, una calma relativa; si tanto como por cualquier otro esfuerzo, se lograra por el de nuestra actitud sin plácemes y sin gloria, por nuestro poder secreto e imperante, por el látigo invisible que aquí todos tenemos en las manos, lógrese en buena hora, aunque de esta última herida que le falta para ya morir, cese nuestro corazón de latir con la esperanza que lo alienta. ¡Lo que importa no es que nosotros triunfemos, sino que nuestra patria sea feliz! Pues ¿para qué se es hombre honrado, para qué se es hijo de un pueblo, sino para tener gozo en padecer por él, y en sacrificarse hasta las mismas pasiones grandiosas que nos inspira?

Pero si, como anuncian los tiempos, fracasa el empeño de obtener de España para los cubanos la suma de derechos que pudiese hacer llevadera la vida a un pueblo visiblemente dispuesto a volver a arrostrarla por su libertad; si con invenciones satánicas o ardides felices arrastra al país a una guerra, que no nos hallará desprevenidos, aquella parte perniciosa del elemento español que lo perturba; si la ira heroica o la palabra imprudente contribuyesen de parte nuestra a acelerar la lucha armada por que suspira, procurando escoger la hora y lugar de la batalla, nuestro astuto enemigo, ¡aquí habremos mantenido, sin avergonzarnos de ella, sin abatirla, sin ondearla como mercancía temible, sin asustar con ella a los políticos flojos e imprevisores, la bandera que no adorna hoy nuestros muros porque mientras

no pueda conducirnos a la victoria, mejor está plegada! ¡Aquí, en el trato abierto y en el estudio de nuestras pasiones, hemos robustecido, mientras nos acusaban y tenían en poco, los hábitos que harán mañana imposible el establecimiento en Cuba de una República incompleta, parcial en sus propósitos o métodos, encogida o injusta en su espíritu! ¡Aquí hemos aprendido a conocer y a resistir los obstáculos con que pudiera tropezar la patria nueva: el interés del hombre de guerra, la pasión del hombre de raza, la soberbia de los letrados, la desvergüenza del intrigante político! ¡Aquí, en el conflicto diario con el pueblo de espíritu hostil donde nos retiene, por única causa, la cercanía a nuestro país, hemos amontonado, y son tantas que llegan al cielo, las razones que harían odiosa e infecunda la sumisión a un pueblo áspero que necesita de nuestro suelo y desdeña a sus habitantes! ¡Aquí hemos aprendido a amar aquella patria sincera donde podrán vivir en paz los mismos que nos oprimen, si aprenden a respetar los derechos que sus hijos hayan sabido conquistarse; donde podrán vivir en amor los esclavos azotados y los que los azotaron!

¡Oh, no! No es visión de la fantasía esa patria venidera donde, con la fuerza gloriosa de las ideas, que parecen hechas para recoger del ambiente el genio y la luz, prosperará, sin ayudas extrañas que lo consuman, el hombre en quien la libertad ha infundido a la vez la virtud de morir por ella y la inteligencia necesaria para ejercitarla; el hombre que reúne a la industria con que los pueblos se edifican, el brío que salva a la libertad de los que, para explotarla o desviarla, suelen saltar, con la agilidad del ambicioso, a su cabeza: el hombre cubano. ¿Aniquilado el cuba-

no? ¿Desmayado el cubano? ¿Indigno el cubano de que, por esperar la ocasión de servirlo, desdénamos, con tenacidad misteriosa, el bienestar seguro y los más gratos honores? ¿Quién nos impele, quién nos aconseja, quién nos conduce que besamos con amor la mano que nos arrastra por la vía oscura y terrible? ¡Todo, oh patria, porque cuando la muerte haya puesto fin a esta fatiga de amarte con honor, puedas tú decir, aunque no te oiga nadie: «Fuiste mi hijo»! ¡No hay más gloria verdadera que la de servirte sin interés y morir sin manchas! ¿Indigno el cubano? ¡Antes debemos, con todas las fuerzas de la admiración y todo el cariño del alma, saludar a los que surgen radiantes de aquella podredumbre, como las frutas más lucidas y jugosas brotan de la tierra fecundada por el pestilente abono, y echar sobre el mar, con las alas tendidas, un entrañable abrazo hacia los que en aquel aire enlutado insisten en la virtud, nutren el valor, enriquecen la ciencia, practican la literatura viril, improvisan con nunca vista rapidez las cualidades de los pueblos en sazón, y guardan la casa santa del contacto impuro! Como la libertad es la sombra de la tiranía, como las virtudes florecen sobre los cadáveres de los que las poseyeron, como la juventud orea los pueblos cansados, allí donde el sol brilla, donde las palmeras visitadas del rayo ya retoñan, donde cruzan centelleando por el aire las almas de los héroes, donde en el silencio de los caminos hay aún bastante sombra para el honor, se levanta con nuevo poder, con el poder de la indignación contenida, aquel pueblo que han dado por muerto los que, aunque vivan en su seno, lo desconocen u olvidan, los que no cambian todas las glorias y bienes del mundo por el placer inefable de oírlo pal-

par. A los que confían en tener aún por mucho tiempo sujeto a un régimen que es el oprobio de los que lo mantienen, aquel pueblo nuestro que, sin más conspiración que la de su desdicha, ya se lleva la mano a la frente, ya se pone en pie, ya recuerda de qué lado se cargan las armas, decidles lo que vi yo en los fríos de New York hace siete años: Era un anciano. En su alma inmaculada no cabía el odio, no era hombre de libros. ¡Los libros suelen estorbar para la gloria verdadera! Cuando despertó nuestro Oriente, dejó sola, para ir a pelear, la mujer de su cariño y la rica hacienda que levantó con sus propias manos. La guerra le había curtido: había estado los diez años en la guerra. Después de aquella paz, le prendieron, con sus tres hijos. Huyó con ellos de su prisión en España. No le esperaba la pobreza en el extranjero. Se hablaba entonces de sujetar, con un renacimiento de la guerra mal apagada, las aspiraciones temibles y activas que se disponían a sustituirlas. Y aquel anciano de setenta y tres años, que ya había peleado por su patria diez, vino a decirme: «Quiero irme a la guerra con mis tres hijos.» La vida seca las lágrimas, pero aquella vez me corrieron sin miedo de los ojos. ¿Qué tiene la historia antigua de más bello? Y decidles lo que vi ayer: Es un niño, recién llegado de Cuba. Lleva en la frente pensativa la tristeza de quien vive entre esclavos, la determinación de quien decide dejar de serlo. ¡La tiranía no corrompe, sino prepara! ¡Qué cólera la de un pueblo forzado a acorralar su alma! Trae en los ojos la cólera de su pueblo. El sabe de dónde viene la injuria, cómo no se espera remedio pacífico, cómo el país está dejando ya caer los brazos para levantarlos. Habla poco. Se pone a cada instante en pie. «Iré,

iré de los primeros», dice. Y espera impaciente, como un potro enfrenado.

Dicen que es bello vivir, que es grande y consoladora la Naturaleza, que los días, henchidos de trabajo dichoso, pueden levantarse al cielo como cantos dignos de él, que la noche es algo más que una procesión de fantasmas que piden justicia, de mejillas que chispean en la oscuridad, de hombres avergonzados y pálidos. Nosotros no sabemos si es bella la vida. Nosotros no sabemos si el sueño es tranquilo. Nosotros sólo sabemos sacarnos de un solo vuelco el corazón del pecho inútil y ponerlo a que lo guíe, a que lo aflija, a que lo muerda, a que lo desconozca la patria! ¿Con qué palabras que no sean nuestras propias entrañas podremos ofrecer otra vez a la patria afligida nuestro amor, y decir adiós, adiós, hasta mañana, a las sombras ilustres que pueblan el aire que está ungiendo esta noche nuestras cabezas? ¿Con velar por la patria sin violentar sus destinos con nuestras pasiones, con preparar la libertad de modo que sea digna de ella!

II

Discurso pronunciado en la velada que, en conmemoración del 10 de octubre de 1868, se realizó en el "Masonic Hall", de Nueva York, el 10 de octubre de 1888.

Señoras y señores:

Brevísimas frases, puesto que hemos empleado tanto tiempo, por el ardor inevitable del corazón, en dar salida a las pasiones evocadas por el recuerdo y la presencia de nuestros héroes, que ya no nos queda a esta hora adelantada de la noche espacio ni ocasión para rebajar con frías palabras de análisis, por necesarias que sean, por indispensables que sean en la época que atraviesa sin guía fijo ni ideal adecuado nuestro país, el entusiasmo que inspira a nuestras almas leales, más que el recuerdo santo de la guerra, la determinación de que una política incompleta y parcial, floja con los enemigos y despótica con los propios, no nos arrebatase las conquistas obtenidas por la grandiosa unión en la muerte, por la precipita-

ción de tiempos, con que la guerra, necesaria ayer, justa hoy como ayer, probable en todo instante, restableció en Cuba, con divino calor, el equilibrio interrumpido por la violación de todas las leyes esenciales a la paz estable en las sociedades humanas. Miente a sabiendas, o yerra por ignorancia o por poco conocimiento en la ciencia de los pueblos, o por flaqueza de la voluntad incapaz de las resoluciones que imponen a los ánimos viriles los casos etremos, el que propale que la revolución es algo más que una de las formas de la evolución, que llega a ser indispensable en las horas de hostilidad esencial, para que en el choque súbito se depuren y acomoden en condiciones definitivas de vida los factores opuestos que se desenvuelven en común.

¿Pero cómo ha de detenerse ahora a demostrar eso, ni a censurar la locura de ir dividiendo en vez de ir juntando, los elementos necesarios en Cuba para la vida nacional; ni a condenar la torpeza de los que propagan una política que puede parar en la guerra, sin ir ordenando desde ahora los elementos necesarios para ella; ni a castigar la arrogancia de los que aumentan con sus prácticas imperiales los odios de un país que necesita tanto amor; cómo ha de detenerse ahora la exposición de nuestros misterios políticos, y en estudiar el modo de ir guiándolos por entre ellos, la palabra conmovida, la palabra arrebatada a casi sobrenatural trastorno, por las memorias, bellas como poemas y serenas como juicios históricos, de este hombre sacerdotal que vió en la hora de la explosión salir de la tierra, como soles de la noche y columnas de la soledad, a aquel florón de héroes? Siente fuerzas de Júpiter el puño al recordar tantas hazañas, y el pecho estremecido conoce la fu-

ria del mar y sus tormentas: ¡acaso se necesita más valor para mantenerse en esta obscuridad que para volar a imitarlos!

La palabra ha caído en descrédito porque los débiles, los vanos y los ambiciosos han abusado de ella. Pero todavía tiene oficio la palabra, si ha de servir de heraldo el cumplimiento de la profecía del 10 de octubre; si ha de impedir que a la tiranía de un gobierno secular sucedan, con daño público y beneficio pasajero de una casta, las tiranías civiles o militares, con cuyos estragos suelen vengarse las metrópolis vencidas de los pueblos nuevos que han tenido más valor para vencer al opresor que para extirparse de la sangre envenenada los hábitos de señor con que la gente soberbia y pedantesca antes prepara que estorba el camino a las cóleras de los humillados, harto justas, y a los despotismos militares que sobre éstas se fomentan, y con los odios y pequeñeces de los políticos débiles e intrigantes se mantienen y ayudan. Todavía tiene oficio la palabra, si en vez de ir disponiendo en un país heterogéneo y de constitución democrática el triunfo efímero de una casta arrogante sobre un pueblo hambriento de justicia real y empleo libre de las fuerzas que le cuesta tan caro conseguir, dispone, como aquí disponemos, sin negar con los actos lo que predicamos con la doctrina, el equilibrio de los factores inevitables del país y la obra cordial de todos para el bienestar común, porque nada menos que ella, y no señoríos pueriles y libertadores a lo ingiés, es necesario para el triunfo en el conflicto posible, y para la paz después del triunfo, y aún para la vida sana de la patria antes de él. Todavía tiene oficio la palabra para recoger de esta noche hermosa, y levantar como estandarte blanco, la de-

claración de que no nos animan odios ciegos contra el español ni hemos de continuar esclavizando con nuestras preocupaciones al hombre negro que redimimos ayer con nuestra bravura, y murió a nuestro lado, no con menor gloria ni mérito que nosotros, por conquistar, para ellos y para nosotros, la libertad. ¡Jamás echaremos de nuestro lado, antes llamaremos con la voz honrada y los brazos de par en par abiertos, al hijo de España que nos ayude a reedificar el pueblo que sus compatriotas destruyen: porque no ha de ser en esa fortuna menos Cuba que los demás pueblos de América, donde el español no vió la libertad con ojos tibios, ni hemos de olvidar que si españoles fueron los que nos sentenciaron a muerte, españoles son los que nos han dado la vida!

Y al negro le diremos—porque no hay injuria en decir negro como no la hay en decir blanco—que no está en el ánimo de los que mantenemos el espíritu de revolución permitir que con odios nuevos y desdenes inconvenientes e indignos de nobles corazones se pierdan los beneficios de aquella convulsión gloriosa y necesaria, porque nada menos que el ejercicio práctico de las grandezas de la guerra fué preciso para reparar y hacer olvidar la injusticia que la produjo. No nos levantaremos, no, de la mesa del banquete porque se va a sentar un negro a ella, sino que, aplicando a la ley de la política la ley del amor, de que da muestra suma y constante la naturaleza, le diremos lo que me decía Tomás Estrada Palma hablándome de su negro Fernando: «¡era mi hijo!», lo que en la majestad de su tienda de campaña decía Ignacio Agramonte de su mulato Ramón Agüero: «este es mi hermano».

Y a todos les diremos: Acá en estos fríos hay co-

razones viriles y probados que no se impacientan por el triunfo ajeno, ni se cansan con la espera forzosa, ni se deslumbran con la osadía vulgar del despotismo, ni se aturden con las intrigas, ni se dejan sacar de camino por la pasión irreflexiva, ni confunden el sentido con el sentimiento, ni sacrificarán su patria a una idea ciega, ni estarán en el destierro ocioso una sola hora, cuando por la perfección de su propia obra, o la brusca interrupción de la ajena, o los insultos repetidos del opresor, reluzca el día en que, despertando los bosques donde cayeran con un ¡viva Cuba! en los labios, saldrán a recibirlos con los brazos abiertos aquellas sombras que protegen, y que protegerán siempre a la patria, de la descomposición que con la ayuda, ¡que con la complicidad! de sus hijos soberbios y torpes adelanta a mano fría el tirano! ¡Púdrase de un lado la isla o púdrase toda: aunque eso no ha de ser jamás, porque la tiranía fomenta la virtudes que la matan; porque el recuerdo de los héroes y la urgencia visible de su reaparición desvanece el influjo de los que no los saben obedecer en quienes arden ya por imitarlo, porque a nuestras almas desinteresadas y sinceras, a nuestras almas que son urnas, que son espadas, que son altares, no llegará jamás la corrupción!

Hoy mismo, evocando recuerdos, me hablaba nuestro presidente de lo que en Cuba presencié un ilustre irlandés. Era la noche. Era la victoria. Teas de júbilo ciñeron de pronto la hoya donde vigilaba el campamento de Calixto García Iñiguez. Ya se acercan los triunfadores, los que han quitado al contrario tres cornetas, diecinueve fusiles, ochenta vidas. En la procesión venía, levantado de codos sobre su camilla, un niño glorioso.

Traía la pierna atravesada. Era horrenda la boca de la herida. Parecía, enmarañada y negruzca, un bosque de sangre. El dolor le iba y venía al niño herido, a Pedro Vázquez, en olas de muerte por el rostro. Todos lo rodeaban con ternura. No bajaba la cabeza. No abría el puño cerrado. Los labios, apretados, para que no se le saliese la queja. Al irlandés le pareció el niño sublime. ¡Nosotros somos, y nadie nos podrá arrebatarnos la honra de ser, nosotros somos como el niño del campamento! Heridos, en la agonía del destierro, tan cerca del hueso que no nos parece que cuelga más que de un hilo la vida, ni nos quejamos, ni bajamos la cabeza, ni abrimos el puño, ni lo volvemos sobre nuestros hermanos que yerran, ni se lo sacaremos de debajo de la barba al enemigo hasta que deje nuestra tierra libre. Nosotros somos el freno del despotismo futuro y el único contrario eficaz y verdadero del despotismo presente. Lo que a otros se concede, nosotros somos los que lo conseguimos. Nosotros somos escuela, látigo, realidad, vigía, consuelo. Nosotros unimos lo que otros dividen. Nosotros morimos. ¡Nosotros somos las reservas de la patria!

III

Discurso pronunciado en la velada que, en conmemoración del 10 de octubre de 1868, se realizó en "Hardman Hall", de Nueva York, el 10 de octubre de 1889.

Cubanos:

Vence en mí el placer de lo que esta noche oigo y veo, al desagrado propio de enseñar la persona inútil, que más que del frío extranjero, y del miedo de morir antes de haber cumplido con todo su deber, padece del desorden y descomposición que, con ayuda de nuestros mismos hermanos extrañados, fomenta el déspota hábil para tener mejor sometida a la patria. Lo que veo y oigo no me convida a la elegía, sino al himno. Pero éste es en mí el júbilo de la resurrección, y no el gusto infecundo de la tribuna vocinglera. Con compunción, y no con arrogancia, se debe venir a hablar aquí: que hay algo de vergüenza en la oratoria, en estos tiempos de sobra de palabras y de falta de hechos. Cimientos a la vez que trincheras de-

ben ser las palabras ahora, no torneo literario, mientras nuestro país se desgaja y se pudre, y los caracteres se vician, y se pospone a la seguridad personal la de la patria. Tribunal somos nosotros, aquí, más que tribuna: tribunal que no ha de olvidar que cumple al juez dar el ejemplo de la virtud cuya falta censura en los demás, y que los que fungen de jueces habrán en su día de ser juzgados. El que tacha a los demás de no fundar, ha de fundar. Entre nosotros, que vivimos libres en el extranjero, el 10 de octubre no puede ser, como no es hoy, una fiesta amarga de conmemoración, donde vengamos con el rubor en la mejilla y la ceniza en la frente, sino un recuento, y una promesa.

Los que vienen aquí, pelean. Los que hablan, como hablan la verdad, pelean. Ellos todos han sido elocuentes. Yo sólo no lo podré ser, porque mi palabra no basta a expresar el trastorno, no menos que divino, que en mi alma enamorada de la patria dolorosa, no de la gloria egoísta, han causado las voces de mis compañeros en fe y en determinación: la voz del adolescente, vibrante como clarín, que renueva el juramento de los héroes; la voz de los soldados cívicos que en la hora del combate pusieron a la espada el genio de hoja, y de puño la ley; la voz del desterrado inquebrantable, que prefiere la penuria del deber obscuro a los aplausos vanos de la patria incompleta y a los falsos honores; la voz sacerdotal del hombre meritorio que en la hora de explosión vió salir a los héroes de la tierra, salió con ellos, resplandecientes como soles, señalándole a sus hijos, con el reguero de su sangre, el camino de la tierra prometida. ¡Es morir, es morir, el dolor de no haber compartido aquella existencia sublime!

Porque aunque la prudencia nos guíe y acompañe, y tengamos decidido, porque así nos lo manda la virtud patriótica, que nos guíe y acompañe siempre, la verdad es que ya el brazo está cansado de la pluma y la virtud está cansada de la lengua; que cuando salimos a buscar el aire puro, como remedo de la libertad, nos sorprendemos ensayando nuestros músculos para la arremetida de la batalla.

Sí: aquellos tiempos fueron maravillosos. Hay tiempos de maravilla, en que para restablecer el equilibrio interrumpido por la violación de los derechos esenciales a la paz de los pueblos, aparece la guerra, que es un ahorro de tiempo y de desdicha, y consume los obstáculos al bienestar del hombre en una conflagración purificadora y necesaria. ¡Delante de nuestras mujeres se puede hablar de guerra! no así delante de muchos hombres, que de todo se sobrecogen y espantan, y quieren ir en coche a la libertad, sin ver que los problemas de composición de un pueblo que aprendió a leer sentado sobre el lomo de un siervo, a la sombra del cadalso, no se han de resolver con el consejo del último diario inglés, ni con la tesis recién llegada de los alemanes, ni con el agasajo interesado de un mesnadero de la política de Madrid que sale por las minorías novicias y vanidosas a caza de lanzas, ni con las visiones apetecibles del humo gustoso en que en la dicha de la librería ve el joven próspero desvanecerse su fragante tabaco. A la mujer, para que se resigne, y al hombre, para que piense, se debe hablar de guerra. La desigualdad tremenda con que estaba constituida la sociedad cubana, necesitó de una convulsión para poner en condiciones de vida común los elementos deformes y contradictorios que

la componían. Tanta era la desigualdad, que el primer sacudimiento no bastó para echar a tierra el edificio abominable y levantar la casa nueva con las ruinas. El observador juicioso estudia el conflicto; se reconoce deudor a la patria de la existencia a que en ella nació; y cuando, por la ineficacia patente y continua de los recursos cuyo ensayo no quiso ni debió turbar, ve comprobada la necesidad de pagar, en cambio de la vida decorosa y el trabajo libre, el tributo de sangre; cuando con el tributo de sangre de una generación se salvará la patria del exterminio lento; cuando con las virtudes evocadas por la grandeza de la rebelión pueden apagarse, y acaso borrarse, los odios y diferencias que amenazan, tal vez para siglos, al país; cuando el sacrificio es indispensable y útil, marcha sereno al sacrificio, como los héroes del 10 de octubre, a la luz del incendio de la casa paterna, con sus hijos en la mano.

¡Oh, sí!, aquellos tiempos eran maravillosos. Ahora les tiran piedras los pedantes, y los enanos vestidos de papel se suben sobre los cadáveres de los héroes, para excomulgar a los que están continuando su obra. ¡De un revés de las sombras irritadas se vendrán abajo, si se les quieren oponer, los que tienen por única hueste las huestes de las sombras: los que han intentado dispersarles, en la hora del descanso, las fuerzas de que necesitaban para triunfar, cuando se levanten, como ya se están levantando, sobre la debilidad de los enemigos y el desconcierto de los propios! Aquellos tiempos eran de veras maravillosos. Con ramas de árbol, paraban, y echaban atrás, el fusil enemigo; aplicaban a la naturaleza salvaje el ingenio virgen; creaban en la poesía de la libertad la civilización; se confundían en la muerte, porque

nada menos que la muerte era necesario para que se confundiesen, el amo y el siervo; el hombre lanudo del Congo y el Benin defendía con su pecho a los hombres del color de sus tiranos, a los que habían sido sus tiranos, y moría a sus pies, enviándoles una mirada de lealtad y de amor: entró la patria, por la acumulación de la guerra, en igual estado de invención y aislamiento en que los pueblos descubren en sí y ejercitan la originalidad necesaria para juntar en condiciones reales los elementos vivos que crean la nación; el orden de la familia, los inventos de la industria, y las mismas gracias del arte, crecían espontáneos, con toda la fuerza de la verdad natural, en la punta del machete; pero «¿somos nosotros?» se decían aquellos hombres, como si se desconocieran, y andaban como por un mundo superior, felicitándose de hallarse tan grandes, con el poder de la tempestad en la mano y la limpieza del cielo en la conciencia. ¿Y consentiremos en que tanta grandeza venga a ser inútil, y estériles la unión milagrosa y precipitación de tiempos cumplidos en la guerra, y renovados con caracteres más dañinos que nunca, los celos y desdenes que preparan suerte tan sombría, si no se curan a tiempo, a la patria que puede levantarse, hábil y pura a la vez, con la potencia unificadora del amor, que es la ley de la política como de la naturaleza, sobre las ruinas, porque no son más que ruinas, que mantiene con restos de energía la política temible en que la flojedad meticulosa y soberbia, compite en vano con el empuje combinado de la codicia y el odio?

En pie está el templo, con las palmas por columnas y el cielo de estrellas por techumbre; y los sacerdotes gigantes que vagan, creciendo al andar, nos mandan que no lo consintamos. Lo que

nos ordenan aquellos brazos alzados, lo que nos suplican aquellos ojos vigilantes, lo que se nos impone como legado ineludible, de aquellos campos en donde a todas horas, por la virtud de los que cayeron en ellos, esplende, como aclarando el camino a los que-han de venir, una luz de astros, es que no perpetuemos los odios, ni pongamos más de los que hay, ni convirtamos al neutral en enemigo, ni dejemos ir de la mano a un amigo posible, ni ofendamos más a quienes hemos ofendido ya bastante, ni esperemos para intentar la salvación a que no haya ya fuerzas con que salvarse: sino que nos empeñemos en juntar, para la catástrofe, los elementos refrenados o desunidos por los que no tienen manera de evitar la catástrofe; que creemos cátedras de despreocupar, en vez de olimpos de entresuelo y de sillas de odio; que enseñemos al ignorante infeliz, en vez de llevarlo detrás de nuestras pasiones y envidias, a modo de rebaño, que completemos la obra de la revolución con el espíritu heroico y evangélico con que la iniciaron nuestros padres, con todos, para el bien de todos; que desechemos, como funesta e indigna de hombres, la libertad ficticia y alevosa que pudiera venirnos, por arreglos o ventas, del comerciante extranjero, que con sus manos se conquistó la libertad, y no podría tratar como a iguales, ni como dignos de ella, a los que no supiesen conquistarla. ¿Cuándo se ha levantado una nación con limosneros de derechos? ¡Aquí estamos para cumplir lo que nos mandan, de entre los árboles que nos esperan con nuevos frutos, los ojos que no se cierran, las voces que no se oyen, los brazos alzados!

No es esta noche propicia, cuando la mano se nos está yendo sola a la cintura, para disertar

como en academia política sobre las razones, dobladas y notorias, de no quitar ya de la cintura la mano: ni hay que refutar, porque de sí misma anda escondida, la idea pretenciosa que en la isla se propala, la cual manda tener por crimen o necedad toda opinión de cubano sobre asuntos de Cuba que no alcance la fortuna de ajustarse, como el zapato del zapatero al pie del señor, a la política, que, con aplauso y satisfacción profunda de sí misma, se ha puesto ¡delante de los que llevan la frente coronada de heridas! la corona. Todo lo de la patria es propiedad común, y objeto libre e inalienable de la acción y el pensamiento de todo el que haya nacido en Cuba. La patria es dicha de todos y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie; y las cosas públicas en que un grupo o partido de cubanos ponga las manos con el mismo derecho indiscutible con que nosotros las ponemos, no son suyas sólo, y de privilegiada propiedad, por virtud sutil y contraria a la naturaleza, sino tan nuestras como suyas, por lo que, cuando las manos no están bien puestas, hay derecho pleno para quitarles de sobre la patria las manos. No hay que refutar ya arrogancias semejantes. Ya se están cayendo las estatuas de polvo: ya se van apagando de sí propias las escorias brillantes que quedaron, vestidas como de oro por la luz del gran incendio, después de la guerra; ya no hay espacio en las mejillas de los pedigüenos para las bofetadas; ya están cumplidas nuestras profecías y vencidos por su impotencia y por sus yerros los que osaban tachar de usurpación la tarea nuestra de preparar el país de acuerdo con sus antecedentes y sus elementos, para la acción desesperada que según ellos mismos habría de seguir inevitablemente a la catástrofe de su po-

lítica. De ningún modo es necesario responder con ira desde aquí—porque si son cubanos que yerran, jamás hemos de olvidar que son cubanos—, a los que nos censuran el amor tenaz a nuestras glorias, que aun cuando no pasara de amor de contemplación no sería censurable, sino vital y fecundo, por más que sea preferible acompañarlo de una parte activa en la reedificación de la hermosura, cuyo desastre se lamenta: de ningún modo es necesario disculparnos de aquella lealtad del corazón que nos manda ostentar sobre nuestras cabezas el culto de los que murieron por nosotros. ¡Desventurado el hijo de Cuba que no lo ostenta; porque en propagar después del sacrificio el culto de los que supieron inmolarse, hay más honra que en haber ostentado el sombrero durante la inmoliación, la cinta de hule de los sacrificadores!

No es esta la ocasión de preguntarnos si estará bien guardado el espíritu de la revolución por los que pelearon contra ella, o vivieron ante ella indiferentes, o disimularon con una calma constante ante el español sus simpatías infecundas, o la trastornaron, en vez de servirla, con sus ambiciones. El arrepentimiento es un modo de entrar en la virtud: aunque no se concibe que los que llevan ya barba en aquella hora difícil, pudieran con honor dejar de ejercer el patriotismo que les abunda luego en la hora fácil, ni es de uso que los arrepentidos tengan en la casa de la virtud más derechos que los que fueron siempre virtuosos. Ni cabe en el concepto alto del deber patriótico venir a esta tribuna, tan alta que no pueden llegar a ella celos aldeanos ni competencias infantiles, a hacer oficio de matador de moros muertos, y de lanceadores de nuestra propia carne. Ni al conven-

cido, que cayó en su convicción, se le ha de desdeniar aunque milite en campo opuesto, ni hablar de la barba que le encaneció en el servicio de sus ideas: porque hay un campo en que los hombres se dan las manos, que es el de la honradez, donde se respeta y aun se ama por su virtud a los adversarios constantes y veraces.

Honra y respeto merece el cubano que crea sinceramente que de España nos puede venir un remedio durable y esencial—porque hay uno o dos cubanos que lo creen—; honra y respeto el que, en la certidumbre de que un pueblo no ha de disponerse a los horrores de la guerra por el convite romántico de un héroe frustrado, dirija su política ¡si hay algún previsor ignorado que la dirija! de modo que las fuerzas que garantizarían la paz, más amable que la muerte, caso de que cupiera la paz sana y libre, diesen de sí en la hora de la última necesidad la guerra cordial y breve a que la miseria y el recuerdo de lo que pudo y la ira de haber confiado en vano, han de llevar forzosamente por el mismo exceso y extremo de la sumisión a un pueblo hambriento y desesperanzado que conoce la enredadera silvestre que calma la sed y el pedernal de los ríos con que se enciende el fuego, y la miel generosa de la abeja, que aplaca el hambre y dispone a pelear, y los farallones inexpugnables de la serranía, donde puede hacer cejar al sitiador numeroso un riflero bien arrodillado. Al que se engañe de buena fe, y al que se prepare, sin traición a la política de paz insegura, para atender con el menor desconcierto posible a las consecuencias naturales, en un pueblo empobrecido e infeliz, del fracaso de una tentativa de paz tan inútil como sincera, honra y respeto. Pero al que finja, blanqueado el corazón, aquella

creencia en el remedio imposible que afloja las fuerzas indispensable para el remedio final; al que prefiere su bien inseguro, impuro, al servicio franco de la patria o contribuye con su silencio y su favor, o con la hábil atenuación de sus censuras ostentosas, a prolongar, sin que el remordimiento le muerda, este descanso, ya temible, que el gobernante aprovecha, astuto, para quebrar los últimos huesos al pueblo envenenado, y beberle, con anuencia de los letrados, la última sangre; al que oculta a sabiendas la verdad, y promete lo que no cree, con labios prostituidos, y pretende demorar al obra sana de la indignación, como si la cólera de un pueblo fuera un dócil criado de mano, hasta que crezca su persona aspirante, o duerman las arcas a buen recaudó, a esos enemigos de la república, a esos aliados convictos del gobierno opresor, ni honra ni respeto.

Pero ¿a qué insistir sobre el engaño, loable en algunos y criminal en los más; sobre la tibieza, que es culpa de carácter en unos, y en otros de juicio; sobre el interés personal, que ha de ser siempre, por fortuna, entre los cubanos el pecado de los menos—de aquellos que por sus propios errores, o por equivocación de fe, o por consejo extemporáneo de una pacífica nobleza, están hoy ante el país sin crédito ni valimiento, ni más influjo que el que les ha de dar, por algún tiempo aún, la certidumbre, patente entre sus parciales, de que la confesión de derrota que implicaría su abandono de la política nominal precipitaría las soluciones de la política real—el desconsuelo, temible en los pueblos pobres—, la guerra, a que no están personalmente preparados? Por eso viven, y nada más que por eso. ¡Hablen con honradez, y digan si viven por más! Al mal que han hecho es a lo

que hay que atender, para remediarlo, y no a los que por error excusable o por dilatada cobardía lo hicieron.

Los tiempos se han cumplido, y cuanto les predijimos acontece. El miedo no ha resuelto una situación que sólo podía resolver el valor. El amo insolente ha empleado en fortificarse los años que el siervo tímido empleaba en desunir sus huestes y en destruir sus fortalezas. Una jefatura de policía es nuestra patria, con un sargento atrevido a la cabeza. Lo único que ha logrado el partido autonomista de veras, porque es lo único que con tesón procuró, ha sido el trastorno de los elementos que a haber estado unidos, como debieran, pudiesen precipitarlos, como fin natural de su política, a la guerra a que sólo tienen derecho a resistirse mientras presenten prueba plena de su capacidad para evitarla. Ya están frente a frente el amo preparado y el siervo sin preparación. Jamás podré olvidar cierta conversación que tuve en mi último destierro a España con uno de los prohombres con quienes más esperanzas tuvieron puestas largo tiempo los caudillos autonomistas; jamás podré olvidar que luego de haber ranalizado los factores de nuestra población, y los hábitos y agentes políticos de España, y la urgencia de nuestra necesidad de remedio, y lo que tarda el pueblo español en mudar de hábitos, y de haber deducido, en vista de todo, los sucesos y estado a que habíamos de venir, y hemos venido, «¡oh, sí!—me dijo—. Usted tiene razón. Es triste, pero es cierto. Podremos aplazar el resultado; pero el resultado tiene que venir. Allí no cabemos los dos juntos. O ustedes o nosotros.» Y éste es el problema después de diez años: o ellos o nosotros. Esto me lo decía el prohombre español tendido en su

cama, como símbolo de su nación en pleno mediodía.

Y no es que se nos ocurra negar que en una situación de paz, aunque aparente, haya debido existir un partido de paz, que debió ser aparente también, para ser real y fecundo, y estar en correspondencia con la situación que lo creaba. Ni es que caigamos en el extremo de pedir que el partido autonomista, basado en la suficiencia de la paz, tenga una mano puesta en el parlamento de Madrid y otra en el parlamento silencioso, por más que anden a cada paso aceptando la posibilidad de que el país, en fuerza de la desesperación, haya de parar en la guerra. Si adelantasen con ánimo igual y determinado y atención vigilante a la variedad de elementos y delicadeza de los problemas vivos del país, tratando al adversario como auxiliar en lo que lo es naturalmente, y como hermano o como amigo, al menos al liberto que ha padecido tanto de nosotros, y en nosotros está, y ni por su voluntad ni por la nuestra puede arrancarse de nosotros; si no se valiesen para la revolución de su error natural, de las fuerzas mismas de la revolución, que no es más, en la ciencia política verdadera, que una forma de la evolución, indispensable a veces, por la desemejanza u oposición de los factores que se desenvuelven en común, para que el desenvolvimiento se consume; si la guerra que como recurso inevitable, y por razones confusas de patriotismo, interés y hábito de autoridad, podría suceder, con los más amenazados y los más impacientes del partido, a la confesión, ya poco lejana, de su derrota, fuese aquella guerra de raíz, entera y generosa, que Cuba, criada en odios y desigualdades, necesita; y si sintiésemos palpitar, bajo los actos necesarios y loables

de prudencia aquel espíritu redentor que llevó a la contienda épica a nuestros mártires, e hizo de ellos a la vez héroes y apóstoles, con paciencia, y hasta con júbilo, porque al hombre honrado no asusta morir esperando en la obscuridad en el servicio de la patria, veríamos adelantar a los que, más ilusorios o menos decididos, tardasen en venir a nuestras vías, sin echarles en cara el venir lentamente porque venían fundando.

¿Qué culpa no será la de los que, para cuando haya llegado la hora de la guerra, en vez de haber conducido su política en previsión de un resultado que son incapaces de evitar y ellos mismos reconocen como posible, tengan al país revuelto y enconado, sin que los de allá, por aquel alejamiento vecino al odio que se les predica para con los de acá, se hayan puesto al habla; sin la simpatía, precursora del acuerdo, con los peninsulares liberales, que ya son muchos más de los que eran, y en ésta, como en otras partes, pudiera ver la independencia con buenos ojos; sin el interés fraternal de nuestros libertos, que, a no ser tan nobles como son, y hombres de tanto fuego y libertad como nosotros, pudieran seguir con más agradecimiento, en su afán legítimo de mejora, al español electorado que se la ofrece que a los coterráneos incapaces que los desdeñan, por más que todavía palpiten a miles bajo su pecho oscuro los corazones generosos que sostuvieron en sus horas de agonía la guerra pasada, y están hoy, como siempre, con el pie en el estribo, prontos a partir de nuevo a la conquista de la libertad plena de la patria? No es que no debió existir el partido de la paz, sino que no existe como debe, ni para lo que debe. Es que jamás ha cumplido con su misión, por el error de su na-

cimiento híbrido, por falta de grandeza en las miras. Es que no abarca, en la lucha del país contra sus opresores, todos los elementos del país. Es que no han podido allegarse las fuerzas indispensables para el triunfo, ni para el goce pacífico de él, ni para la vida sana de la patria, aun dentro de la libertad incompleta, o desdeña el trato veraz con todos aquellos que se hubieran puesto del lado de la libertad contra España, si hubiese citado a guerra común por la libertad, como debió citar a los que por culpa de España padecen como nosotros de falta de libertad, y la hubiesen defendido, y la defenderán tal vez en el suelo en que nacen sus hijos y en que viven: al andaluz descontento, al isleño oprimido, al gallego liberal, al catalán independiente. ¡Somos hombres, además de cubanos, y peleamos por el decoro y la felicidad de los hombres! Es que el partido autonomista, por su debilidad, su estrechez y su imprevisión, ha hecho mayores los peligros de la patria.

Y está la patria así, buscando con los ojos el estandarte de las sombras, pifando, sin fe en los que la han aconsejado mal, sin divisar de lejos la luz que puede ir de nosotros, y a sus puertas el sable del sargento atrevido; que necesita, a fin de salvar su fama, que la guerra surja sin orden ni preparación, para vencerla fácilmente, antes que estalle la guerra definitiva e invencible de la dignidad y la miseria. ¡Y para eso estamos aquí: para evitar con nuestra vigilancia y con la desconfianza que a nuestra patria inspiramos, el estallido de la guerra desordenada, aunque siempre santa; para preparar, con todos, para el bien de todos, la guerra definitiva e invencible; para que si estalla la guerra por la vehemencia del do-

lor cubano o la habilidad del español que la provoca, no nos la ahoguen al nacer, ni se adueñen de ella los aventureros de espada o de tribuna que espían esas ocasiones de revuelta para salir, sin más riesgo que el de la vida, a la conquista del renombre y del botín; ni se convierta por nuestra incapacidad y desidia en una revolución de clases, para la preponderancia de un cenáculo de amigos, o la liga, henchida de guerras futuras, de los políticos débiles y autoritarios con los déspotas que le salen a la libertad, aquella revolución de amor y de fuego que de su primer abrazo con el hombre echó por tierra, rotas para siempre, las barreras inicuas y las prisiones de los esclavos!

Lo que hacemos, el silencio lo sabe. Pero eso es lo que debemos hacer todos juntos, los de mañana y los de ayer, los convencidos de siempre y los que se vayan convenciendo; los que preparan y los que rematan, los trabajadores del libro y los trabajadores del tabaco. ¡Juntos, pues, de una vez, para hoy y para el porvenir, todos los trabajadores! El tiempo falta. El deber es mucho. El peligro es grande. Es hábil el provocador. Son tenaces, y vigilan y dividen, los ambiciosos. ¡Pues vigilemos nosotros, y anunciemos a la patria agonizante la buena nueva, que ya tarda mucho, de que sus hijos que viven libres en el extranjero han juntado las manos en unión poderosa y han decidido salvarla!

Un himno siento en mi alma, tan bello, que sólo pudiera ser el de la muerte, si no fuese el que me anuncia, con hermosura inefable y deleitosa, que ya vuelven los tiempos de sacrificio grato y de dolor fecundo en que, al pie de las palmas que renacen, para dar sombra a los héroes,

batalen, luzcan, asombren, expiren los que creen, por la verdad del cielo descendida sobre sus cabezas, que en el ser continuo que puebla en varias formas el universo y en la serie de existencias y de edades, asciende antes a la cúspide de la luz, donde el alma piena se embriaga de dicha, el que da su vida en beneficio de los hombres. Muramos los unos, y prepárense, los que no tengan el derecho de morir, a poner el arma al brazo de los soldados nuevos de nuestra libertad. De pie, como en el borde de una tumba, renovemos el juramento de los héroes.

liber sido juzgado digno de sergo en sus pa-
labras mortales el mismo de forma y estu-
de estas corazon de mujer y pecios de hombre
al mismo estu- y con el pensamien-
lo velado aún por la vergüenza pública, a la cam-
de donde espeta, en vano quises, su como in-
manejable, con el trueno en la diestra, el torren-
te a los pies, sacudida la capa de tempestad por
los vientos primitivos de la creación, bañado aún
de las lágrimas de Cuba el rostro.

IV

Discurso pronunciado en la gran fiesta artística celebrada en honor de Heredia, en "Hardman Hall", Nueva York, el 20 de noviembre de 1889.

Señoras y señores:

Con orgullo y reverencia empiezo a hablar, desde este puesto que de buen grado hubiera cedido, por su dificultad excesiva, a quien, con más ambición que la mía y menos temor de su persona, hubiera querido tomarlo de mí, si no fuera por el mandato de la patria, que en este puesto nos manda estar hoy, y por el miedo de que el que acaso despertó en mi alma, como en la de los cubanos todos, la pasión inextinguible por la libertad, se levanta en su silla de gloria, junto al sol que él cantó frente a frente, y me tache de ingrato. Muchas pompas y honores tiene el mundo, solicitados con feo afán y humillaciones increíbles por los hombres; yo no quiero para mí más honra, porque no la hay mayor, que la de

haber sido juzgado digno de recoger en mis palabras mortales el himno de ternura y gratitud de estos corazones de mujer y pechos de hombre al divino cubano, y enviar con él el pensamiento, velado aún por la vergüenza pública, a la cumbre donde espera, en vano quizás, su genio inmarcesible, con el trueno en la diestra, el torrente a los pies, sacudida la capa de tempestad por los vientos primitivos de la creación, bañado aún de las lágrimas de Cuba el rostro.

Nadie esperará de mí, si me tiene por discreto, que por ganar fama de crítico sagaz y puntilloso rebaje esta ocasión, que es de agradecimiento y tributo, al examen—impropio de la fiesta y del estado de nuestro ánimo—de los orígenes y factores de mera literatura, que de una ojeada ve por sí quien conozca los lances varios de la existencia de Heredia y los tiempos revueltos y enciclopédicos, de jubileo y renovación del mundo, en que le tocó vivir. Ni he de usurpar yo, por lucir las pedagogías, el tiempo en que sus propias estrofas, como lanzas orladas de flores, han de venir aquí a inclinarse, corteses y apasionadas, ante la mujer cubana, fiel siempre al genio y a la desdicha, y, echando de súbito iracundas las rosas por el suelo, a repetir ante los hombres, turbados en estos tiempos de virtud escasa e interés tentador, los versos, magníficos como bofetones, donde profetiza:

«Que si un pueblo su dura cadena
no se atreve a romper con sus manos,
puede el pueblo mudar de tiranos,
pero nunca ser libre podrá.»

Yo no vengo aquí como juez, a ver cómo se

juntaron en él la educación clásica y francesa, el fuego de su alma y la época, accidente y lugares de su vida; ni en qué le aceleraron el genio la enseñanza de su padre y la odisea de su niñez; ni qué es lo suyo o lo de reflejo, en sus versos famosos; ni apuntar con dedo inclemente la hora en que, privada su alma de los empleos sumos, repitió en cantos menos felices sus ideas primeras, por hábito de producir, o necesidad de expresarse, o gratitud al pueblo que lo hospedaba, o por obligación política. Yo vengo aquí como hijo desesperado y amoroso a recordar brevemente, sin más notas que las que le manda poner la gloria, la vida del que cantó, con majestad desconocida, a la mujer, al peligro y a las palmas.

Donde son más altas las palmas en Cuba nació Heredia: en la intatigable Santiago. Y dicen que desde la niñez, como si el espíritu de la raza extinta le susurrase sus quejas y le prestara su furor, como si el último oro del país saqueado le ardiese en las venas, como si a la luz del sol del trópico se le revelasen por merced sobrenatural las entrañas de la vida, brotaban de los labios del «niño estupendo» el anatema viril, la palabra sentenciosa, la oda resonante. El padre, con su mucho saber y con la inspiración del cariño, ponía ante sus ojos, ordenados y comentados, los elementos del orbe, los móviles de la Humanidad y los sucesos de los pueblos. Con la toga de juez abrigaba, de la fiebre del genio, a aquel hijo precoz. A Cicerón le enseñaba a amar, y amaba él más, por su naturaleza artística y armoniosa, que a Marat y a Foquier Tinville. El peso de las cosas enseñaba el padre, y la necesidad de impelerlas con el desinterés y fundarlas con la moderación. El latín que estudiaba con el maestro Co-

rrera no era el de Séneca, difuso, ni el de Lucano, verboso, ni el de Quintiliano, lleno de alamares y de lentejuelas, sino el de Horacio, de clara hermosura, más bello que los griegos, porque tiene su elegancia, sin su crudeza, y es vino fresco tomado de la uva, con el perfume de las pocas rosas que crecen en la vida. De Lucrecio era por la mañana la lección de don José Francisco y por la noche de Humboldt. El padre y sus amigos, de sobremesa, dejaban, estupefactos, caer el libro. ¿Quién era aquél, que lo traía todo en sí? Niño, ¿has sido rey, has sido Ossian, has sido Bruto? Era como si viese el niño batallas de estrellas, porque le lucían en el rostro los resplandores. Había centelleo de tormento y capacidad de cráter en aquel genio voraz. La palabra, esencial y rotunda, fluía, adivinando las leyes de la luz o comentando las peleas de Troya, de aquellos labios de nueve años. Preveía, con sus ojos de fuego, el martirio que a los hombres, denunciados por el esplendor de la virtud, someten al genio que osa ver claro de noche. Sus versos eran la religión y el orgullo de la casa. La madre, para que no se los interrumpieran, acallaba los ruidos. El padre le apuntalaba las rimas pobres. Le abrían todas las puertas. Le ponían, para que viese bien a escribir, las mejores luces del salón. ¡Otros han tenido que componer sus primeros versos entre azoteas y burlas, a la luz del cocuyo inquieto y de la luna cómplice!... Los de Heredia acababan en los labios de su madre y en los brazos de su padre y de sus amigos. La inmortalidad comenzó para él en aquella fuerza y seguridad de sí que, como lección constante de los padres duros, daba a Heredia el cariño de la casa.

Era su padre oidor y persona de consejo y benevolencia, por lo que lo escogieron, a más de la razón de su nacimiento americano, para ir a poner paz en Venezuela, donde Monteverde, con el favor casual de la naturaleza, triunfaba de Miranda, harto sabio para guerra en que el acometimiento hace más falta y gana más batallas que la sabiduría; en Venezuela, donde acababa de enseñarse al mundo, desmelenado y en pie sobre las ruinas del templo de San Jacinto, el creador, Bolívar. Reventaba la cólera de América y daba a luz, entre escombros encendidos, al que había de vengarla. De allá, del Sur, venía, de cumbre en cumbre, el eco de los cascos del caballo libertador de San Martín. Los héroes se subían a los montes para divisar el porvenir y escribir la profecía de los siglos al resplandor de la nieve immaculada. La niñez, más que el amor filial, refrenaba al héroe infeliz, que lloraba a sus solas, en su desdicha de once años, porque no le llegaban los pies traidores al estribo del caballo de pelear. Y allí oyó contar de los muertos por la espalda, de los encarcelados que salían de la prisión recogiendo-se los huesos, de los embajadores de barba blanca que había clavado el asturiano horrible a lanzazos contra la pared. Oyó decir de Bolívar y se echó a llorar cuando entraba triunfante en Caracas y vió que salían a recibirlo los caraqueñas vestidas de blanco, con coronas de flores. De un Páez oyó contar que se quitaba los grillos de los pies, y con los grillos vapuleaba a sus centinelas. Y oyó decir que habían traído a la ciudad en una urna, con las banderas desplegadas como en día de fiesta, el corazón del bravo Girardot. Oyó que Ricaurte, para que Boves no le tomara el parque, sobre el parque se sentó y voló con él.

Venezuela, revuelta en su sangre, se retorció bajo la lanza de Boves... Vivió luego en México, y oyó contar de una cabeza de cura que daba luz de noche, en la picota donde el español la había clavado. ¡Sol salió aquella alma, sol devastador y magnífico de aquel troquel de diamante!

Y volvió a Cuba. El pan le supo a villanía, la comodidad a robo, el lujo a sangre. Su padre llevaba bastón de carey, y él también, comprado con el producto de sus labores de juez y de abogado nuevo en una sociedad vil. El que vive de la infamia o la codea en paz, es un infame. Abstenerse de ella, no basta: se ha de pelear contra ella. Ver en calma un crimen es cometerlo. La juventud convida a Heredia a los amores: la condición favorecida de su padre y su fama de joven extraordinario traen clientes a su bufete; en las casas ricas le oyen con asombro improvisar sobre cuarenta pies diversos cuarenta estrofas. «¡Ese es Heredia!», dicen por las calles, y en las ventanas de las casas, cuando pasa él, las cabezas hermosas se juntan y dicen bajo, como el más dulce de los premios: «¡Ese es Heredia!» Pero la gloria aumenta el infortunio de vivir cuando se la ha de comprar al precio de la complicitad con la vileza; no hay más que una gloria cierta, y es la del alma que está contenta de sí. Grato es pasear bajo los mangos, a la hora deliciosa del amanecer, cuando el mundo parece como que se crea y que sale de la nada el sol con su ejército de pájaros vocingleros, como en el primer día de la vida. Pero ¿qué «mano de hierro» le oprime en los campos cubanos el pecho? Y en el cielo, ¿qué mano de sangre? En las ventanas dan besos y aplausos en las casas ricas, y la abogada mana oro; pero al salir del banquete triunfal,

de los estrados elocuentes, de la cita feliz, ¿no chasquea el látigo y pide clemencia a un cielo que no escucha la madre a quien quieren ahogarle con azotes los gritos con que llama al hijo de su amor? El vil no es esclavo, ni el que lo ha sido, sino el que vió este crimen y no jura, ante el tribunal certero que preside en las sombras, hasta sacar del mundo la esclavitud y sus huellas. ¿Y la América libre, y toda Europa, coronándose con la libertad, y Grecia misma resucitando, y Cuba, tan bella como Grecia, tendida así entre hierros, mancha del mundo, presidio rodeado de agua, rémora de América? Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor, ¿qué hacen en la playa los caracoles, que no llaman a guerra a los indios muertos? ¿Qué hacen las palmas, que gimen estériles, en vez de mandar? ¿Qué hacen los montes, que no se juntan falda contra falda, y cierran el paso a los que persiguen a los héroes? En tierra peleará, mientras haya un palmo de tierra, y cuando no la haya, todavía peleará, de pie en el mar. Leónidas desde las Termópilas, desde Roma Catón, señalan el camino a los cubanos. «¡Vamos, Hernández!» De cadalso en cadalso, de Estrampes en Agüero, de Plácido en Benavides, erró la voz de Heredia, hasta que un día, de la tiniebla de la noche, entre cien brazos levantados al cielo, tronó en Yara. Ha desmayado luego, y aún hay quien cuente, donde no se anda al sol, que va a desaparecer. ¿Serán tanta entre los cubanos la perversión y la desdicha, que ahoguen con el peso de su pueblo muerto, por sus propias manos, la voz de su Heredia?

Entonces fué cuando vino a New York, a recibir la puñalada del frío, que no sintió cuando se le entró por el costado, porque de la pereza moral

de su patria hallaba consuelo, aunque jamás olvidó; en aquellas ciudades ya pujantes, donde, si no la república universal que apetecía su alma generosa, imperaba la libertad en una comarca digna de ella. En la historia profunda sumergió el pensamiento: estudió, maravillado, los esqueletos colosales; aterido junto a su chimenea, meditaba en los tiempos que brillan y se apagan; agigantó en la soledad su mente sublime, y cuando, como quien se haña a sí propio, vió despeñarse a sus pies, rotas en luz, las edades de agua, el Niágara portentoso le reveló, sumiso, su misterio, y el poeta adolescente de un pueblo desdenado halló, de un vuelo, el sentido de la naturaleza que en siglos de contemplación no habían sabido entender con tanta majestad sus propios habitantes.

Méjico es tierra de refugio, donde todo peregrino ha hallado hermano; de Méjico era el prudente Osés, a quien escribía Heredia, con peso de senador, sus cartas épicas de joven; en casa mejicana se leyó, en una mesa que tenía por adorno un vaso azul lleno de jazmines, el poema galante sobre el «Mérito de las mujeres»; de Méjico lo llama, a compartir el triunfo de la carta liberal, más laborioso que completo, el presidente Victoria, que no quería ver malograda aquella flor de volcán en la sepultura de las nieves. ¿Qué detendrá a Heredia junto al Niágara, donde su poesía, profética y sincera, no halló acentos con qué evocar la libertad? Méjico empieza la ascensión más cruenta y valerosa que, por entre ruinas de iglesia y con una raza inerte a la espalda, ha rematado pueblo alguno; sin guía y sin enseñanza, ni más tutor que el genio del país, iba Méjico camino a las alturas, marcando con

una batalla cada jalón, ¡y cada jalón, más alto! Si de la sombra de la iglesia languidece el árbol todavía tierno de la libertad, una generación viene cantando, y, a los pies del árbol sediento, se vacían los pechos; a Méjico va Heredia, adonde pone a la lira castellana flores de roble el gran Quintana Rojo. Y al ver de nuevo aquellas playas hospitalarias y belicosas; aquellos valles que parecen la mansión desierta de un Olimpo que aguarda su rescate; aquellos montes que están, en la ausencia de sus dioses, como urnas volcadas; aquellas cúspides que el sol tiñe en su curso de plata casta, y violeta amorosa, y oro vivo, como si quisiera la creación mostrar sus favores y especial ternura por su predilecta naturaleza, creyó que era allí donde podía, no en el Norte egoísta, hallar en la libertad el mismo orden solemne de las llanuras, guardadas por la centinela de los volcanes; sube con pie de enamorado a la soledad donde pidieron en vano al cielo su favor contra Cortés los reyes muertos, a la hora en que se abren en la bóveda tenebrosa las «fuentes de luz», y acata, antes que a los grandes de la tierra, a los montes que se levantan, como espectros que no logran infundirle pavor, en la claridad elocuente de la luna.

Méjico le agasaja como él sabe, le da el oro de sus corazones y de su café, sienta a jugar en la silla togada al forastero que sabe de historia como de leyes y pone el alma de Volney al épodo de Píndaro. Los magistrados lo son de veras, allí donde en el aire mismo andan juntos la claridad y el reposo, y a él lo proclaman magistrado natural, sin ponerle reparos por la juventud, y lo sientan a la mesa como hermano. La tribuna tiene allí próceres, y le ceden la voz los oradores del país

y le acompañan con palmas. La poesía tiene allí pontífices, y andan todos buscándole el brazo. Las hermosuras, también allí, exhalan al paso del poeta, trémulas, su aroma. Batalla con los «yorquinos» liberales para que no echen atrás los «escoceses» parricidas la república; escribe, canta, discute, publica, derrama su corazón en pago de la hospitalidad, pero no siente bajo sus pies aquella firmeza del suelo nativo, que es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos los iguala y enriquece, por lo que, para la dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. Ni la fuerza de su suelo tiene ni el orgullo de que en su patria impere la virtud, ni el honor puede ya esperar que lloren sobre su sepultura de héroe, en el primer día de redención, las vírgenes y los fuertes, y sobre la tierra que lo cubra pongan una hoja de palma de su patria. ¿Qué tiene su poesía, que sólo cuando piensa en Cuba da sus sonos reales y cuando ensaya otro tema que el de su dolor, o el del mar que lo lleva a sus orillas, o el del huracán con cuyo ímpetu quiere arremeter contra los tiranos, le sale como poesía de juez, difícil y perezosa, con florones caídos y doseles a medio color, y no como cuando piensa en Cuba, coronada de rayos?

No le sostiene la vanidad de su persona, porque, con valer mucho, y por lo mismo que lo valía no era de esos de mirra y opoponax, que se ponen el mérito propio de botón de pechera, donde se lo vea todo el mundo, y alquilan el aire a que los publique y a la mar a que les cante la gloria, y creen que debe ser su almuerzo el cielo y su vino la eternidad, sino que fué genio de noble república, a quien sólo se le veía lo de rey

cuando le agitaba la indignación o fulminaba el anatema contra los serviles del mundo y los de su patria. Dos clases de hombres hay: los que andan de pie, cara al cielo, pidiendo que el consuelo de la modestia descienda sobre los que viven sacándose la carne, por pan más o pan menos, a dentelladas, y levantándose, por ir de sortija de brillante, sobre la sepultura de su honra, y otra clase de hombres, que van de hinojos, besando a los grandes de la tierra el manto. En su patria piensa cuando dedica su tragedia «Tiberio» a Fernando VII, con frases que escaldan; en su patria, cuando con sencillez imponente dibuja en escenas ejemplares la muerte de «Los Ultimos Romanos». ¡No era, no, en los romanos en quienes pensaba el poeta, vuelto ya de sus más caras esperanzas! Por su patria había querido él, y por la patria mayor de nuestra América, que las repúblicas libres echaran los brazos al único pueblo de la familia emancipada que besaba aún los pies del dueño enfurecido. «¡Vaya, decía, la América libre a rescatar la isla que la naturaleza le puso de pórtico y guarda!» ¡Pafaba aún, cubierto de espuma, el continente, flamígero el ojo y palpitan los ijares, de la carrera en que habían paseado el estandarte del sol San Martín y Bolívar: ¡entre en la mar el caballo libertador y eche de Cuba, de una pechada, al déspota mal seguro! Y ya ponía Bolívar el pie en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés y que venía del Norte con papeles de gobierno, le asió el caballo de la brida y le habló así: «¡Yo soy libre, tú eres libre; pero ese pueblo que ha de ser mío, porque lo quiero para mí, no puede ser libre!» Y, al ver Heredia, criminal a la libertad, ambiciosa como la

tiranía, se cubrió el rostro con la capa de tempestad y comenzó a morir.

Ya estaba, de sí mismo, preparado a morir, porque cuando la grandeza no se puede emplear en los oficios de caridad y creación que la nutren, devora a quien la posee. En las ocupaciones usuales de la vida, acibaradas por el destierro, no hallaba en su labor anhelada aquella alma frenética y caballeresca, que cuando vió falsa su primer amiga, servil al hombre, acorralado el genio, impotente la virtud y sin heroísmo el mundo, preguntó a sus sienas para qué latían y aún quiso, en el extravío de la pureza, librarlas de su cárcel de huesos. De la caída de la humanidad ideal, que pasea resplandeciente, con la copa de la muerte en los labios, por las estrofas de su juventud, se levantó pálido y enfermo, sin fuerzas ya más que para el poema reflexivo o el drama artificioso, que sólo centellea cuando el recuerdo de la patria le conmueve, o el horror al desorden de la tiranía, o el odio a las «ntrigas infames». Al sol vivía él, y abominaba a los que andan, con el lomo de alquiler, afilando la lengua en la sombra, por asestarla contra los pechos puros. Si para vivir era preciso aceptar, con la sonrisa mansa, la complicidad con los lisonjeros, con los hipócritas, con los malignos, con los vanos, él no quería sonreír ni vivir. ¿A qué vivir, si no se puede pasar por la tierra como el cometa por el cielo? Como la playa desnuda se siente él, como la playa de la mar. Su corazón tempestuoso y tierno como el de una mujer, padece bajo el fanfarrón y el insolente como la flor bajo el casco del caballo. El tenía piedad de su caballo, al punto de llorar con él y pedirle perdón porque en el arrebató de su carrera le en-

sangrentó los ijares. ¿Y no tenían los hombres piedad de él? ¿Ni de qué sirve la virtud, si mientras más la ven, la mortifican más, y hay como una conjuración entre los hombres para quitarle el pan de la boca y el suelo de debajo de los pies? Basta una visita alevé, de esas que vienen como las flechas de colores, con la punta untada de curare; basta una mirada torva, una carta seca, un saludo tibio, para oscurecerle el día. Nada menos necesita él que «la ternura universal». La casa, necesitada y monótona, irrita su pena, en vez de calmársela. En el dolor tiene él su gozo. ¡En su patria, ni pensar puede, porque su patria está allá, con el déspota en pie, restallando el látigo, y todos los cubanos arrodillados! De este pesar de la grandeza inútil, de la pasión desocupada y de la vida vil, moría, hilando trabajosamente sus últimos versos, el poeta que ya no hallaba en la tierra más consuelo que la lealtad de un amigo constante. ¡Pesaban mucho sobre el corazón del genio honrado las rodillas de todos los hombres que las doblan!

Hasta en las más acicaladas de sus poesías, que algo habían de tener de tocador en aquellos tiempos de Millevoye y de Delille, se nota esa fogosidad y sencillez que contrastan tan bellamente con la pompa natural del verso, que es tanta, que cuando cae la idea, por el asunto pobre o el tema falso, va engañado buen rato el lector, tronando e imperando, sin ver que ya está la estrofa hueca. El temple heroico de su alma daba al verso constante elevación, y la viveza de su sensibilidad le llevaba, con cortes e interrupciones facilísimas, de una impresión a otra. Desde los primeros años habló él aquel lenguaje a la vez exaltado y natural, que es su mayor novedad poética.

A Byron le imita el amor al caballo; pero ¿a quién le imita la oda al Niágara, y al Huracán, y al Teocali, y la carta a Emilia, y los versos a Lelino, y los del Convite? Con Safo sólo se le puede comparar, porque sólo ella tuvo su desorden y ardor. Deja de un giro incompletos, con dignidad y efecto grandes, los versos de esos dolores que no se deben profanar hablando de ellos. De una nota sentida saca más efecto que de la retórica ostentosa. No busca comparaciones en lo que no se ve, sino en los objetos de la Naturaleza que todos pueden sentir y ver como él; ni es su imaginación de aquella de avalorio, enojosa e inútil, que crea entes vanos e insignificantes, sino de esa otra durable y servicial, que consiste en poner de realce lo que pinta, con la comparación o alusión propias, y en exhibir, cautivas y vibrantes, las armonías de la Naturaleza. En su prosa misma, resonante y libre, es continuo ese vuelo de alas anchas y movimiento a la par rítmico y desenfrenado. Su prosa tiene galicismos frecuentes, como su época, y en su Hesiodo hay sus tantos del Alfredo, y muchos versos pudieran ser mejores de lo que son: lo mismo que el águila, que vuela junto al sol, y tiene una que otra pluma fea. Para poner lunares están las peluquerías; pero ¿quién, cuando no esté de cátedra forzosa, empleará el tiempo en ir de garfio y pinza por la obra admirable, vibrante de angustia, cuando falta de veras el tiempo para la piedad y la admiración?

Nadie pinta mejor que él su tormento, en los versos graves e ingenuos que escribió en su «cumpleaños», cuando describe el

«... cruel estado
de un corazón ardiente sin amores.»

Por aquel modo suyo de amar a la mujer, se ve que a la Naturaleza le faltó sangre que poner en las venas de aquel cubano, y puso lava. A la libertad y a la patria las amó como amó a Lesbia y a Lola, a la «belleza de dolor» y a la andaluza María Pautret. Es un amor fino y honroso, que ofrece a sus novias en versos olímpicos la rosa tímida, la caña fresca, y se las lleva a pasear, vigilado por el respeto, por donde arrullan las tórtolas. Algo hay de nuestro campesino floreador en aquel amante desahogado que dobla la rodilla y pone a los pies de su amada la canción de puño de oro. No ama para revolotear, sino para fijar su corazón y consagrar su juventud ardiente. Se estremece a los dieciséis años, como todo un galán, cuando en el paseo con Lesbia le rozan la frente, movidos de aquel lado por un céfiro amigo, los rizos rubios. Se queja a la luna, que sabe mucho de estas cosas, porque no halla una mujer sensible. Ama furioso. Expirará de amor. No puede con el tumulto de su corazón enamorado. Nadie le vence en amar, nadie. Ennoblesce con su magna poesía lo más pueril del amor y lo más dulce: el darse y quitarse y volverse a dar las manos, el no tener que decirse, el decirselo todo de repente. Sale del baile, como monarca coronado de estrellas, porque ha visto reinar a la que ama. El que baila con la que ama es indigno, insensible e indigno. A la que él ama, Cuba la aplaude, Cátulo le manda el ceñidor de Venus, los dioses del Olimpo se la envidian. Tiembla al lado de Emilia, en los días románticos de su persecución en Cuba, pero puede más la hidalguía del mancebo que la soledad tentadora. Pasa, huyendo de sí, junto a la pobre «rosa de nuestros campos», que se inclina deslumbrada

ante el poeta, como la flor ante el sol. Sufre hasta marchitarse, y tiene a orgullo que le vean en la frente la palidez de los amores. El Universo, ¿quién no lo sabe?, está entero en la que ama. No quiere ya a las hermosas, porque por la traición de una supo que el mundo es vil; pero no puede vivir sin las hermosas. ¿Cómo no habían de amar las mujeres con ternura a aquel que era cuanto al alma superior de la mujer aprisiona y seducé: delicado, intrépido, caballeroso, vehemente, fiel, y por todo eso, más que por la belleza, bello? ¿Al que se ponía a sus pies de alfombra, sumiso e infeliz, y se erguía de pronto ante ellas como un soberano irritado? ¿Ni cuál es la fuerza de la vida y su única raíz, sino el amor de la mujer?

De la fatiga de estas ternuras levantaba, con el poder que ellas dan, el pensamiento renovado a la Naturaleza eminente, y el que envolvía en hojas de rosa la canción a Lola, ensilla una hora después su caballo volador, mira—descubierta la cabeza—al cielo turbulento, y a la luz de los rayos se arroja a escape en la sombra de la noche. O cuando el gaviero, cegado por los relámpagos, renuncia en los mástiles rotos a desafiar la tempestad, Heredia, de pie en la proa, impaciente en los talones la espuela invisible, dichosa y centelleante la mirada, ve tenderse la niebla por el cielo y prepararse las olas al combate. O cuando la tarde convida al hombre a la meditación, trepa, a pie firme, el monte, que va arrojando la noche con su lobreguez, y en la cumbre, mientras se encienden las estrellas, piensa en la marcha de los pueblos y se consagra a la melancolía. Y cuando no había monte que subir, desde sí propio veía, como si lo tuviera a sus pies, nacer y

acabarse el mundo y sobre él tender su inmensidad el océano, enérgico y triunfante.

Un día, un amigo piadoso, un solo amigo, entió, con los brazos tendidos, en el cuarto de un alguacil habanero, y allí estaba, sentado en un banco, esperando su turno, transparente ya la mano noble y pequeña, con la última luz en los ojos, el poeta que había tenido valor para todo, menos para morir sin volver a ver a su madre y a sus palmas. Temblando salió de allí, del brazo de su amigo; al recobrar la libertad en el mar, reanimado con el beso de su madre, volvió a hablar, para despedirse del Universo, los acentos con que le había asombrado en su primera juventud, y se extinguió en silencio nocturno, como lámpara macilenta, en el valle donde vigilan perennemente, doradas por el sol, las cumbres del Popocatepetl y el Itztazihuatl. Allí murió, y allí debía morir el que, para ser en todo símbolo de su patria, nos ligó, en su carrera de la cuna al sepulcro, con los pueblos que la creación nos ha puesto de compañeros y de hermanos: por su padre, con Santo Domingo, semillero de héroes, donde aún, en la caoba sangrienta, y en el cañaveral quejoso, y en las selvas invictas, está como vivo, manando enseñanzas y decretos, el corazón de Guarocuya; por su niñez, con Venezuela, donde los montes plegados parecen, más que dobles de la tierra, los mantos abandonados por los héroes al ir a dar cuenta al cielo de sus batallas por la libertad; y por su muerte, con Méjico, templo inmenso edificado por la Naturaleza para que en lo alto de sus peldaños de montañas se consumase, como antes en sus teocalis los sacrificios, la justicia final y terrible de la independencia de América.

Y si hasta en la desaparición de sus restos, que no se pueden hallar, simbolizase la desaparición posible y futura de su patria, entonces, ¡oh Niágara inmortal!, falta una estrofa, todavía útil, a tus soberbios versos. Pídele, ¡oh Niágara!, al que da y quita, que sean libres y justos todos los pueblos de la tierra; que no emplee pueblo alguno el poder obtenido por la libertad en arrebatarla a los que se han mostrado dignos de ella; que si un pueblo osa poner la mano sobre otro, no le ayuden al robo, sin que te salgas, ¡oh Niágara!, de los bordes, los hermanos del pueblo desamparado!

Las voces del torrente, los prismas de la catarata, los penachos de espuma de colores que brotan de su seno y el arco que le ciñe las sienas son el cortejo propio, no mis palabras, del gran poeta en su tumba. Allí, frente a la maravilla vencida, es donde se ha de ir a saludar al genio vencedor. Allí, convidados a admirar la majestad del portento y a meditar en su fragor, llegaron no hace un mes los enviados que mandan los pueblos de América a juntarse, en el invierno, para tratar del mundo americano, y, al oír retumbar la catarata formidable, «¡Heredia!», dijo, poniéndose en pie, el hijo de Montevideo; «¡Heredia!», dijo, descubriéndose la cabeza, el de Nicaragua; «¡Heredia!», dijo, recordando su infancia gloriosa, el de Venezuela; «¡Heredia!», decían, como indignos de sí y de él, los cubanos de aquella compañía; «¡Heredia!», dijo la América entera, y le saludaron con sus cascos de piedra las estatuas de los emperadores mejicanos, con sus volcanes Centroamérica, con sus palmeras el Brasil, con el mar de sus Pampas la Argentina, el araucano distante con sus lanzas. ¿Y nosotros, culpables,

cómo le saludaremos? ¡Danos, oh padre, virtud suficiente para que nos lloren las mujeres de nuestro tiempo como te lloraron a ti las mujeres del tuyo, o haznos perecer en uno de los cataclismos que tú amabas, si no hemos de saber ser dignos de ti!

Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria celebrada en la Sociedad Literaria Hispano-Americana el 19 de diciembre de 1889.

Señoras y señores:

Apenas acierta el pensamiento, a la vez trémulo y desbordado, a poner en la brevedad que le manda la discreción el júbilo que nos rebose de las almas en esta noche memorable. ¿Qué puede decir el hijo preso, que vuelve a ver a su madre por entre las rejas de su prisión? Hablar es poco, y es casi imposible, más por el íntimo y desordenado contento, por la muchedumbre de recuerdos, de esperanzas y de temores, que por la certeza de no poder darles expresión digna. Indócil y mal enfrenada ha de brotar la palabra de quien, al ver en torno suyo a la persona de sus delegados ilustres, los pueblos que amamos con pasión religiosa; al ver cómo, por mandato de secreta voz, los hombres se han puesto como más altos para reci-

birlos y las mujeres como más bellas; al ver el aire tétrico y plumizo animado como de sombras, sombras de águilas que echan a volar, de cabezas que pasan moviendo el penacho, consejero de tierras que imploran, pálidas y acuchilladas, sin fuerzas para sacarse el puñal del corazón, del guerrero magnánimo del Norte, que da su mano de admirador, desde el pórtico de Mount Vernon, al héroe volcánico del Sur, intenta en vano recoger, como quien se envuelve en una bandera, el tumulto de sentimientos que se le agolpa al pecho, y sólo halla estrofas inacordes y odas indómitas para celebrar, en la casa de nuestra América, la visita de la madre ausente, para decirle, en nombre de hombres y de mujeres, que el corazón no puede tener mejor empleo que darse todo a los mensajeros de los pueblos americanos. ¿Cómo podremos pagar a nuestros huéspedes ilustres esta hora de consuelo? ¿A qué hemos de esconder, con la falsía de la ceremonia, lo que se nos está viendo en los rostros? Pongan otros florones y cascabeles y franja de oro a sus retóricas; nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana, inquieta y regocijada como el arroyo natural, de la abundancia del corazón. ¿Quién de nosotros ha de negar, en esta noche en que no se miente, que por muchas raíces que tengan en esta tierra de libre hospedaje nuestra fe, o nuestros afectos, o nuestros hábitos, o nuestros negocios; por tibia que nos haya puesto el alma la magia infiel del hielo, hemos sentido, desde que súpimos que estos huéspedes nobles nos venían a ver, como que en nuestras casas había más claridad, como que andábamos a paso más vivo, como que éramos más jóvenes y generosos, como que nuestras ganancias eran mayores y se-

guras, como que en el vaso seco volvía a nacer flor? Y si nuestras mujeres quieren decirnos la verdad, ¿no nos dicen, no nos están diciendo con sus ojos leales, que nunca pisaron más contentos la nieve ciertos pies de hadas; que algo que dormía en el corazón, en la ceguera de la tierra extraña, se ha despertado de repente; que un canario alegre ha andado estos días entrando y saliendo por las ventanas, sin temor al frío, con cintas y lazos en el pico, yendo y viniendo sin cesar, porque para esta fiesta de nuestra América ninguna flor parecía bastante fina y primorosa? Esta es la verdad. A unos nos ha echado aquí la tormenta; a otros, la leyenda; a otros, el comercio; a otros, la determinación de escribir en una tierra que no es libre todavía la última estrofa del poema de 1810; a otros les mandan vivir aquí, con su grato imperio, dos ojos azules. Pero por grande que sea esta tierra y por ungida que esté para los hombres libres de América, en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tacharnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.

De lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte. No querían los hombres nuevos, coronados de luz, inclinarse ante ninguna otra su corona. De todas partes, al ímpetu de la frente, saltaba hecho pedazos, en las naciones nacidas de la agrupación de pueblos pequeños, el yugo de la razón humana, envilecida en los imperios creados a punta de lanza o de diplomacia, por la gran República, que se alocó con el poder: nacieron los derechos modernos de las comarcas pequeñas y autóctonas, que habían

elaborado en el combate continuo su carácter libre y preferían las cuevas independientes a la prosperidad servil. A fundar la república le dijo al Rey que venía uno que no se le quitaba el sombrero y le decía de tú. Con mujeres y con hijos se fian al mar, y sobre la mesa de roble del camarín fundan su comunidad los cuarenta y uno de la «Flor de Mayo». Cargan mosquetes para defender las siembras; el trigo que comen, lo aran; suelo sin tiranos es lo que buscan para el alma sin tiranos. Viene, de fieltro y blusón, el puritano intolerante e integérrimo, que odia el lujo, porque por él prevarican los hombres; viene el cuáquero, de calzas y chupa, y con los árboles que derriba levanta la escuela; viene el católico, perseguido por su fe, y funda un Estado donde no se puede perseguir por su fe a nadie; viene el caballero, de fusta y sombrero de plumas, y su mismo hábito de mandar esclavos le da altivez de rey para defender su libertad. Alguno trae en su barco una negrada que vender, o un fanático que quema a las brujas, o un gobernador que no quiere oír hablar de escuelas; lo que los barcos traen es gente de universidad y de letras, suecos místicos, alemanes fervientes, hugonotes francos, escoceses altivos, bátavos económicos; traen arados, semillas, telares, arpas, salmos, libros. En la casa hecha por sus manos vivían señores y siervos de sí propios, y de la fatiga de bregar con la naturaleza se consolaba el colono valeroso al ver venir, de delantal y cofia, a la anciana del hogar, con la bendición en los ojos y en la mano la bandeja de los dulces caseros, mientras una hija abría el libro de los himnos y preludiaba otra en el salterio o en el clavicordio. La escuela era de memoria y azotes; el ir a ella por la nieve era la

escuela mejor. Y cuando, de cara al viento, iban de dos en dos por los caminos, ellos de cuero y escopeta, ellas de bayeta y devocionario, a oír iban al reverendo nuevo, que le negaba al gobernador el poder en las cosas privadas de la religión, iban a elegir sus jueces o a residenciarlos. De afuera no venía la casta inmunda. La autoridad era de todos y la daban a quien se la querían dar. Sus ediles elegían y sus gobernadores. Si le pesaba al gobernador convocar el Consejo, por sobre él lo convocaban los «hombres libres». Allá, por los bosques, el aventurero taciturno caza hombres y lobos, y no duerme bien sino cuando tiene de almoñada un tronco recién caído o un indio muerto. Y en las mansiones solariegas del Sur, todo es minué y bujías, y coro de negros cuando viene el coche del señor, y copa de plata para el buen Madera. Pero no había acto de la vida que no fuera pábulo de la libertad en las colonias republicanas, que, más que cartas reales, recibieron del Rey certificados de independencia. Y cuando el inglés, por darla de amo, les impone un tributo que ellas no se quieren imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fué el que el inglés mismo había puesto en sus manos. A su héroe, le traen el caballo a la puerta. El pueblo que luego había de negarse a ayudar, acepta ayuda. La libertad que triunfa es, como él, señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo; más de la localidad que de la Humanidad, una libertad que bambolea, egoísta e injusta, sobre los hombros de una raza esclava, que antes de un siglo echa en tierra las andas de una sacudida. ¡Y surge, con un hacha en la mano, el leñador de ojos piadosos, entre el estruendo y el polvo que levantan al caer las ca-

denas de un millón de hombres emancipados! Por entre los cimientos desencajados en la estupenda convulsión se pasea, codiciosa y soberbia, la victoria; reaparecen, acentuados por la guerra, los factores que constituyeron la nación, y junto al cadáver del caballero, muerto sobre sus esclavos, luchan por el predominio en la República y en el Universo, el peregrino que no consentía señor sobre él ni criado bajo él, ni más conquistas que las que hace el grano en la tierra y el amor en los corazones, y el aventurero sagaz y rampante, hecho a adquirir y adelantar en la selva, sin más ley que su deseo ni más límite que el de su brazo, compañero solitario y temible del leopardo y el águila.

¿Y cómo no recordar, para gloria de los que han sabido vencer a pesar de ellos, los orígenes confusos y manchados de sangre de nuestra América, aunque al recuerdo leal, y hoy más que nunca necesario, le pueda poner la tacha de vejez importuna aquel a quien la luz de nuestra gloria, de la gloria de nuestra independencia, estorbaba para el oficio de comprometerla o rebajarla? Del arado nació la América del Norte, y la española, del perro de presa. Una guerra fanática sacó de la poesía de sus palacios aéreos al moro debilitado en la riqueza, y la soldadesca sobrante, criada con el vino crudo y el odio a los herejes, se echó, de coraza y arcabuz, sobre el indio de peto de algodón. Llenos venían los barcos de caballeros de media loriga, de segundones desheredados, de alféreces rebeldes, de licenciados y clérigos hambrones. Traen culebrinas, rodela, picas, quijetes, capacetes, espaldares, yelmos, perros. Ponen la espada a los cuatro vientos, declaran la tierra del Rey y entran a saco en los templos de oro.

Cortés atrae a Moctezuma al palacio que debe a su generosidad o a su prudencia, y en su propio palacio le pone preso. La simple Anacaona convidada a su fiesta a Ovando, a que viera el jardín de su país, y sus danzas alegres, y sus doncellas, y los soldados de Ovando se sacan de debajo del disfraz las espadas y se quedan con la tierra de Anacaona. Por entre las divisiones y celos de la gente india adelanta en América el conquistador: por entre aztecas y tlascaltecas llega Cortés a la canoa de Cuauthemoc; por entre quichés y zutujiles vence Alvarado en Guatemala; por entre tunjas y bogotáes adelanta Quesada en Colombia; por entre los de Atahualpa y los de Huascar pasa Pizarro en el Perú; en el pecho del último indio valeroso, clavan, a la luz de los templos incendiados, el estandarte rojo del Santo Oficio. Las mujeres, las roban. De cantos tenía sus caminos el indio libre, y después del español no había más caminos que el que abría la vaca husmeando el pasto o el indio que iba llorando en su treno la angustia de que se hubiesen vuelto hombres los lobos. Lo que come el encomendero, el indio lo trabaja: como flores que se quedan sin aroma caen muertos los indios: con los indios que mueren se ciegan las minas. De los recortes de las casullas se hace rico un sacristán. De paseo van los señores: o a quemar en el brasero el estandarte del rey; o a cercenarse las cabezas por peleas de virreyes y oidores, o celos de capitanes; y al pie del estribo lleva el amo dos indios de pajes, y dos mozos de espuela. De España nombran el virrey, el regente, el cabildo. Los cabildos que hacían, los firmaban con el hierro con que herraban las vacas. El alcalde manda que no entre el gobernador en la villa, por los males que le tiene hechos a la

república, y que los regidores se persiguen al entrar en el cabildo y que al indio que eche el caballo a galopar se le den veinticinco azotes. Los hijos que nacen, aprenden a leer en carteles de toros y en décimas de salteadores. «Quimeras despreciables» les enseñan en los colegios de entes y categorías. Y cuando la muchedumbre se junta en las calles, es para ir de cola de las tarascas que llevan el pregón; o para hablar, muy quedo, de las picanterías de la tapada y el oidor; o para ir a la quema del portugués; cien picas y mosquetes van delante, y detrás los dominicos con la cruz blanca y los grandes de vara y espadín, con la capilla bordada de hilo de oro; y en hombros los baúles de huesos, con llamas a los lados; y los culpables con la cuerda al cuello, y las culpas escritas en la coraza de la cabeza; y los contumaces con el sambenito pintado de imágenes del enemigo; y la prohombretería, y el señor obispo, y el clero mayor: y en la iglesia, entre dos tronos, a la luz lívida de los cirios, el altar y negro; afuera, la hoguera. Por la noche, baile. ¡El glorioso criollo cae bañado en sangre, cada vez que busca remedio a su vergüenza, sin más guía ni modelo que su honor, hoy en Caracas, mañana en Quito, luego con los comuneros del socorro; o compra, cuerpo a cuerpo, en Cachabamba el derecho de tener regidores del país; o muere, como el admirable Antequera, profesando su fe en el cadalso del Paraguay, iluminado el rostro por la dicha; o al desfallecer al pie del Chimborazo, «exhorta a las razas a que afiancen su dignidad». El primer criollo que le nace al español, el hijo de la Malinche, fué un rebelde. La hija de Juan de Mena, que lleva el luto de su padre, se viste de fiesta, con todas sus joyas, porque es día de honor para

la Humanidad el día en que Antequera muere. ¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar? ¡De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, le aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera! Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de Méjico. Con la lanza en la boca pasan la corriente, desnudos los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los cholos del Perú. Con el gorro frigio del libertero van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van a escape de triunfo los escuadrones gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, voleando sobre la cabeza la chuzza emplumada. Pintados de guerrear vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lanza de tacuarilla coronada de plumas de colores; y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿Adónde va la América, y quién la junta y la guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá sola.

¡Y todo ese veneno, lo hemos trocado en savia! Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más generoso, más firme. Sentina fuimos, y crisol comenzamos a ser. Sobre las hidras, fundamos. Las picas de Alvarado, las he-

mos echado abajo con nuestros ferrocarriles. En las plazas donde se quemaba a los herejes hemos levantado bibliotecas. Tantas escuelas tenemos como familiares del Santo Oficio tuvimos antes. Lo que no hemos hecho es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas que nos legaron nuestros padres. De las Misiones, religiosas e inmorales, no quedan ya más que paredes descascaradas, por donde asoma el buho el ojo, y pasea melancólico el lagarto. Por entre las razas heladas y las ruinas de los conventos y los caballos de los bárbaros se ha abierto paso el americano nuevo, y convida a la juventud del mundo a que levante en sus campos la tienda. Ha triunfado el puñado de apóstoles. ¿Qué importa que, por llevar el libro delante de los ojos, no viéramos, al nacer como pueblos libres, que el gobierno de una tierra híbrida y original, amasada con españoles retaceos y aborígenes torvos y aterrados, más sus salpicaduras de africanos y menceyes, debía comprender, para ser natural y fecundo, los elementos todos que, en maravilloso tropel, y por la política superior escrita en la naturaleza, se levantaron a fundarla? ¿Qué importan las luchas entre la ciudad universitaria y los campos feudales? ¿Qué importa el desdén, repleto de guerras, del marqués lacayo al menestral mestizo? ¿Qué importa el duelo, sombrío y tenaz, de Antonio de Nariño y San Ignacio de Loyola? Todo lo vence, y clava cada día su pabellón más alto, nuestra América capaz e infatigable. Todo lo conquista, de sol en sol, por el poder del alma de la tierra, armoniosa y artística, creada de la música y belleza de nuestra naturaleza, que da su abundancia a nuestro corazón y a nuestra mente la serenidad

y altura de sus cumbres; por el influjo secular con que este orden y grandeza ambientes han compensado el desorden y mezcla alevosa de nuestros orígenes; y por la libertad humanitaria y expansiva, no local, ni de raza, ni de secta, que fué a nuestras repúblicas en su hora de flor, y ha ido después, depurada y cernida, de las cabezas del orbe—libertad que no tendrá acaso asiento más amplio en pueblo alguno—; pusiera en mis labios el porvenir el fuego que marca! que el que se les prepara en nuestras tierras sin límites para el esfuerzo honrado, la solicitud leal y la amistad sincera de los hombres.

De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espinas en la frente, y las palabras como lava, saliendo justo con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a pujo de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro; una América sin suspicacias pueriles, ni confianzas cándidas, que convida sin miedo a la fortuna de su hogar a las razas todas, porque sabe que es la América de la defensa de Buenos Aires y de la resistencia del Callao, la América del Cerro de las Campanas y de la Nueva Troya. Y preferiría a su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobo ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo; preferiría a este oficio grandioso el de desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez de unirse más, o por celos de vecindad mentir a lo que está escrito por la fauna y los astros y la historia, o andar de zaga de quien se le ofreciese de zagal, o salir por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en

el plato la riqueza temible. ¡Sólo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea y la libertad que se conquista con las propias manos! No conoce a nuestra América quien eso ose temer. Rivadavia, el de la corbata siempre blanca, dijo que estos países se salvarían, y estos países se han salvado. No se ha arado en la mar. También nuestra América levanta palacios, y congrega el sobrante útil del universo oprimido; también doma la selva y le lleva el libro y el periódico, el municipio y el ferrocarril; también nuestra América, con el sol en la frente, surge sobre los desiertos coronada de ciudades. Y al reaparecer en esta crisis de elaboración de nuestros pueblos los elementos que los constituyeron, el criollo independiente es el que domina y se asegura, no el indio de espuela, marcado de la fusta, que sujeta el estribo y le pone dentro el pie, para que se vea de más alto a su señor.

Por eso vivimos aquí orgullosos de nuestra América, para servirla y honrarla. No vivimos, no, como siervos futuros ni como aldeanos deslumbrados, sino con la determinación y la capacidad de contribuir a que se la estime por sus méritos y se la respete por sus sacrificios: porque las mismas guerras que de pura ignorancia le echan en cara los que no la conocen, son el timbre de honor de nuestros pueblos, que no han vacilado en acelerar con el abono de su sangre el camino del progreso, y pueden ostentar en la frente sus garrras como una corona. En vano—faltos del roce y estímulo diario de nuestras luchas y de nuestras pasiones, que nos llegan ¡a mucha distancia! del suelo donde no crecen nuestros hijos—nos convida este país con su magnificencia, y la vida con sus tentaciones, y con sus cobardías el corazón, a

la tibieza y al olvido. ¡Donde no se olvida, y donde no hay muerte, llevamos a nuestra América, como luz y como hostia; y ni el interés corruptor, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancárnosla de allí! Enseñemos el alma como es a estos mensajeros ilustres que han venido a nuestros pueblos, para que vean que la tenemos honrada y leal, y que la admiración justa, y el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de prósbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, salvador y santo de lo propio; ni por el bien de nuestra persona, si en la conciencia sin paz hay bien, hemos de ser traidores a lo que nos mandan hacer la Naturaleza y la Humanidad. Y así, cuando cada uno de ellos vuelva a las playas que acaso nunca volvamos a ver, podrá decir, contento de nuestro decoro, a la que es nuestra dueña, nuestra esperanza y nuestra guía: «¡Madre América, allí encontramos hermanos! ¡Madre América, allí tienes hijos!»

VI

Discurso pronunciado en la velada que, en conmemoración del 10 de octubre de 1868, tuvo efecto en "Hardman Hall", de Nueva York, el 10 de octubre de 1890.

Cubanos:

Otros llegarán sin temor a la pira donde humean, como citando con la hecatombe, nuestros héroes; yo tiemblo avergonzado: tiemblo de admiración, de pesar y de impaciencia. Me parece que veo cruzar, pasando lista, una sombra colérica y sublime, la sombra de la estrella en el sombrero; y mi deber, mientras me queden pies, el deber de todos nosotros, mientras nos queden pies, es ponernos en pie y decir: «¡ presente!»

¿Ni qué falta por decir, ni qué soldado falta en la lista de esta noche? Lo que ha de asombrar a los descreídos, si saben algo de las flaquezas humanas, y lo que han de tomar como anuncio y lección, es que, en esta época, sin gloria y sin triunfo, nos queden tantos como nos quedan; por-

que el hombre acude a la fortuna, como el mendigo al sol, y esquiva el sacrificio obscuro y la sombra del silencio: aunque el verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ese es el verdadero hombre, el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales, y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber. Y si falla, es que el deber no se entendió con toda pureza, sino con la liga de las pasiones menores, o no se ejercitó con desinterés y eficacia.

¿Qué falta por decir, aquí donde el discurso es la ejemplar concurrencia; donde están juntos, brazo a brazo, sin que ni para un látigo quede hueco entre el hombro de uno y el del otro, los que en la patria trabajadora de mañana, en un pueblo de nuestro continente y de nuestro siglo, han de defenderse y de crear, han de vivir y fundar juntos; donde el guerrero imberbe devora con los ojos al que echó la barba peleando, y la mujer infatigable, domando el miedo amoroso de su corazón, viene en angustia heroica a oír con cariño, a alentar con su presencia, a coronar con su aplauso a los que, con el ejemplo de ayer y con la palabra de hoy, aconsejan la muerte, y la empresa de donde no es fácil volver, al hijo a quien un decreto superior a la vida manda seguir, por ley del mundo y no por la de la venganza, la senda donde cayó el padre? Las palabras deshonoran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero. Las palabras están de más cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden. ¿Y qué es lo que dicen estos

hombres tenaces, estos discursos salidos de las entrañas, este estrado donde están juntas la ley y la milicia, y el cubano del Cayo con el cubano neoyorquino, y la gente de Lares con la gente de Yara, y un niño, que no supo dónde se iba a sentar, y se sentó al pie de nuestra bandera? A nuestra patria, de lo más hondo y decoroso de nuestra alma, enviamos de aquí este unánime mensaje: «¡Patria, más querida mientras más infeliz, y más bella mil veces, a nuestros ojos, mientras más débil y abandonada! tu semilla dió fruto; las frentes que besaste te son fieles; la sangre de los padres corre por las venas de los hijos; el acero centellea y el viva retumba en la palabra de tus jóvenes: los niños, enamorados del rayo, oyen envidiosos el cuento inmortal; en el descanso ponemos a tu espada empuñadura de razón; de toda la tierra tus hijos y tus amigos te empiezan a tender las manos!»

Porque nuestra espada no nos la quitó nadie de la mano, sino que la dejamos caer nosotros mismos; y no estamos aquí para decirnos ternezas mutuas, ni para coronar con flores de papel las estatuas heroicas, ni para entretener la conciencia con festividades funerales, ni para ofrecer, sobre el pedestal de los discursos, lo que no podemos ni intentamos cumplir; sino para ir poniendo en la mano tal firmeza que no volvamos a dejar caer la espada. Epoca de aprovechamiento y de reconstrucción es esta época, y tregua más útil tal vez que el triunfo mismo, e indispensable acaso, para el triunfo: que es lo que no se ha visto en Cuba, y por donde toda la política cubana yerra, porque no han entendido que un pueblo que entre en la revolución no sale de ella hasta que se extingue o la corona. No han entendido que la po-

lítica científica no está en aplicar a un pueblo, si quiera sea con buena voluntad, instituciones nacidas de otros antecedentes y naturaleza, y desacreditadas por ineficaces donde parecían más salvadoras, sino en dirigir hacia lo posible el país con sus elementos reales. No han entendido que el estado público que siguió al fracaso aparente de la revolución era una nueva forma de ella, en la que continuaban chocando o amalgamándose sus factores, y que el deber interno y esencial en la política, que es sobre todo arte de previsión, era el de ir removiendo por la cordialidad y la justicia los elementos de choque y transformándolos, en cuanto se pudiese, en elementos de amalgama. No han entendido que en los países no hay que estar en tanto a los modos de gobierno, que no pueden ser más que el resultado de los factores de la población y de sus relaciones, como al arreglo prudente de los factores inevitables, que han de crecer e influir en junto. No han entendido que en la guerra, a pesar de la magnífica explosión de nuestra virtud, pudieron más que la virtud confiada y adolescente los intereses y hábitos creados en su ejercicio, y las pasiones de mando y de localidad que desfiguran y anulan los más bellos arranques. No han entendido que, puesto que existe el peligro innegable y continuo de una guerra nueva—como que existen, tan graves como antes, las causas de la anterior—, había que allegar, con indulgencia y vigilancia unidas, la mayor suma posible de elementos de victoria para la guerra siempre probable, y aminorar, en cuanto cabe en el tiempo y en nuestra educación confusa, los elementos que produjeron antes nuestro desorden y derrota. ¿Pues pensar, qué es, si no es fundar? No es ir de lira o de bonete por el mundo, trovando y arguyendo,

con una oda al brazo izquierdo y las pandectas al derecho, poniéndose cuando haga falta una escarapela verde o el barboquejo de hule. Pensar es abrir surcos, levantar cimientos y dar el santo y seña de los corazones. Y este deber de preparar y unir, que es el deber continuo de la política en todas partes, lo era especial, por causas propias, de la política cubana; porque en Cuba, a despecho de los consejos del interés momentáneo, y por el aviso superior del interés constante, desean la guerra con el corazón leal los mismos que la rechazan con el juicio tímido. Y nosotros mantémoslos que los que son impotentes para hacer desaparecer las causas de la guerra en un país, necesitan, si aman a su patria y quieren ahorrarle males, tener preparado el país para la guerra. Por supuesto, que es lícito, y tan patriótico como lo que más, procurar, con la dignidad entera y el rumbo al porvenir, que el país se salve a la vez de la servidumbre angustiosa y de la guerra terrible. Pero es más lícito y más práctico continuar, con la mira en lo inevitable, la obra de fusión, de purificación, de reducción, de acumulación de los elementos necesarios para que la guerra sea corta y justa y de beneficios duraderos, sobre todo cuando la obra pacífica para extinguir la servidumbre ha dado por único resultado el de aumentarla.

Estas no son noches de enumeraciones ni de tesis, ni está para paciencias el sentimiento estremecido, ni el ánimo—llevado a las aventuras por los modelos gloriosos y las palabras vibrantes, por las lágrimas que hemos visto aquí rodar de los ojos del patricio magnánimo y de la viuda a cuyos brazos no volvió nunca el compañero—permite el examen detallado de nuestros temas de ordenamien-

to y constitución que en la academia política fuera menester, aunque a todo acto público, sobre todo en estas épocas de creación, ha de llevarse el tacto y la sabiduría de la academia política, por que el sentimiento es también un elemento de la ciencia. No está, bien se ve que no está, nuestro público para discreteos y retóricas. Lo del almirante Nelson es lo que quiere el público, cuando le vino un Estado Mayor de casaquín y tricornio, con muchos compases, y muchos cordeles, y muchos cálculos, y muchas enumeraciones, y el almirante le dijo, de una buena tronada de la voz: «¡Al diablo las maniobras! ¡Arriba y a ellos!» Pero la política es un arte muy delicado y complejo, y la vida de un pueblo, de un pueblo que en nuestra generación se abrió ya las venas otra vez, no es cosa que ha de comprometerse en una loca corazonada, ni llevársela de arremetida, como la muchedumbre que se va detrás de los tambores; es nuestro pueblo, nuestro corazón, que no hemos de querer que nos le engañen ni nos le destrocen; es nuestro pueblo, el pueblo de nuestras entrañas, que no hemos de convertir, por un empeño fanático, en foro de leguleyos ineptos o en hato de generales celosos o en montón de cenizas.

Sí, se nos salta el corazón—¡cómo no se nos ha de saltar!—cuando vemos vivir en el silencio de los montes, en el silencio de los montes, lleno de consuelos, a uno de los padres evangélicos de nuestra libertad, que allá fundó y aquí sigue fundando, que montó a caballo cuando el honor pasó redoblando por su casa, y con su esclavo de hermano se echó por el camino de la muerte, dejando atrás a la madre, adorada de veras, y la tierra en que cada retoño era como un hijo, y el gusto y el orgullo de todo cuanto po-

seía. Sí, se nos salta el corazón de celos y de agradecimiento cuando oímos de algunos labios asombrados, porque de sus labios viriles se la oye rara vez, la historia de aquellos hechos de indecible bravura que ha de poner con lo más alto del firmamento la admiración del hombre, de aquellos hechos que no se pueden oír sin que se llene como de luz toda nuestra carne mortal o sin sentir como que la mar se hace puente, y nos vamos, detrás del ejemplo ilustre, adonde la tierra nos llama. Como el viejo Schamyl de Circasia somos los cubanos todos—¡húndase lejos de nosotros el que no lo sea!—cuando vemos vivo o veneramos muerto a uno de aquellos batalladores maravillosos que, sin más paga que la virtud ni más sabiduría que la que improvisó el genio natural—¡donde hay valor hay academias!—, ni más defensa que la que le pone al pecho el desdén de la muerte, pelearon, año sobre año, por nuestra honra y nuestra salvación, de tal modo que están ya, para toda la vida, como ungidos y consagrados. Hasta el derecho de errar tienen, y la gloria les da cierta impunidad. ¡Diga el bufete lo que quiera, el triunfo es de los que se sacrifican, y el corazón de los pueblos es de los que osan! Como el viejo Schamyl de Circasia somos todos cuando, rendidos con honores después de veinte años de guerra contra Rusia, guerra en los derriscaderos, guerra en los picos y en las grietas del monte, guerra al son del torrente y la avalancha, veía desde una ventana de San Petersburgo, mudos los ojos, la barba blanca por el cinto, la revista de gala del matrimonio del emperador. Pasó la guardia verde, la que le guarda el cuerpo al zar, y Schamyl callaba. Cosacos, y kurdos, y turcomanos pasaron, vitoreando, de amarillo y azul, o de espadón al

aire y banderola, y Schamyl callaba. Y, de repente, entre el gentío que retrocede y se arremolina, asoma, al ras de la tierra, la caballería de Circasia: los capacetes les relucen, la túnica es roja, las mallas chispean, vienen volando y relampagueando los arneses, les da el sol en los ojos, y Schamyl, con el llanto por la barba, llameante la mirada de león viejo, soberana la voz como cuando mandaba en la barranca arremeter hasta morir, dijo, tendiéndoles desde el alma los dos brazos: «¡La bendición de Dios sea con vosotros, hijos míos!» Y nuestros héroes, los vivos como los muertos, tienen la bendición de todos los cubanos.

Pero yerra el que diga, tomando a mal esta honrada admiración nuestra; yerra a sabiendas el que diga, como por Cuba andan diciendo ahora los que no ven sino lo que se les pone delante, que el cubano libre que tiene en algo la salud de la patria y el honor no es más que silla de monta para que el tirano militar se pavonee, después de la guerra triunfante, sobre una tribu de demagogos sumisos. No conocen los que esto dicen a muchos de los militares de nuestra guerra, que saben que el hombre se deshonorra cuando deshonorra a los demás; ni a su patria conocen, la patria oculta y verdadera, que está ya, en la certeza de lo que no se ve, más alta y más segura que cuantas manos pudieran atreverse a ella; ni nos conocen a nosotros. Si esa plaga de la milicia desocupada fuese una de las que nos hubiesen quedado de la guerra; si con la golosina de la pereza o el hábito del mando hubiese acabado este o aquel militar por hacer de su gloria escabel de su ambición o mercancía de patriotismo; si los que despertaron a nuestra libertad virgen y la escol-

taron diez años por los montes pudieran volver para clavarle en el corazón la lanza gaucha; si con la cubierta de echar abajo una tiranía se estuviese preparando otra, otros cubanos serán los que lo vean, que nosotros, que estamos aquí y sabemos por qué estamos, no lo vemos; otros cubanos serán los que lo consientan, porque nosotros, mientras nos queden lengua y manos, no lo hemos de consentir.

Pero aun cuando semejante crimen estuviera en preparación, como si pudiera ser que los defensores de la libertad se convirtiesen en sus asesinos, no sería a este o a aquel pretendiente militar, errante por oficio o despótico por naturaleza, a quien habría que temer, ni a los tenientes ciegos que fueran en su pasión hasta ser infieles a la patria por ser fieles a un jefe y traidores al bien público por sumisión servil a su capitán, sino a los hombres civiles, sin propósito ni carácter, que por su pusilanimidad en la acción excitan el justo desdén de los que son capaces de ella, y con sus rencillas aldeanas y sus hábitos de consentimiento, de lujo y de lisonja, hacen posible en las repúblicas nuevas el predominio de un militar osado y hábil. El hombre de actos sólo respeta al hombre de actos. El que se ha encarado mil veces con la muerte y llegó a conocerle la hermosura, no acata, ni puede acatar, la autoridad de los que temen a la muerte. El político de razón es vencido, en los tiempos de acción, por el político de acción; vencido y despreciado o usado como mero instrumento y cómplice, a menos que, a la hora de montar, no se eche la razón al frente y monte. ¡La razón, si quiere guiar, tiene que entrar en la caballería y morir, para que la respeten los que saben morir! No son los admiradores

ciegos del prestigio militar los enemigos más temibles de la República, sino los que, en la hora de ser soldados, se niegan a ser soldados. ¡Y eso de soldados no lo ha de decir ningún irrespetuoso de los militares cubanos, porque pelearon sin sueldo! La Historia verdadera no enseña que los pretendientes militares—que, por lo general, sólo arrollan, en la hombría de su bravura, lo que no pueden respetar sinceramente—sean tanto de temer como los letrados incapaces, que en el momento decisivo de la acción dan tiempo a que el militar de ojo seguro se aproveche de él, y después de la victoria lo rodean, para vivir triunfalmente a la sombra de su autoridad, o le disputan el poder que ellos mismos le dieron, con una oposición nimia y verbosa, ¡ni se sabe cuáles sean las ambiciones más funestas para un país que no ha comenzado aún a nacer, si las militares o las civiles!

Pero si por este lado padecemos y vemos al país sin guía y por tierra, por otro lado levantamos el corazón; porque con los pueblos sucede como con lo demás de la Naturaleza, donde todo lo necesario se crea a la hora oportuna, de lo mismo que se le opone y contradice. Los que sabemos que la casa empieza a levantarse desde que la piedra se empieza a formar en la montaña; los que vemos al cubano errante, hijo de la revolución, adquirir en las pruebas de la vida, entre latinos y sajones, en monarquías como en repúblicas, las enseñanzas y fe que no pueden tener los que vinieron a la guerra con el corazón flojo y maledo por la capitanía general—o en los diez años del heroísmo vivieron lejos de él o con los que lo fusilaban—o no andan en la odisea que volverá al suelo nativo con la madurez de sus viajes; los que

en la triste independencia del destierro cultivan en la dificultad sus fuerzas de hombre y ven por sí y en cabeza de otros los peligros continuos y las obligaciones ineludibles de la ciudadanía; los que vemos sazonarse dentro y fuera de Cuba, con la viveza y cordura que le viene de lo natural, a ese ingenio cubano nuestro, a la vez templado y ardiente, en que la fuerza de la imaginación no obscurece ni sofoca la del juicio; los que sabemos que por el contraste de la indignación se precipita y cuaja con más violencia la virtud en los pueblos y condiciones donde la podredumbre insolente, la injuria y desafia, no tememos que el gusano del Lavapiés llegue al corazón de Ignacio Agramonte. ¡Viva en buen hora en gacetilla permanente, con el pelo a la sien y la petenera en la garganta, nuestra pobre ciudad capital, y ensáyese la juventud demacrada el pantalón enjuto del terne de Madrid y su lengua grosera, que a su lado crece, pálida la frente y el puño nervioso, esa otra juventud, hermana de la nuestra, que le ha de quitar la pandereta de la mano!

Los que vivimos aquí sabemos lo que se ha de querer, sabemos todo lo que se ha de temer, sabemos cómo se ha de poner el pecho a cuantos nos parezca amenazar, de fuera o de dentro, la reconstrucción cordial y la independencia próspera de nuestra patria. No nos ciega el entendimiento el hábito de haber vivido en nuestra tierra como señores, ni imaginamos, crueles y desagradecidos, que el único modo de resolver nuestro problema social es enconarlo. ¿De qué sirve tener a Darwin sobre la mesa, si tenemos todavía al mayoral en nuestras costumbres? No creemos que sea Cuba una isla moral, que en este siglo nivelador y justiciero pueda salvarse de la marejada de libertad

que de todas partes empuja y rodea, ni que un pueblo industrial, como Cuba es, viva dichoso con una política de señorío, política de volante y calesero, que no habla con los que van por el mundo a pie, sin ver que son más que los que van sobre ruedas y tienen la fuerza de la ignorancia y del padecimiento, y, si les ayuda la justicia, pueden volcarnos la volanta. No creemos que el arte de gobernar un pueblo mixto, en que están unidos por la sangre, y aun por el apego a la tierra, el cubano oprimido y el español opresor, esté en poner al uno sobre el otro, aun cuando llegase la hora del recuento de los pecados, sino en pelear primero con ellos hasta morir, para convidarlos luego a quedarse, libres como nosotros mismos, en nuestra casa libre. No nos llega la flojedad del ánimo, ni la ignorancia supina, ni el hábito de la servidumbre, hasta declarar de puro olimpo que no podremos gobernarnos el día en que hayamos ganado nuestra libertad, sino que hemos de llamar a nuestra casa, para que nos gobierne, a un vecino que, al día siguiente de su independencia, emplumó en la plaza pública a sus adversarios vencidos, apedreó por las calles a los jueces, creó con sus militares una orden secreta de nobleza, marchó con el ejército armado contra el Congreso nacional, desobedeció y echó de sus sillas al Congreso, levantó por los celos de aldea y el interés un Estado contra otro, se apasionó en sus disputas al extremo de decidir el asesinato de los padres de la República y firmó sin compasión la carta de su libertad sobre la espalda de sus esclavos. No nos compunge andar un poco solos, en lo que se ve, sabiendo, como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra y saldrá a su hora y bajará del

cielo, pronto y bien armado; ni para consolarnos tenemos más que mirar al pueblo amigo de Méjico, que es el que nos queda más cerca, donde anduvo de fuga el indio Juárez con unos treinta locos, que llamaron luego «inmaculados», de fuga por los montes, con un imperio a la espalda y una república rapaz al frente, una república que le ofrecía su ayuda en cambio de una concesión ignominiosa, y la nación del indio fugitivo, a quien el discurso de un poeta libró, por cierto, de morir, es hoy cortejada, como sagaz y como libre, como intelectual y como industrial, por los pueblos poderosos de la tierra: la nación híbrida, la nación de un millón de blancos y siete millones de indios. ¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde! Con treinta hombres se puede hacer un pueblo. Ni creemos, por estas novedades de tratas en moda ahora, que aunque le saliesen a España de una pirueta los estadistas evangélicos y portentosos con que en la suma de todos los partidos habría de contar para obtener que por el beneficio de una colonia transitoria, que de un modo u otro ha de venirse abajo, sacrificase la monarquía el interés constante de las provincias que le dan de comer y son carne perpetua de su carne; aunque se crease en Cuba, como para el triunfo del Tratado se habría de crear, una liga odiosa, y, a la larga irreconciliable, de lo más descarado del partido español con lo más acomodaticio del cubano; aunque con el gusto del pan, que ya allí se va perdiendo de pura falta de ejercicio, se aquietasen las iras que hoy trastornan los rincones más apacibles del país, ¡con la fuerza del pan nuevo le volvería a la sangre dormida la memoria, la dignidad latente azotaría el rostro en cuanto callase el hambre satisfecha, despertaría en los corazo-

nes, reanimados, el fantasma de San Lorenzo y de Jimaguayú!

Con esta fe vivimos, con este cuidado prevenimos, con esas miras preparamos, así, adelantamos, atrayendo y fundiendo. Así, sin ostentación y sin temor, vamos, en lo callado de nuestra faena, alentando al respeto a los que ya lo han perdido por sí propios; reavivando la fe de los impacientes que decayeron en la primera jornada; tendiendo la mano, sin que se nos canse de estar tendida, a los mismos que nos niegan la suya; alistando, camino de la patria, nuestras legiones invisibles. La caridad es nuestro corazón. La razón es nuestro escudo. La lanza, la que recogimos de la mano de nuestros muertos. Ni alardes pueriles, ni promesas vanas, ni odios de clases, ni pujos de autoridad, ni ceguera de opinión, ni política de pueblo ha de esperarse de nosotros, sino política de cimiento y de abrazo, por donde el ignorante temible se eleve a la justicia por la cultura, y el culto soberbio acate, arrepentido, la fraternidad del hombre, y, de un cabo a otro de la isla, sables y libros juntos, juntos los de la sierra y los del puerto, se oiga, por sobre los recelos, desarraigados para siempre, la palabra creadora, la palabra «¡hermanos!» Obra de hombre prometemos. Si el clarín suena de allá, con todo lo que tengamos hecho iremos adonde nos llame el clarín. Y si por la timidez continua de los intereses esperanzados, o por el freno que a la guerra pudieran poner, confundiendo en mala hora el patriotismo y la ambición, los pretendientes militares y los pretendientes civiles, o por temor de que la guerra se alzase con bandera imprudente, imprudente y culpable, de localidad, o porque llegase hasta el hueso el gusano del Lavapiés, que

nos está comiendo ya las carnes; si por habilidad de nuestro opresor o culpa nuestra se fueran dividiendo allí los que debieran unir, y cayéndose a tierra, por no juntarse con otros, los brazos que se debieran levantar, aquí, de pueblo en pueblo, sin que el corazón se nos fatigue ni nos espanten los años, paseamos el fuego insepulto, como enseña que ha de juntar, con ayuda de todos los amigos de la libertad, a los cubanos fieles esparcidos al viento del mundo. ¡Y levantaremos, en brazos de la América libre, nuestra patria buena y grande!

Palabras pronunciadas en la velada artístico-literaria celebrada por la Sociedad Hispano-Americana de Nueva York, el 3 de marzo de 1891.

Señoras y señores:

Muchos años hace, porque los años que se pasan lejos del suelo nativo son años muy largos, en una tarde de mayo en que estallaban al sol tierno las primeras lilas, vi al gentío de seda y encajes, de petimetres y marquesas, de generales canosos y de duques, levantarse, entusiastas, de sus asientos, vitorear una música entrañable y conmovedora, proclamar, en el aire lloroso, al que enviaba a la corte feliz el dolor de la noche, la queja de las sombras, la plegaria de los cañaverales. Era Madrid: la sala famosa de los conciertos de Madrid, que aclamaba «El Canto del Escravo», de Espadero. La Sociedad Literaria hace, pues, bien en tejer, con las rosas de su casa, una corona más para aquel que aprisionó en sus no-

tas, como en red de cristal fino, los espíritus dolientes, que velan y demandan desde el éter fulguroso y trémulo del cielo americano. La Sociedad Literaria no podía cerrar sus puertas, abiertas de par en par a la gloria, cuando llamaba a ellas una noble mano de mujer pidiendo con derecho de hermana la caridad de una flor para la tumba del genio austero y compasivo.

No he de decir aquí, porque el mundo lo sabe, que el músico creador a quien rendimos homenaje no fué artista de mera habilidad, que saca del marfil jadeante y estrujado una música sin alma; ni lacayo de su tiempo, que al esqueleto de su patria le pone sobre la oreja una moña de colores, o de gritos salvajes compone un baile impuro, para que lo bailen, coronados de adormideras, en el gozo del fango, sino salterio sensible, que en la limpieza de la soledad, cuando cae sobre el mundo lentamente el bálsamo de la noche, ve alzarse de las maravillas, volando de onda en onda, el alma de la flor, y danzar sobre el río, con la nota en los labios, a las doncellas de agua y luz, y a las palmeras, como madres deshechas de amor, acoger en sus ramas a los espíritus que huyen de la tierra con el rostro cubierto, sangrando y des-pavorido: era arpa magnífica, que en la fiereza del silencio entona un himno fúnebre a todo lo que muere, saluda con alborozo de aurora a lo que nace, recoge en acordes estridentes los gritos de la tierra, cuando triunfa la tempestad y viene la luz del rayo.

De lo que sí no se puede dejar de hablar, porque por ahí se medirá más tarde la alteza del hombre, es del montaraz sigilo en que cuentan que vivía aquel domador de notas: ¿Ni cómo había de vivir, siendo sincero, aquel peregrino que pasa-

ba por la tierra, como todo artista que de veras lo es, con la ira y desdén de quien ve luces que no ven los que le rodean y entreoye acentos que la zahurda vulgar no le deja oír, y se revuelve áspero contra los que no le dan tiempo, con el bufido de los fuelles y el martilleo de las forjas, a levantar, en el encanto de la luna, su torre de aspas, de estrellas y de cristales? ¿Cómo, sino tético y fuera de sí, había de vivir, con su poder de unir encantos, las voces del conjunto, y en una nota un haz de esperanzas y de penas, quien no vino al mundo en aquellas edades en que las almas afinadas en coro remedaban con su unidad en esta vida la plenitud de la obra, sino en época y tierra de retazo, donde ni la música de lo interior ni la de ciencia de afuera hallaban en torno suyo armonía y estímulo, sino perturbación, fealdad y espanto?

¡Bien hace, de veras, la Sociedad Literaria en llevar con este concierto de espíritus un alivio póstumo a la tumba de quien acaso sacó su música más bella del choque del espíritu excelso con la vida, que se lo ofendía y acorralaba! ¡Bien hacen estas manos caritativas de mujer en poner en la tumba del artista desconsolado la limosna de una flor!

VIII

Discurso pronunciado en la velada que en honor de Centroamérica celebró la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York, en junio de 1891.

Señoras y señores:

Como en andas de flores se levanta, colgada de granadillas e hipomeas, la tierra de esmeralda y plumas, donde al espejo de sus lagos y al incendio de sus volcanes crecen, en el combate y en la fatiga, según lo manda la Naturaleza, las cinco repúblicas de Centroamérica, como un solo hogar. Por aquellos ríos han apagado la sed, en la cuenca de una hoja, muchos viadores de la libertad; de aquellos arriates ha tomado mucha flor para el pasajero doloroso la niña de la casa; para la vida y la poesía ha sacado fuerzas mucho peregrino de aquel aire purificado por el fuego; de debajo de un apagavelas salen, desperezándose y tundiéndose, cinco países, cuyo parentesco será más poderoso que la pócima de ira con que les al-

borotó las venas el conquistador. ¡Aquí venimos, en nombre de todos los agradecidos, a ceñir con una guirnalda de corazones las banderas que no se han manchado con más sangre que aquella que es ley que se derrame, por la ferocidad inevitable de la vida, en los bautizos de la libertad!

Por entre las ruinas de los gigantes desaparecidos surgieron, bellos y pintados como los pájaros, los pueblos de indios nuevos que tejían y tañían, y levantaban con gracia heroica sus atalayas de carrizos, y narraban bajo la sombra de los árboles la leyenda del mundo, cuando centellearon en la creación los espíritus celestes y a la voz de ¡tierra! surgió el Universo de la nada, con el hombre que fué primero arcilla y luego tronco duro, y luego árbol ramoso; con la mujer de caña, y luego los cuatro hombres de carne y pensamiento, a cuya cabeza se sentaron las cuatro mujeres, coronadas de pluma de garza. Hoy era el mercado de tejidos y diademas, y pórfiros, y oros, y birretes, y tobilleras del plumón más fino, y pitos, y atabales; la boda era mañana, con danzas y convites, y las casas blancas festoneadas de orquídeas olorosas, o era que el rey pasaba, con su manto de pluma azul y la corona refulgente, cargado a hombros de nobles, en su silla de oro y pedrería, o vitoreaba la multitud a los caballeros del torneo, que a punta de flecha mantenían por el aire la mazorca de maíz, o volvían a sus hogares aterrados, porque venía el zutuñil a sangre y fuego, el cazador que traía al cinto como un iris la pluma del quetzal, el atjiije canoso, abrazado a los manuscritos de las leyendas, el coro de la escuela desbandada. El zutuñil prendía a la tierra fuego, para que no anduviesen sobre ella los invasores. Vinó el rubio de España, con el trueno en las ma-

nos; cayó, con su ahado el cachiquel, sobre las ciudades que el quiché alzó contra el chuzo y la flecha, y, cuando pasó la nube de humo, resplandecía el sol, indiferente, en la caña y la pluma de las hecatombes.

Se bebió entonces, al sol de Pacaya, el vino de Valladolid, entre barajas y votos, y apuró el cacao de Soconusco, en los casucones levantados sobre indios, el deán que ensartaba con la tizona al alguacil que lo venía a prender. La calle era del oidor, de gorra y garnacha, o del encomendero desdentado, de casco y gamuza, o del presidente que echaba desvergüenzas al buen obispo que le venía a pedir la ley para la indiada, sin más coraza que su lanilla de dominico ni más miedo que el de no ser bastante brioso. A flechazos recibían aquellos cristianos a los obispos que no les firmaban los crímenes con la religión; tuteaban al rey, en cuanto les tocasen las encomiendas aquellos vasallos, y monseñor se gastaba la renta de la catedral en festejos, a los que salían a matar lacandones. San Francisco peleaba con Santo Domingo, el Cabildo se le empinaba a la Audiencia, los encomenderos cansaban el mar con sus quejas al emperador, un Hernando cosía a puñaladas al obispo y con la daga ensangrentada escribía en el aire su proclamación de príncipe. Hasta que los competidores se avinieron en el mando y no hubo ya más Casas ni más Marroquines, sino que vivía en los palacios, con el nombre de la familia escrito en el zaguán con huesos, la prole de los conquistadores y las doce damas, y era la vida candil y procesiones, como aquella del certamen de la Universidad sobre la «Contienda Amorosa de Italia, Francia y España», cuando iban delante los atamaleros, y luego en mulas los estudiantes

e hidalgos, y los doctores, y la clerecía, y luego un señorón de portaeñandarte, con el tema muy floreado entre pinturas, y luego criados de librea, y luego soldados, a tiempo que entraba en la ciudad la hilera de indios, con la frente ya hecha al mecapan de la bestia de carga, y el ministril se llevaba preso a un criollo porque leía el *Quijote*.

Se movió el mundo, vivió Carlos III, entró en la Capitanía la Enciclopedia, bajo una capa española, y de la mesa de un canónigo andaluz salió la juventud del señorío a ganar a la independencia la voluntad del general español. ¡Y aún hoy es día de gala en Centroamérica, de gozo puro y sublime, aquel día de septiembre! Pudo más que la corazonada del primer cariño el interés de las localidades apartadas por la policía astuta de la colonia; pudo más lo real del país, hecho al gobierno familiar, que lo ideal que le querían poner, con más ardor que pericia, los innovadores desconcertados; pudieron unos idear canales y garantías, mientras mandaban otros cerrar las costas y espantaban de un bufido al buen sevillano que quiso enseñar álgebra; pudieron las Repúblicas, unidas por un artificio generoso, volver a la localidad de que no supo sacarlas la conquista, que sólo hubiera podido hallar excusa en el cumplimiento de esa ley histórica; pueden aún, con la mira en el sol, padecer en la faena de ir acomodando a un pueblo novicio, criado en dos conquistas, las leyes acabadas de la libertad o sacar de su misma composición, de modo que se le asegure, la ley aborigen que la aquiete y levante; puede ser como levadura, por lo fervorosa, una de las Repúblicas, y otra como un jardín, por el cultivo de la tierra y de las mentes, y otra como academia de política y trabajo, y otra como una casa

de familia, con el retrato del abuelo orlado de ópalos, y otra como universidad entre plantíos, que pone a reposar sobre el arado el tirso y el capelo; pero de la majestad y rebelión de su naturaleza de volcanes, del hábito de crítica aguzado en la larga esclavitud y de la lección aprendida en la prueba franca y dolorosa de hombres y sistemas, viene a aquellas Repúblicas un señorío mental, más verdadero que visible y más eficaz que ostentoso, por el que todas se reconocen y unen, en donde entra por parte tan viva lo más fecundo de la fantasía, que pudiera un avezado a imágenes comparar aquella serena mente de Centroamérica a una casa solar, de portón de alto escudo, por cuyos balcones colgasen, pintorescas y amables, las enredaderas.

Allí, por cuevas floridas, con el pecho lleno de un gozo de creación, se sube, como coronado, a los volcanes, desde donde se ve caer la tierra en declives cambiantes sobre la playa de la mar; allí, en cráteres orlados del jardín silvestre, chispean, sigilosas, las lagunas; allí, en la boca deshecha del Volcán de Fuego, revolotea la mariposa azul, y corren por las faldas, entre guijas de colores y anémonas y tréboles que lucen como lapislázuli y coral, ríos de un agua tan clara como la prosa de Marure, y con tal música en su curso, que parecen estrofas de los hermanos Diéguez. Así, en el goce continuo de aquel mundo ordenado y hermoso, nace, a despecho de las turbulencias de la vida, la felicidad que hace al hombre bueno y es, como la desgracia, una fuerza decisiva en la literatura. Así, entre sus jazmines del Cabo y su clavel de olor, sueltas las trenzas y el corazón prendado, crece sensata y fiel la esposa del país, como un juicio risueño que impera sin descoco y unos

cariños como plumón de ave. Así, ayudada por su misma dilación, que la salva de los tanteos decadentes y místicos del pensamiento nuevo que asoma ya sobre los hombres, va Centroamérica disponiéndose a acomodarse a su hora, con la fuerza venida del estudio de lo natural, a la época de mayor religión y literatura verdadera que por la tierra toda levanta, con potencia de himno, el conocimiento racional y amoroso de la Naturaleza. Por la enseñanza que de ellos recibe América, en virtud de su apego saludable a lo original y propio; por el valor con que han encarado sus problemas y la frecuencia con que los han abonado con su sangre; por la largueza con que dan agua y pan al peregrino, permitidme, vosotros que os gloriáis con la representación de aquellos nobles países, que los saludé en nombre de la América, cuya fe indígena proclaman y mantienen, en nombre de la libertad, cuyo estandarte acribillado alzan por sobre sus cabezas, en nombre de los peregrinos agradecidos.

IX

Discurso pronunciado en la velada que en honor de Méjico celebró la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York, en 1891.

Señoras y señores:

Este júbilo es justo, porque hoy nos reunimos a tributar honor a la nación ceñida de palmeras y azahares que alza, como un florón de gloria, al cielo azul las cumbres libres donde el silbato del ferrocarril despierta, coronada de rosas como ayer, con la salud del trabajo en la mejilla, el alma indómita que chispeaba al rescoldo en las cenizas de Guahatemoc, nunca apagadas. ¡Saludamos a un pueblo que funde, en crisol de su propio metal, las civilizaciones que se echaron sobre él para destruirlo! ¡Saludamos, con las almas en pie, al pueblo ejemplar y prudente de América!

Fué Méjico primero, antes de la llegada de los arcabuces, tierra como de oro y plumas, donde el emperador, pontífice y general, salía de su pala-

cio suntuoso, camino de la torre mística, en hombros de los caballeros naturales, de adarga de junco y cota de algodón, por entre un pueblo de mantos largos y negro cabello, que henchía el mercado, comprando y vendiendo; o aplaudía la comedia al aire libre, con los niños vestidos de pájaros y mariposas; o abría campo a los magnates, de vuelta del banquete, con sus bailarines y bufones; o saludaba al paso del teculi ilustre que mostró en sus pruebas de caballería el poder de domarse a sí propio; o bullía por las calles de las tiendas, probándose al dedo anillos tallados y a los hombros mantones de pieles; o danzaba, con paso que era aire, el coro de la oda; o se agolpaba a ver venir a los guerreros de escudo de águila, que volvían en triunfo, con su ofrenda de víctimas, a las fiestas del monarca conquistador. Por entre el odio de las repúblicas vencidas al azteca, inseguro en el trono militar, se entró, del brazo de la crédula Malinche, el alcalde astuto de Santiago de Cuba. Los templos de las pirámides rodaron despedazados por las gradas; sobre el cascajo de las ruinas indias alzó sus conventos húmedos, sus audiencias rebeldes y vanidosas, sus casucones de reja y aldaba, el español; todo era sotana y manteo en la ciudad de Méjico, y soldadesca, y truhanería, y fulleros, e hidalguetes, y balcón, y guitarra. El indio moría, desnudo, al pie de los altares.

Trescientos años después, un cura, ayudado de una mujer y de unos cuantos locos, citó su aldea a guerra contra los padres que negaban la vida de alma a sus propios hijos; era la hora del sol, cuando clareaban por entre las moreras las chozas de adobe de la pobre indiada; ¡y nunca, aunque velado cien veces por la sangre, ha dejado desde entonces el sol de Hidalgo de lucir! Colgaron en

jaulas de hierro las cabezas de los héroes; mordieron los héroes el polvo, de un balazo en el corazón; pero el 16 de septiembre de cada año, a la hora de la madrugada, el presidente de la República de Méjico vitorea, ante el pueblo, la patria libre, ondeando la bandera de Dolores.

Toda la jauría de la conquistista salió al paso de la bandera nueva: el emperador criollo, el clero inmoderado, la muchedumbre fanática, el militar usurpador, la división que aprovechó el vecino rapaz y convidó al imperio austriaco. Pero los que en la fatiga de gobiernos inseguros y en la fuga triunfante habían salvado, con las manos ensangrentadas en el esfuerzo, el arca santa de la libertad, la escondieron, inmaculados, «mientras duraba la vergüenza», en un rincón donde el pan era tan escaso como abundante el honor; la muerte por el derecho del país funde, al fuego de la Reforma, al indio y al criollo, y se alza Juárez, cruzado de brazos, como fragua encendida en las entrañas de una roca, ante el imperio de polvo y locura, que huye a su vista y se deshace.

Hoy campea segura la libertad, por modos suyos y crecidos con el país, en la República serena y majestuosa, donde la hermosura de la Naturaleza prepara las artes, donde la mirada de la mujer mueve a la vez a la piedad y al lujo, donde la prueba franca de la guerra ha firmado la paz, donde temple el trato amigo las diferencias de la condición y la pena de vivir donde el vivir no es pena. Hoy descansa en reposo vigilante aquel pueblo que, cuando pelea, pelea como si vaciara en sus hijos la lava de sus volcanes, y cuando ama, ama como ha de amar el clavel a la llamarada de la aurora. Ya no es Tenoxtitlán, la ciudad de guerreros y de sacerdotes, la que pasea en las plazas

de Méjico y entra a orar en sus teocalis y boga cantando, al son del remo, en las chalupas: es París quien pasea, refinado y airoso, por aquellas alamedas de follaje opulento que, al rumor de las fuentes, cala sobre las sendas una luna más clara que ninguna otra luna. Los perseguidos y hambrientos de ayer son hoy estatuas en el paseo de la Reforma. El Palacio de la República va sumiso por la calle de la riqueza y el trabajo, como buscando el alma del país, al palacio indio de los emperadores. Rey parece cada lépero de la ciudad, por el alma independiente y levantísca. La noche alumbra el portón donde, a la sombra de un zarape, conversan de amor los novios pobres; o el teatro que corona al poeta nacional con las flores que se arrancan del talle las mujeres; o el salón donde la esposa del presidente trata con sus amigas del alivio de las madres desamparadas; o el baile donde compiten en vano con la mujer de Méjico la palma y la magnolia. Al asomar el día bajan de sus canoas, como en cestas de flor, las indias de vestido azul; trae el canal, de las islas flotantes, la hortaliza y la jardinería; bulle, como avispero despierto, la industria popular; se abre a los jóvenes ávidos la muchedumbre de escuelas y de bibliotecas; pasan del brazo los poetas con los obreros y los estudiantes; vierten en las plazas su carga de trabajadores los tranvías; silban, proclamando a la nación, las chimeneas de los ferrocarriles. Resucita, al abono de la propia sangre, aquella alma imperial que huyó, en el horror de la conquista, a lo profundo de la tierra, y hoy sazona, con la virtud indispensable de lo nativo, el alma importada. Como de la raíz de la tierra le viene al mejicano aquel carácter suyo, sagaz y señorial, pegado al país que adora, donde por la

obra doble de la magnífica Naturaleza y el dejo brillante de la leyenda y la epopeya, se juntan en su rara medida el orden de lo real y el sentimiento romántico.

¡Y ante quién tributaremos el entusiasmo que nos inspira la obra firme y creciente de la República que viene a ser en América como la levadura de la libertad, sino ante el que, con el mérito y brío de su persona, más que con su cargo oficial de cónsul, representa a Méjico en Nueva York, ante uno de los luchadores gloriosos que han puesto la libertad de la tierra mejicana, la libertad de pensar y de vivir por sí, donde no parece que haya poder que la derrumbe, ante aquel cuya barba blanca ennoblece el rostro donde se reveló la juventud del corazón, como aquellos festones de delicado gris, canas del bosque, que realzan el verde perpetuo de las colinas que vieron vivir a Moctezuma, y morir, al pie de su bandera, a los cadetes heroicos de Chapultepec?

¡Señor, como los guerreros de manto y penacho de diversos climas se juntaban al pie del ahuehuete, a jurar su ley al árbitro imperial, las Repúblicas agradecidas de América, con palmas invisibles y flores selladas con el corazón, se juntan alrededor de la bandera mejicana!

Discurso pronunciado en la velada que en conmemoración del 10 de octubre de 1868 tuvo efecto en "Hardman Hall", de Nueva York, el 10 de octubre de 1891.

Cubanos:

No venimos aquí, como gusanos, a empírnarnos sobre el sauce heroico, ni a cantar en sus ramas lindamente, como sinsontes vocingleros, ni a fiar, como bonzos, la suerte del país de nuestras entrañas al buitre que acecha ya la grangrena que corroe, ni a proclamar, con el reloj de arena sobre nuestras cabezas, que llegó la hora de la descomposición y del espanto, ni a tañer en la mandolina patriótica serenatas a balcones que no se quieren abrir. Venimos, a caballo como el año pasado, a anunciar que al caballo le ha ido bien; que las jornadas que se andan en la sombra son también jornadas; que con las orejas caídas y los belfos al pesebre no se fundan pueblos; que no es la hora todavía de soltarle el freno a la cabalga-

dura, pero que la cincha se la hemos puesto ya, y la venda se la hemos quitado ya, y la silla se la vamos a poner, y los jinetes... ¡los corazones están llenos de jinetes! La miseria cría magníficos jinetes. La visión del padre glorioso hace jinete al hijo. Lo que pudo una generación muelle y ofendida, que desconocía el poder que mostró, lo podrá una generación trabajadora y ofendida, que conoce su poder. ¡A caballo venimos este año, lo mismo que el pasado, sólo que esta caballería anda por donde se vence y por donde no la oye andar el enemigo!

Y es lo primero este año, porque ha pasado por el aire una que otra ave de noche, proclamar que nunca fué tan vehemente ni tan tierno en nuestras almas el culto de la Revolución. Aquellos padres de casa, servidos desde la cuna por esclavos, que decidieron servir a los esclavos con su sangre y se trocaron en padres de nuestro pueblo; aquellos propietarios regalones que en la casa tenían su recién nacido y su mujer, y en una hora de transfiguración sublime se entraron selva adentro, con la estrella a la frente; aquellos letrados entumidos que, al resplandor del primer rayo, saltaron de la toga tentadora al caballo de pelear; aquellos jóvenes angélicos que del altar de sus bodas y del festín de la fortuna salieron, arrebatados de júbilo celeste, a sangrar y morir, sin agua y sin almohada, por nuestro decoro de hombres; aquellos son carne nuestra y entrañas y orgullo nuestros, y raíces de nuestra libertad, y padres de nuestro corazón, y soles de nuestro cielo y del cielo de la justicia, y sombras que nadie ha de tocar sino con reverencia y ternura. ¡Y todo el que sirvió es sagrado! El que puso el pie en la guerra; el que armó un cubano de su bolsa; el que quiso la re-

dención de buena fe y le sacrificó su porvenir y su fortuna, ya lleva un sello sobre el rostro y un centelleo en los ojos, que ni su misma ignominia le pudiera borrar luego. ¡A todos los valientes, salud, salud cien veces, aunque se hayan empequeñecido o equivocado!

Y este culto a la Revolución, que sería insensato si no lo purgase el conocimiento de sus errores, nos ha traído a aquella fe cordial y serena, a aquella determinación definitiva e inquebrantable, a aquella fraternal e indulgente disposición del ánimo, a aquella prudencia considerada y equitativa, que no pueden perturbar los gobernantes españoles, deseosos de revueltas prematuras, ni el desaliento propio de los que tienen, allá en la Isla, encendida el alma heroica en un desierto moral, ni la censura de los que desconocen en los demás la eficacia del brío que se ha entibiado ya en su corazón. No estamos aquí pujando la oportunidad, para caer mañana, como rancheros, sobre la patria del alma; ni levantando, a pura excomunión, un partido cubano que humille a los cubanos; ni peleando, como gauchos mortales, por el señorío de la tierra espantada; ni negando apoyo a la guerra que otros pudiesen preparar, por el pecado de no haberla preparado nosotros; ni comiéndoles los pies a los culpables de amor y de luz. No soñamos aquí en una patria de corrillo, donde el goce voluntario o casual de la libertad del extranjero dé privilegio de virtud sobre los que viven tan fieles a su ideal como nosotros al alcance del cadalso; no vivimos aquí contando los defectos, sino las virtudes. ¡Llena tenemos la memoria de nombres queridos que no dicen los labios! ¡Abiertos tenemos los brazos para aquellos cuyo nombre amado no osa escribir nuestra plu-

ma! ¡Dispuestos están en nuestro corazón los asientos de fiesta para muchos huéspedes ausentes! Otros descontarían de las listas del triunfo a los que, por legítimo temor o por enfermedad del ánimo, no acudiesen en la hora difícil a defendernos la bandera: otros distribuirían, con el ojo rampante, los beneficios de la victoria entre los criados sumisos a su mandato; otros tacharían con acritud a los que, por incompleta educación política, o por falta de paciencia, o por aquella sincera desconfianza de sí que viene a los hombres de una larga vida de disimulo y dependencia, buscan en un poder extraño la salvación que no saben sacar de su voluntad; otros, con resabios de dueño, andarán sobre las puntas de los pies, para no lastimarse el charol, por entre las sepulturas donde cayeron de su brega de héroes, envueltos en el mismo pabellón, los negros y los blancos. ¡Nosotros no somos aquí más que el corazón de Cuba, en donde caben todos los cubanos!

Aquí hemos estudiado las causas reales y complejas de la derrota de la Revolución; hemos desentrañado los elementos que en ella se crearon y continuaron de ella y podrían entorpecer o ayudar la pelea definitiva; hemos compuesto en un alma sola—sin más excepción que uno y otro pedrusco o uno u otro veneno—los factores que dejó en hostilidad la dirección diversa y tibia de la guerra anterior; hemos ajustado nuestra acción, que pudimos muchas veces precipitar o extraviar, a los períodos de aquella convalecencia dolorosa por donde, en cuanto le acaben de crecer los cabellos, ha de volver a nuestra patria la salud; hemos reunido en la obra de todos los días, con la proporción debida al derecho humano y a su importancia real, los componentes sin cuya colaboración afec-

tosa no puede aunarse en la libertad durable nuestra tierra heterogénea; hemos inspirado en los pueblos de nuestra familia aquel cariño y estimación profundos que convienen para que no tropiece en su enemistad o en su indiferencia la obra de nuestra redención, por donde la familia se completa y asegura; hemos cerrado el paso de la patria, sin ira y sin temor, a las correrías que por su origen, o por sus métodos, o por sus resultados, fueran indignas de ellas; y cuando ya no queda de una política imprevisora más que el escarmiento saludable y la cólera útil, cuando la liga floja y temporal del alma cubana con un sistema extraño a su constitución y a los que lo habían de permitir, sólo deja tras sí, al desvanecerse, un silencio desordenado y sombrío, o la demanda de una nueva esclavitud, ni blandimos el marchamo para señalar las frentes culpables del terrible desorden espiritual, ni les señalamos con mano rencorosa la agonía de un pueblo que pudo mantenerse y se debió mantener en la campaña de la prudencia, disciplinado para la de la resolución, sino que abrimos los brazos, pensando sólo en que somos pocos, aun cuando fuésemos todos, para reparar el tiempo perdido, para encender en la fe nueva los ánimos vibrantes, para correr el hilo misterioso por los corazones, y a cuantos sufren como nosotros del dolor del país y aspiran como nosotros a levantarle de él, a todos les decimos, con los brazos abiertos: «Aquí velábamos, aquí aguardábamos, aquí anticipábamos, aquí ordenábamos nuestras fuerzas, aquí nos ganábamos los corazones, aquí recogíamos, y fundíamos, y sublimábamos, y atraíamos para el bien de todos el alma que se desmigajaba en el país.»

Con el dolor de toda la patria padecemos y para

el bien de toda la patria edificamos, y no queremos revolución de exclusiones ni de banderías, ni caeremos otra vez en el peligro del entusiasmo desordenado ni de las emulaciones criminales. Todo lo sabemos y todo lo evitaremos. Razón y corazón nos llevan juntos. Ni nos ofuscamos, ni nos acobardamos. Ni compelemos, ni excluimos. ¿Qué es la mayor libertad sino el deber de emplearla en bien de los que tienen menos libertad que nosotros? ¿Para qué es la fe, sino para enardecer a los que no la tienen? ¿A qué somos, fuera de Cuba, una legión hecha a tempestad, sino para amparar con nuestros cuerpos a los que sufren de miedo de mujer? ¿El hábito de ceder embota la capacidad de osar! ¿Cedan el paso los tímidos estériles a los prudentes que han sabido respetarlos!... ¿A qué vivimos, unidos al fin con el alma igual para el rescate juicioso y cuento; a qué vivimos, los que hemos fundado en la arena y dejado señales en la roca, sino para mostrar que el patriotismo cubano sacó de la derrota la ciencia política necesaria para no caer otra vez en ella? ¿Qué somos, sino práctica viva, sin aquel funesto divorcio de antes entre los indecisos acá y los arremetedores de allá, de aquella patria sana venidera en que no ha de haber ¡porque no los ha de haber! ni soberbias de capital, ni recelos de terruño? ¿Qué somos ya, fuera de Cuba, sino un pueblo hecho, trabajador y susceptible, como han de ser los pueblos destinados a la felicidad en las repúblicas? ¡Pero es cierto que el hombre vanidoso niega o censura las virtudes difíciles que no se atreve a cultivar; es cierto que las primas señales de los pueblos nacientes no las saben discernir, ni las saben obedecer, sino las almas republicanas! ¿Y esto hacemos aquí, y labramos aquí, sin

alarde, un porvenir en que quepamos todos, y tendremos aquí la mansedumbre de mirar como nuestros a los que nos desoyen, y amar a los que nos desaman? ¿Qué somos aquí, cubanos o enemigos de Cuba? ¿Aventureros, o patriotas? Merodeadores, o redentores? ¿Y qué sabemos nosotros si eso es desamor, o si es que ya nos buscan en silencio, acaso sin sentir como el corazón se les va oreando, y no han hallado aún el modo de decirnos que nos aman? ¡Vayan alzando el pecho a la callada, que de aquí iremos poniendo a su compás nuestro ímpetu! ¿No se viene a la tierra por nuestro camino? La esposa, transportada de ira, ¿no le dice al esposo: «¡vete, vete, criollo infeliz, adonde haya trabajo y justicia!»; los más hechos a aquel pan villano, y los que le han sacrificado más, ¿qué son sino sombras de miseria, y fantasmas en casas vacías?; los hijos de los ricos, después de una vida inútil de vaqueros, ¿no vienen a pedir la limosna de la vida a los pueblos extraños?; los de ahora, los de sangre nueva, ¿no levantan en sus hombros y pasean en triunfo, por la ley de honra que es más fuerte que el miedo, a los que vieron de cara al sol en los días gloriosos? Y los gobernantes espantados ¿no arrancan de las manos a los niños las escopetas de jugar con que se ensayan en el viento? ¡La tierra se viene por nuestro camino, y los de allá y los de acá no tenemos más que hacer que juntar, con prudencia, nuestros corazones!

¡Cunda allá, de alma en alma, este fuego domado que nos nutre y enciende; medite, cada uno a solas, en esta fe tranquila y vigilancia seria y ternura de nuestro cariño fraternal; sepan que, en la agonía en que los han puesto el triunfo aniquilador de un dueño incorregible, y la confianza des-

ordenada en una política fantástica y artificial vela por ellos, sangra con ellos, purifica para ellos, funda para ellos, con precisión de problema científico y conocimiento entero de la realidad, un pueblo ausente en que se han llegado a fundir, en diez años de estudio y de sacrificio, en diez años de equidad y de precisión, el más puro anhelo heroico y la más severa disciplina pública.

¡Ni esperen, para tener noticias nuestras, aquellos infantiles organismos revolucionarios de antes, que fueron grandes en su día, y hoy, cubiertos por el espionaje, no serían más que semilleros para el cadalso! ¡Amamos mucho a los cubanos nuevos para ponerlos en peligros así! Lo que es, es, y lo sabremos acá; pero es preferible que, por falta de obra patente, nos crean inactivos, a que caiga una sola cabeza de cubano, por el prurito de alardear de organizadores. Búsquenos, uno a uno, quien nos desee; mándenos ayuda el que pueda, fe el que no pueda más, que no hay cosa que valga más que la fe; veamos aquí, como lo estamos viendo, que el alma de la Isla, renovada en la espera, se encrespa y se decide; venga a nosotros, por sí y como le parezca bien, el alma de allá que se nos quiera venir; ¡clubs de espíritus es lo que queremos, y los nombramientos que firma el valor, y los compromisos que se le juran a solas a la conciencia, y aquella determinación cauta y viril con la que no puede traficar el espía, y en la que no tiene donde asir el asesino! ¡Esté el alma en pie, para cuando le llevemos la mitad del alma!

Peligros, es claro que los tenemos, y ni uno solo nos es extraño, y los hay grandes; pero ¿conocer los peligros, no es el primer paso ya para vencerlos? Y la determinación de ajustar

nuestros métodos a nuestros componentes ¿no es prenda de que los factores del país, satisfechos en su justa relación, no se alzarán, como la vez pasada, contra la falta de ella? En este estudio asiduo, en esta indulgencia constante, en este apego a toda la realidad, está el espíritu, y ha de estar la salvación de nuestra guerra nueva. Nada nos es desconocido de los obstáculos de afuera o de adentro, ni nada de lo que nos puede ayudar. Amamos, con todos sus pecados posibles, a los que, en la hora de arriesgarse o de temer, se fueron tras el honor, yarey al aire. Estimamos con afectuosa cautela aquel mismo talento timorato, pero útil en lo futuro por su preparación crítica y estudio sosegado del arte de gobierno, de los que en Cuba han vivido con aquel exceso de mente, sin válvula de acción, que vicia y desequilibra el carácter. Observamos con júbilo, como de cosa propia, en los cubanos de todas condiciones y colores, aquella laboriosidad tenaz, aquella crítica vehemente, aquel ejercicio de sí propio, aquel decoro inquieto por donde se preservan y salvan las repúblicas. Reconocemos—¿cómo no hemos de reconocer, recordando a Mina en Méjico, a Gainza en Guatemala, a Villamil en Cuba, al gallego Insúa en Nueva York?—reconocemos el valor político del español amigo de la libertad, que le deja franco el paso, sin oponerse a su triunfo, o sale a defenderla a la luz del día; ¡y nuestra estimación por el español bueno, sólo iguala nuestra determinación de arrancar de raíz, aunque se queje la tierra, los vicios y las vergüenzas con que el español malo nos pudre! Y en nosotros mismos sentimos la fuerza serena que da el hábito del sacrificio. Ni a nosotros mismos nos tememos, porque sabemos que nuestro error es

menos que nuestra virtud; ni tememos a esos peligros de América tan decantados: porque venimos después de ellos—y ni la América ni nosotros hemos vivido en vano—, y estamos al quite.

Ni sueño pueril, ni evocación retórica, es lo que tengo ahora delante de mis ojos, sino visión de lo que ha de ser, y escena de verdadera profecía. ¡Ah, los días buenos, los días de trabajo después de la redención, los días de la reedificación, en el contento de un derecho igual, los días de aquella ardiente labor de paz que ha de seguir a la labor de guerra, en que allá en el palacio de nuestra ley, con las palmas de mármol que le vamos a poner de pórtico, nos contemos, paseando entre las estatuas de los héroes—los sagaces junto a los fanáticos, que son tan útiles como el sagaz, los buenos junto a los viles, que son tan necesarios como los buenos, para indignarlos, levantarlos y sacarles las chispas—, nos contemos los errores de ambas Américas, de la nuestra y de la otra, para no caer en ellos—, ajustemos las leyes de nuestra tierra original a su composición histórica, y a sus defectos, y a su naturaleza—fundamos en el concepto uno y superior del país común—, que unió con el sacrificio lo que el déspota procuró apartar con la astucia, las quejas de vecindad y las pequeñas lealtades regionales! ¡Ah, los días buenos, del trabajo después de la redención, del trabajo continuo, y de buena fe, para evitar el exceso de política de los desocupados ambiciosos, o de los aspirantes soberbios, o de los logreros de la palabra y del valor, y para separar, estando como estamos a las puertas de un crítico goloso e impaciente, la época larga de desigualdad y languidez que pudiera

darle razón para echarse sobre el pueblo incapaz, o darnos razón para desconfiar de nosotros mismos! ¡Ah, los días buenos!... ¡Ya me parece ver brillar el sol sobre las estatuas de los héroes, y sobre el pórtico de palmas de mármol!

¡De vers que se nos habla demasiado de peligros! Pues esta tierra que pisamos, ¿qué fué hace tres siglos sino un barquichuelo cargado de cañones y de mujeres, que vino en el hambre y en la tormenta, más pobre que nuestra pobreza mayor, huyendo de donde no se podía amar la libertad? Y la protesta religiosa, que lo puso en la vía de la política, y dan los cuentos eruditos como la única semilla de libertad viable, ¿qué fué sino obra de un monje guitarrero, con ríos de sangre por venas, y naciones frenéticas y convulsas por pedestal, y hecatombes humeantes por antorchas? ¡Esos cómodos, y esos liberales de aguamiel! ¡Sangre, el que aspire! ¿Para qué somos hombres, sino para mirar cara a cara a la verdad? ¡Dése lo justo y no se nos pedirá lo injusto! El que a ser hombre tenga miedo, póngase de alquiler, con el ambicioso que lo use y lo pague, y le defienda la casta o la mala propiedad. Para otros no hay goce mayor que el de ver cómo el hombre se redime y crece. Lo que no se puede cambiar, ha de tomarse como es... ¿Quién teme al juego natural y necesario de las pasiones y virtudes de los hombres, ni al conflicto inevitable de sus aspiraciones y cobardías, y de sus ímpetus e intereses? Vea el que desconfíe a la Naturaleza equilibrada y triunfante. Nace el guao en el campo del hombre laborioso, y silba la serpiente desde sus agujeros escondidos, y pestañea la lechuza desde la torre de los campanarios; pero el sol sigue

alumbrando los ámbitos del mundo, y la verdad continúa incólume su marcha por la tierra.

Y si nos preguntan dónde está la forma visible de esta energía y política nuestra, dónde el alarde infantil que desagrada a los sensatos, dónde la autoridad ostentosa que levanta recelos y pone en lucha las localidades, dónde la fogata imprudente que descubre el campo enemigo, responderemos con el recuerdo de una maravilla que anda escrita en un libro de victorias. Cuentan de un coronel que, en la hora fantástica de la alborada, venía a escape, sable en mano, sobre las filas de los invasores, cuando una bala de cañón le cercenó, como de un tajo, la cabeza. Ni el jinete cayó de su montura ni bajó su brazo el sable; ¡y se entró por los enemigos en espanto y en fuga el coronel descabezado! Pues así somos nosotros amigos de la humildad y del sacrificio. ¡Entrese nuestro caballo por el invasor y espántelo y derroótelo, aunque no se les vea a los jefes la cabeza!

XI

Discurso pronunciado en la velada que, en honor de Simón Bolívar, celebró la Sociedad Hispano-Americana, de Nueva York, el 28 de octubre de 1893.

Señoras y señores:

Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, a aquel que fué como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalon de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio, y

la del denuesto, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerlo en una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fué el de nuestra redención, su lenguaje fué el de nuestra naturaleza, su cúspide fué la de nuestro continente; su caída, para el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona; ya el pantano en que se revuelven, con tres repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mundo. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella. ¡De Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio; ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huídos, vió claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí somos hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios

el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fué aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya, que, al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía y se puso de gala, porque «es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria»; mujer fué la colombiana, de saya y algodón, que, antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó a pelear a veinte mil hombres; mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: «Jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes»; mujer aquella soberana Pola que armó a su novio para que se fuese a pelear, y cayó en el patíbulo junto a él; mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas, a quien cortaron la cabeza porque bordó, de su oro más fino, el uniforme del Libertador; mujeres las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida por donde iba la redención a Bocayá, y de los montes andinos, siglos de la Naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fué aquél en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cú-

cuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lóbreguez el valle todo, y a tajos abre la luz celeste la cerrazón y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el Cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América y en su destino. Su gloria le circunda, inflama y arrebatata. Vencer, ¿no es el sello de la divinidad? ¿Vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la Naturaleza? Siglos, ¿cómo los desharía, si pudiera hacerlos? ¿No desata razas, no desencanta el Continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía; no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas, en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia, picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿No le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abrasa. Hay senado en el cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la

creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas, que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Apure en los rejonos de sus lanzas, y descenden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos. ¡Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta, del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía los anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recaen en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia o pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate. ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy; porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!

América hervía a principios del siglo, y él tué como su horno. Aún cabecea y fermenta, como los gusanos bajo la costra de las viejas raíces, la América de entonces, larva enorme y confusa. Bajo las sotanas de los canónigos y en la mente de los viajeros próceres, venía de Francia y de Norteamérica el libro revolucionario, a avivar el

descontento del criollo de decoro y letras, mandado desde allende a horca y tributo, y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado, iba a la par creciendo, con la cólera baja, la del gaucho, y el roto, y el cholo, y el llanero, todos tocados en su punto de hombre; en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerme, vagaban con el consuelo de la guerra por el bosque las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando—¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!—. Así, en las noches aromosas de su jardín solariego de San Jacinto, o por las riberas de aquel pintado Anauco por donde guió tal vez los pies menudos de la esposa que se le murió en flor, veía Bolívar, con el puño al corazón, la procesión terrible de los precursores de la independencia de América: ¡van y vienen los muertos por el aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! El vió, sin duda, en el crepúsculo del Avila, el séquito cruento...

Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello rebanado la cabeza; la familia entera del pobre inca pasa, muerta, a los ojos de su padre, atado, y recogiendo los cuartos de su cuerpo; pasa Tupac Amaru; el rey de los mestizos de Venezuela viene luego, desvanecido por el aire, como un fantasma; dormido en su sangre va después Salinas, y Quiroga, muerto sobre su plato de comer, y Morales, como viva carnicería, porque en la cárcel de Quito amaban a su patria; sin casa adonde volver, porque se la regaron de sal, sigue León, moribundo, en

la cueva; en garfios van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horca, y va humeando el tronco de Galán, quemado ante el patíbulo, y Berbeo pasa, más muerto que ninguno—aunque de miedo a sus comuneros lo dejó el verdugo vivo—, porque, para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dure la vergüenza patria. ¡Y de esta alma india, y mestiza, y blanca, hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la constancia y la intrepidez de ella; en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos de semejantes; anuló o enfrenó émulos, pasó el páramo y revolvió montes, fué regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espada de España!

De las palmas de las costas, puestas allí como para entonar canto perenne al héroe, sube la tierra, por tramos de plata y oro, a las copiosas planicies que acuchilló de sangre la revolución americana, y el cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió a tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. El Cielo mismo parece haber sido actor, porque eran dignas de él, en aquellas batallas; ¡parece que los héroes todos de la libertad y los mártires todos de toda la tierra poblaban, apiñados, aquella bóveda hermosa y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras almas, o huían

despavoridos por el cielo injusto, cuando la pelea les negaba su favor! El Cielo mismo debía, en verdad, detenerse a ver tanta hermosura: de las eternas nieves ruedan, desmontadas, las aguas portentosas; como menuda cabellera o crespo vellón visten las negras abras árboles seculares; las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos; por entre la bruma de los valles asoman las recias torres de la catedral española; los cráteres humean y se ven las entrañas del Universo por la boca del volcán descabezado; ¡y, a la vez, por los rincones todos de la tierra, los americanos están peleando por la libertad! Unos cabalgan por el llano y caen al choque enemigo como luces que se apagan, en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan, con la banderola a flor de agua, por el río crecido; otros, como selva que echa a andar, vienen costilla a costilla, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcán y le clavan en el bello encendido la bandera libertadora. Pero ninguno es más bello que un hombre de frente montuosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que le aletea sobre el potro volador, de busto inmóvil en la lluvia del fuego o la tormenta, de espada a cuya luz vencen cinco naciones. Enfrena su retinto, desmadejado el cabello en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado a echar atrás la tiranía, el gorro frigio de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dolmán rojo de Páez, el látigo desflecado de Córdoba o el cadáver del coronel que sus soldados se llevan envuelto en la bandera. Yérguese en el estribo, suspenso como la Naturaleza, a ver a Páez en las Queseras dar las caras con su puñado de lance-

ros, y a vuelo de caballo, plegándose y abriéndose, acorralar en el polvo y la tiniebla al hormiguero enemigo. Mira, húmedos los ojos, el ejército de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas a la vez, el sol en el acero alegre y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo. ¡Y más bello que nunca fué en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

...Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienas enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: «¡José! ¡José! Vámonos, que de aquí nos echan. ¿Adónde iremos?» Su Gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la República; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la independencia, los recelos y personas locales, paró en desconocer o dar por nulas o menores estas fuerzas de realidad que reaparecían después del triunfo; acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le decorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción odiosa al hombre, el equilibrio político, sólo constante cuando se fía a la expansión, infalible en un régimen de justicia y más firme cuanto más desatada. Acaso, en su sueño de gloria para la América y para sí, no vió que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales, que no se acomodaban sobre el

seguro de la realidad; acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus Repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redañó, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las Repúblicas; erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder a nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, las mueve a arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos, por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron a la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas eran la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme a sus pueblos y necesidades! ¡Y desaparecía la conjunción más larga que la de los astros del cielo, de América y Bolívar para la obra de la independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un Gobierno central y distante los países de la revolución y la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia de Gobierno local y con la gente de la casa propia! «¡José! ¡José! Vámonos, que de aquí nos echan. ¿Adónde iremos?»

¿Adónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardien-

te de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda, enamorada, a aquél que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dió Bolívar a las ideas madre de América! ¿Adónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres, para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo la tierra donde será más dichosa y bella la Humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpagones, para que, a la hoguera que fué aquella existencia, vean la hermandad indispensable al Continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿Adónde irá Bolívar?... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas, iban los tres siglos atados a la cola del caballo llanero, y, con la casaca de la victoria y el elástico de lujo, venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío, y como flores en jarrón, saliéndose por las cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece, al fin, roído y ensangrentado; los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas, flameaban en la cúspide de la América resucitada; estallan los morteros a anunciar al héroe, y sobre las cabezas descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que, de cumbre en cumbre, respondían, saludándole, los montes. ¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!

Discurso pronunciado en la reunión pública celebrada en "Hardman Hall" por los cubanos de Nueva York el día 31 de enero de 1893.

Cubanos:

En nombre de los cubanos, unidos para el amor y bien del país, que viven en insegura y amarga libertad lejos de Cuba; en nombre de los cubanos de la Isla, que nos tienen dado su corazón y su voz, y cuyo patriotismo, más riesgoso y loable que el nuestro, en nada cede, sino iguala o aventaja, al de los emigrados, vengo a declarar, con la fuerza y el deber del encargo puesto en mí por el voto de los cubanos independientes, que el partido Revolucionario Cubano, robustecido en sus razones de preparación y urgencia por la ley electoral nula y ofensiva con que el Gobierno de España ha intentado sin fruto desviar la ira legítima y reciente del país, y por la premura injustificable con que el único partido cubano visi-

ble en la Isla acató la ley ineficaz para resolver o encaminar a resolución los problemas vitales e inmediatos de Cuba, continúa con vigor, y con el éxito debido a la realidad, su tarea de ordenar con equidad y rapidez todas las fuerzas necesarias para establecer en Cuba y Puerto Rico, con el menor sacrificio posible, una República durable y justa, en acuerdo con el desarrollo peculiar y bastante de las islas, con sus intereses propios y amenazados por la producción igual de países vecinos, con el Continente en que las puso la Naturaleza y la época que las arrollará si no la siguen, y con la ineludible dignidad humana.

La palabra, fácil a la celebración, viene premisa, y aun se pudiera decir que triste, a los labios, que no hallan en lo que se ve de la política cubana, sino en lo que no se ve, razón alguna de alabanza, y el silencio penoso hubiera sido, según práctica que tenemos por previsora y cuerda, la censura de los cubanos revolucionarios a aquellos otros cubanos que por indisculpable fe o timidez elocuente solicitan una forma de gobierno inútil de un pueblo incapaz de concederla, si el peligro cercano de desordenada revuelta en que pone a Cuba el acatamiento inoportuno de una ley que sólo puede exacerbar su indignación, no hiciera conveniente y patriótico declarar que el partido Revolucionario vela sobre la revuelta inevitable, sin arrogancia ni ira, para tener unidos, a la hora de la rebelión, culpablemente abandonada a sí misma por los medrosos y los ciegos, todos los elementos posibles de vigor y de orden. Quien desencadena los vientos, ha de saber y de poder dirigirlos. Quien sale a políticas que puedan parar en guerras o hace política de pespunte y lancí, a que se vea en lo frenético de la tempestad el

lince del bordado, o dispone la guerra que puede ser una consecuencia de su política. Quien reconoce y proclama que puede haberse de echar por una vía o por otra, o no debió sacar a los demás a camino, o, en honor y conciencia, ha de prepararse para todas las vías. Pero en vano vendría aquí a oírnos esta noche la malicia o el escándalo, o se esperaría de nosotros palabra que ofenda, aun donde hubiese sobrada razón, aun donde la palabra debiera ser vainazo o revés, porque es fijo que el cielo se ha de nublar y la patria ha de cubrirse con el velo el rostro, cuando, por inicua pedantería, o celos de hetaira, o amor al extranjero, o ira senil, hablen unos cubanos contra otros. ¡En el suelo se ha de clavar la mano y por el aire se ha de dejar colgando la lengua que muevan a partido o disensión a los cubanos, que llamen a los hombres a la desconfianza y el odio! Es bueno el que ama, y él solo es bueno, y el que no ama, no lo es.

No es esta, ni entre entes de razón pudiera serlo, noche de servil deleite o rudimentaria idolatría, en que, por el gusto terco del amo, o la pasión tímida e inculta del progreso, o el amor singular que los enemigos de la guerra tienen a un país creado por la guerra, se contase cómo cayó sobre unas islas vecinas el norteamericano industrial, a hacer púrpura y flor al país y colgarlo de miles de empresas, y lo plagó y turbó de modo que ha echado del pan y gobierno de las islas a sus propios hijos. Ni esta es ceremonia de quita y pon, donde el uno derriba de un capirotazo la montera que se ensaya el otro, o certamen de gaya política, donde puje, con visos de ciencia, un sistema que prescinde de los elementos principales de ella, que son la realidad y la experi-

mentación. Ni la deslucirá amenaza alguna, so-
lapada o descubierta, de unos cubanos a otros,
más pueriles cuando vienen de los que tienen que
salir de su campo al campo adonde por fin tienen
que entrar, más tachables cuando vienen de los
que sacrifican menos, o nada han sacrificado aún,
a los que todo lo han sacrificado. Acá un general,
jefe ayer de un ejército libre, come a la pobre
mesa la humildad que cultiva con sus propias ma-
nos; otro, valiente y culto, curtido en los diez
años, sale del hogar feliz, donde una esposa bella
aguarda sin miedo la hora del abandono, a ganar
con sus manos de héroe el pan del jornalero; otro
llega sin dolor, requiriendo el arma, ni mellada ni
rota, el fruto pingüe de toda su industria de des-
terrado, que amó mientras la tuvo de posada de
los peregrinos y de campamento, y hoy le pesa
sobre el alma, otra vez alada y poderosa; otro
consume en un servicio mortal la última vida,
que pudiese, al caer, por lo menos, dedicar a una
cómoda agonía o a la fama a que en buena mora-
lidad no se tiene derecho, mientras las cualidades
por donde se habría de conseguir tengan empleo
más fecundo en la redención silenciosa y oscura
de los hombres; miles de cubanos, mes tras mes,
en humildad desconocida, sin más premio que el
de ver su nombre algún día en la legión del honor,
sin más estímulo que el miedo natural de no ver
mañana su nombre en la legión del honor—¡el
miedo de hallar su nombre en la otra legión!—,
privan a sus casas de lo más necesario, del fuego
tal vez en un día frío, del regalo del viejo enfer-
mo o de la madre aún desgarrada, para aumentar
con el producto de un día de jornal el tesoro de
la revolución que preven en público los mismos
que nada han hecho aún por salvar a la patria

del desconcierto y del azar de la revolución que
anuncian. ¡El más arrogante de los cubanos que
no ven acomodo entre los términos del país en la
paz y declaran posible la guerra que en modo al-
guno han contribuído a ordenar, ha de inclinarse
con respeto y gratitud, con cariño de hermano ha
de abrazarse al más humilde de los cubanos que
con el jugo de su vida ayuda a componer, sin con-
flictos ni flaquezas, la revolución que los arro-
gantes ven venir con los brazos cruzados!

Mañana, cuando los desconsolados, en la hora
igual del sacrificio, entrasen en él sin el amor y
el agradecimiento a que se les pudo y debió traer
por el cariño humano y oportuno; cuando la as-
piración ignorante y pavorosa, desviada por la
lectura fragmentaria o descompuesta de la pie-
dad de su origen trajese al combate nacional, es-
torbando el acierto o anulándolo con daño propio,
el rencor que pudo mudarse, con un poco de an-
chura de corazón, en ímpetu de fraternidad in-
vincible; cuando los hombres de determinación,
que saben saltar sobre el caballo sin estribo, de-
jasen atrás merecidamente, sin consulta ni res-
peto, a los que no preparan más cura al conflicto ra-
dical que el viaje melancólico de los profetas en-
gañados al extranjero o la revolución sin guía ni
conjunto, herida desde el nacer por la desconfian-
za de la población humilde, el predominio desde-
ñoso de los hombres resueltos y la rivalidad de
las comarcas; mañana se reconocería, con tardo
arrepentimiento, la imperdonable culpa que el
Partido Revolucionario no quiere cometer de ver
cernirse sobre el pueblo que se ama con infinita
ternura, sobre la única cosa caliente y empresa
cierta de este mundo, sobre la dicha fundamen-
tal y permanente que a todas las demás abarca,

y sin la cual no es durable ni firme ninguna otra dicha, una guerra que puede obtener a la patria la libertad sin más trabajo que el de ordenar a tiempo sus elementos, y abandona la patria de nuestras entrañas, por cobardía o desidia, a los desastres y tanteos de una rebelión sin plan ni orden, de una rebelión que puede, si se la ordena bien, durar sólo lo que dura una llamada. ¡Respeten, los que ven la guerra y no amparan de ella al país ni quitan de ella elementos de debilidad o de odio, a aquellos cuya santa culpa es ver la guerra y prepararla, poniendo en ella elementos de vitalidad y amor!

La nulidad radical y probada del sistema de la autonomía, desechado ya, después de su ejercicio sincero, por las colomas que en la plenitud de él sienten y proclaman el deseo imperioso de la finalidad e integración de la independencia, y la virtud decisiva de la responsabilidad propia, excusan, por innecesario e inclemente, todo raciocinio dispuesto para combatir el sistema y debilitar a sus mantenedores. En el fondo del corazón del hombre, de ciertos corazones a lo menos, de los corazones, a lo menos, que en el destierro criamos, hay una voz que, aun en los instantes de mayor indignación e ira nos grita tiernamente: «¡Hermano!» El puñal mismo nos sacaríamos de la herida por donde entrase la muerte, sólo dolorosa porque sería la ocasión de cesar en el servicio del país, y si una mano de nuestra propia tierra lo hubiese clavado allí, se lo devolveríamos por el pomo y le llamaríamos «¡hermano!» El patriotismo, que enciende a los hombres en sublime ardor y al alma más suave de la Naturaleza da el peso de la roca y la inflexibilidad de la ley, permite, y aun impone, como de hijo que

ve a la madre amenazada de otro hijo, la áspera exaltación, grito a la vez de cólera y cariño, con que el hermano quisiera desviar de sobre la cabeza de la madre común el yerro y pecado de su propia sangre; pero una vez que el brazo del hermano se alce de sobre la madre infeliz y se vuelva contra los que la oprimen, los que la extravián, los que la enjugaran con sus bocas ávidas, los que la gozan y envilecen, se verá el júbilo en aquellos en quienes tronó la ira: el júbilo del que temió que su propia sangre se le iba a deshonrar, y, en el borde del crimen, recobra a su hermano.

La insuficiencia patente del sistema autonómico, suspenso de una nación tiránica y desconfiada, para poner a Cuba y Puerto Rico en aptitudes de competencia viable y libre contratación con los pueblos soberanos y activos del continente en que están enclavadas; la imposibilidad visible de que el natural violento, el interés peninsular y la política viciosa de España muden de raíz, como habían de mudar para conceder a las Antillas un sistema probatorio y de todos modos ineficaz, en el breve tiempo que, por causas amenazantes de historia y comercio, queda a las islas de ocupar y mantener en América su puesto pingüe y codiciado, y las marcadas e instructivas contradicciones de los discursos en que en una reciente ceremonia trataron de la ley electoral los representantes autonomistas de las Cortes últimas—porque todavía en esta grandiosa América, como hombres en pañales, estamos hablando de Cortes—, libertan totalmente a la palabra caritativa de los comentarios que todo cubano real y previsor ha de poner y ha puesto a la insolente ley electoral que dió al país una ocasión calva de

enseñar a España el temple que requería para recabar de ella la menor concesión útil, y de forjar la indignación renovada al fuego preciso para estallar con más garantías de éxito: ¡una ocasión calva, y perdida! Ni pudiera en el mismo comentario envolverse con justicia, por lo híbrido e ilusorio de la composición del partido autonómico de Cuba, del partido irracional que, sin más alma que la de la revolución, pretende oponerse a ella —a esa generación nueva de Cuba, tan revolucionaria como la de ayer, que mantuvo y amó en la autonomía los únicos abogados y voceros de la libertad que le era dable conocer y seguir, y a la que se ha de tener abierto el corazón, porque ella es la grandeza de mañana—, a los cubanos sinceros que, por la composición misma de su mente, criada a pechos pasiegos, entre capas y picas, en los años en que sangraba lejos de su letargo ameno, el país que desconocen, pudieron, con pura fe y política literaria, pretender la indefinida sumisión y espera, soportables sólo al cubanismo novel de un pueblo unificado por la lucha, que en la paz en que se le sigue maltratando había de descubrir que perdió por un fraude innecesario la guerra que le rebosa del ofendido corazón, y puede no perderla otra vez, y a otros cubanos, sueño acaso de nuestra malicia y no seres reales, a quienes llamaríamos nulos si no fuesen de funesta eficacia contra el país que inútilmente adornan, cubanos cuya natural ambición, ahogada por el continuo predominio del español a quien exceden en capacidad, no llega nunca, sea cualquiera la bofetada y el latigazo, a quitarles de la hipócrita mano, de los ojos que esconden su fuego, de los labios mordidos hasta la sangre, el saludo al Gobierno que aborrecen. Y aquí hierven las

venas, y saltan y estallan, porque no se concibe cómo unos hombres padezcan hasta morir del primer choque con la insolencia extranjera en su tierra y se crean maculados para toda la vida por un solo día de haberla soportado, y otros vivan sumisos, con tan larga y tan innecesaria sumisión, a unos dueños ridículos e incapaces. ¡De veras que aquí se padece, como de ver a nuestro hermano azotado, azotado por una bestia en botas! ¡De veras que es lícito desear que a nuestro hermano le vuelva el corazón!

Jamás fué el incidente autonómico expresión comprensible y mínima del período de desaliento y tregua de un pueblo a la vez castigado de la guerra y activo ya en la libertad, obstáculo formal ni factor de importancia en el desarrollo de las ideas revolucionarias. Mera época de la revolución, el partido autonomista, que debió y pudo hacer lo que no ha hecho, y ha fallado tristemente en su misión preparadora, dábese el caso singular de que los que proclamaban el dogma político de la evolución eran meros retrógrados, que mantenían para un pueblo formado en la revolución las soluciones imaginadas antes de ella, y que los que en silencio respetuoso les permitían el pleno ensayo de su sistema inútil, eran, aunque acusados de enemigos de la evolución, los verdaderos evolucionarios. Pero como el argumento de la revolución, que tiene su raíz en toda conciencia honrada de cubano, está en la irreductible incompatibilidad entre Cuba y España, entre los intereses peninsulares y desesperados de España pobre, y los intereses diversos y sacrificados de la isla de Cuba, entre las necesidades fundamentales y crecientes de la inextinguible burocracia española y el ocio forzado e indigno de la capaci-

dad cubana, entre el carácter, ya en sazón, de trabajo y libertad, de los cubanos amalgamados en la guerra y el ultraje común, y el carácter de España, mayoral alegre y temible, que lleva a látigo la diligencia deshecha de sus pueblos y al pie de una copla clava la puñalada; como el argumento de la revolución está en la incapacidad de España para concebir y conceder realmente el sistema ineficaz de la autonomía en el plazo en que pueden esperarlo, sin estallar la dignidad y la miseria de Cuba, movida de sí propia a la revolución, sin menester de esfuerzo alguno externo, porque peca de ignorancia del país o pedantería emigrada quien otra cosa crea, y en la ineficacia del sistema autonómico, no ya mermado, según de continuo estaría, por la constitución burocrática y dependencia colonial de las pocas industrias españolas, sino llano y sincero, para satisfacer la vida robusta de un pueblo que hoy mismo ya supera en plan y aptitud a las colonias autonómicas, mortecinas y descontentas, de la misma Inglaterra liberal, era el deber de los cubanos previsores, en el sacrificio y angustia del silencio, allegar y disciplinar los recursos necesarios para la independencia a que se habría de ir a parar tras el fracaso ineludible de cualquiera otro ensayo. Si no era fatal la lucha por la independencia, ¿qué pueblo, por complacer a un trovador sangriento, cambiaría en una guerra injusta su estado dichoso? Pero si hay temor racional y suficiente—por la composición viciosa y de tardía mudanza del carácter nacional y político de España, y por el privilegio indispensable al sustento de sus pocas ciudades vivas—de la necesidad final de la lucha por la independencia; si esta necesidad final, en el siglo de la honradez y

la verdad de la desolación, surge ante todo cubano y ante el más reacio ha surgido alguna vez, como la visión del puerto único, del que sólo les aparta el miedo excesivo a la salud y oreo de las tempestades, ¿qué pueblo perdonará, a menos que al cabo no le obedezcan y le sigan, a los que, por el juicio y por el corazón, por la historia del sentimiento y la del interés que los espolea, por el cálculo preciso de la oportunidad del país y el plazo improrrogable para aprovecharla, por la previsión, que es, en resumen, el único derecho al ejercicio de la política, pudieron ver, y vieron y confesaron, que la lucha por la independencia era, a lo menos, un peligro inminente, que se había de dirigir, si no podía esquivar, y después de un período prolongado de fe y omnipotencia en que por el mismo influjo de la ordenación podían sujetar la guerra innecesaria, entregan al país, llevado sin amor, y sin composición, y sin rumbo, a las mismas tentativas imprevistas, al mismo noviciado tremendo, a la misma confusión, agravada por agentes nuevos y amenazadores, de la guerra que sólo fué vencida por la resistencia de los cobardes y ambiciosos, a prepararla con fuerza y con orden?

Aquí viene a reiterar el Partido Revolucionario, con cuanto cabe de limpio amor patrio y desinterés en la voz de sus hombres, el urgente deber que le dió vida, y no ha manchado hasta hoy pasión alguna de las que, a veces, por el interés o la soberbia, por la vanidad o el recelo, turban, como vaho infernal, las más bellas empresas humanas. Aquí viene a proclamar, en acuerdo espontáneo y absoluto con los héroes de la tradición y los de la esperanza, que, después de dos años útiles de expurgación y reforma revolucionaria y

el estudio y codeo de los factores vivos del país, arrollados o descontados por los que no han sabido extender la obra heroica de los unos ni encauzar la aspiración exasperada de los otros, apareció a su hora el Partido Revolucionario, constituido con la más celosa República por base, para aspirar a la independencia inevitable por la unión previa y sincera de los elementos que en el extrañamiento o desconcierto pudieran perturbarla. Aquí declara de nuevo el Partido Revolucionario que a la Isla toda y a los cubanos de todas partes convida y reúne, que dominando la impaciencia justa con que se ve al interés pasajero oscurecer las claras luces de los hombres y la indignación de pagar anualmente a un Gobierno postrado, para vivir bajo sus vicios, la suma que de una sola vez nos bastaría para emanciparnos de ellos, ni dejará al azar de la revuelta imprevista la composición de una guerra tan fácil si se la ordena, como temible si se la abandona, ni echará sobre la patria un heroísmo desatentado, sólo comparable, en culpa y responsabilidad, a la desidia que lo provoca o a la cobardía que lo exacerba. Y puesto que dos pueblos de interés permanentemente hostil, divididos por la historia sangrienta y por el abuso inextinguible del pueblo superior bajo el inferior que por causas mudables lo avasalla, no pueden convivir sino en el aborrecimiento y desconfianza que impiden la seguridad de la persona y el desarrollo de las facultades del hombre y su acción sobre la riqueza natural; puesto que la España indecisa y viciosa que había de conceder el ensayo de la autonomía, la España basada aún en los servicios confesos y disimulados del sistema colonial, no puede crearse nuevo modo de hacienda, ni industrias y carácter bastantes a ali-

mentar con el trabajo peninsular y verdadero la población rapaz y pródiga que hoy nutre en las colonias, dentro del plazo angustioso en que las Antillas, veladas por un pueblo que sólo las respetará en el decoro de la independencia productora, pueden asegurarse el puesto que le toman de prisa los pueblos capacitados por la libertad; puesto que ni por lento, ni por inadecuado a la composición heterogénea y vehemente del país, ni por la falta de correspondencia entre el sistema probatorio y receloso de la autonomía y su capacidad extraordinaria y madura, podrían Cuba y Puerto Rico desenvolverse y afirmarse a su hora en el mecanismo autonómico, confesamente ineficaz en las colonias más libres, dado que le permitiesen a España concederle su incurable despotismo, su población holgazana e inquieta, sus industrias coloniales y su desconfianza de la fidelidad de las Antillas; puesto que una guerra conmovedora y respetable, donde llegó el ser humano, con su tanto forzoso de culpa, a su mayor esfuerzo y beldad, una guerra terca de diez años sólo ha servido para fomentar en el país, menos disciplinado bajo la política exánime de la autonomía que en la confusión creadora de la República naciente, una sociedad venal y mendaz, más impura que lo fué nunca la sociedad de Cuba, y en la que la virtud, ahogada, suspira en vano a la gloria y cariño de la sociedad, superior y sublime, donde al pecado y heroísmo gigantesco se unieron por primera vez los elementos mortales de la sociedad cubana, pues que el beneficio apetecible del afecto español, de los españoles que son nuestros padres en el hogar y nuestros amigos en la batalla del derecho, más que en ligas de interés pasajero y meramente pecuniario se logró y

se seguirá logrando en los combates de la libertad, donde los hombres se abrazan en la compañía del martirio, más completa y durable que la del interés, en los combates del aragonés Huerta, del gallego Villamil, del asturiano Alvarez, del andaluz Dorado; puesto que de la demanda desatendida de un país pobre que conoce las armas y las ama, y la desatención insolente de un Gobierno sin más escudo real que la inacción de los que lo combaten en la forma y lo perpetúan en las costumbres, ha de surgir, por toda ley humana y local, por todo lo que prueba y anuncia la verdadera ciencia política, la ciencia de los antecedentes semejantes y los resultados necesarios, una guerra ciega y parcial, si no se la dispone con amor y estudio, o fuerte y completa si se ligan a tiempo sus elementos; aquí declara el Partido Revolucionario Cubano, constituido para ordenar las fuerzas abandonadas de la revolución inevitable y conveniente, que enfrenando la indignación que pudieran alzar en él la sumisión excesiva e inútil de sus compatriotas o la conformidad inactiva con la tiranía que se censura, cumple y continuará cumpliendo con su deber de preparar la guerra en un país que va a ella por todas las vías, y que un partido impotente para contenerla abandona a sus caprichos y sus furias.

XIII

Discurso pronunciado en la velada que, en honor de Venezuela, celebró la Sociedad Literaria Hispano-Americana, de Nueva York, el año 1892.

Señoras, señores:

No con la voz penosa de quien vive aún en la fatiga de los primeros días de América, puesto que sólo se han de contar en un pueblo los días que nacen de aquel en que se sacudió de la frente la corona extraña; no con la voz caída de quien, hasta por el cuerpo ruin, padece de envidia de aquellos cíclopes que escalaron el cielo y se trajeron de él la banda azul que abrió en dos, para siempre, el antiguo pabellón; no con la voz desmayada de la enfermedad tenaz, sino con acentos que fueran a la vez como fragor de rayo y como música de seda, quisiera yo sacar del relicario de mi pecho aquella tierna reliquia de la pasión que guardo en él para el pueblo que, a la hora de la libertad, puso en sus hombros la fuerza de los

ríos con que echa atrás el mar, y el ímpetu, y el fuego, y el estrépito con que arrancaron de los senos de la tierra sus montañas; para el pueblo que pone en sus mujeres el alma nacarada y aromosa de su flor de café.

Porque yo no sé que haya derecho más grato que el de admirar como hijo al pueblo por donde América mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo del caballo ni más rancho que recortes de cuero, al poder injusto que se socorre de las riquezas de la tiranía y del mismo ciego favor de la Naturaleza; de venerar como hijo a la tierra que nos ha dado en nuestro primer guerrero a nuestro primer político, y el más profundo de nuestros legisladores en el más terso y artístico de nuestros poetas; de amar como hijo a la República donde las almas, a modo de espada de fábrica finísima, son todas de acero, que pica frente a frente, para quien les pellizca la dignidad o les rebana la tierra del país, y para el que de afuera va a pedirles techo y pan son todas puño de oro.

Duermen tal vez otros pueblos—que es cosa que no se ha de hacer, porque hay siempre pueblos que acechan y vigilan—, duermen otros pueblos tal vez, entretenidos en comadrear por las ventanas o en descascarar el maíz, sobre una gloria que sólo tiene derecho a recordar quien la cultiva y continúa, y suele uno que otro americano—por el anhelo codicioso de las pompas y los bienes del mundo, o por aturdimiento fácil ante las maravillas ajenas, acaso más viciadas que seguras, o por el horror natural de los trastornos y la sangre, o por impaciencia mal aconsejada de progresos superficiales e inmaturos—proclamar más pesada de la cuenta o abandonar a la lluvia y el

polvo del camino la patria que sus padres sublimen les confiaron, para obtener del Universo indiferente la paz del respeto y librarla del desdén peligroso con que miran a las almas entecas los creadores y fuertes de este mundo. ¡Pero a Venezuela, como a toda nuestra América desinteresada, la hemos de querer y de admirar sin límites, porque la sangre que dió por conquistar la libertad ha continuado dándola por conservarla! ¡Proclamemos, contra lacayos y pedantes, la gloria de los que en la gran labor de América se van poniendo de quicio y abono para la paz libre y decorosa del Continente y la felicidad e independencia de las generaciones futuras!

Fué un día en que de la tierra, como la naturaleza de los llanos después de las lluvias, surgieron, a medio vestir, los héroes que descansaron de la cabalgata en el alumbramiento de Ayacucho. ¡Y allí las margariteñas fueron de más valor que las perlas de la Margarita, que a cestos vaciaban, sin fatigárseles las manos, en el tesoro de la libertad, siempre mendiga en sus primeras horas; y allí, con sus manos blancas y afiladas, como la fragante reina de la noche en su jardín, a su hermano imberbe armaban caballero, de la caballería que no vuelve la espalda sino como en las Queseras, aquellas magníficas barcelonesas, torres de alabastro, y con las valencianas de hospital y reserva, daban el frente a los demonios montados de Boves, los espectros de lanza y cinturón que defendían a Valencia, invencible; y «con los escarpines de raso» y el incendio de la patria asolada en las mejillas, salieron de sus flores y naranjos a la tiniebla de la emigración, como el jacinto teñido de sangre, las finas caraqueñas! ¡Y allí se abrazaban los hombres a la pólvora, y el

sol ante su luz palidecía de celos; y volvió a ser que los hombres a pie firme anduviesen y triunfasen sobre las aguas de la mar; y le cortaron a Ribas la cabeza del gorro frigio y la mano inmortal con que señala su camino a América!

Luego fué el día—porque el drama de la sangre tiene siempre más de un acto—en que, con el calor de la libertad novel en las regiones apartadas de propósito por la malicia colonial o enemistadas por los celos de predominio o las diferencias de cultura, las armas criadas en la pelea contra el opresor se emplearon en acomodar, con la prisa pródiga de la juventud, las entidades que la distancia y la emulación no han podido dividir tanto como las ha juntado al cabo el patriotismo. Y con los métodos violentos que eran de naturaleza en un país sanguíneo y brillante, venido al gobierno propio sin el conocimiento ni costumbres de las prácticas despaciosas y rutinarias de la libertad, precipitó Venezuela, generosa, a saltos armados, la amalgama indispensable para la fundación de un pueblo—por la ley de los árboles nuevos, que tienen el corazón muy cerca aún de la corteza, y no por la impotencia inherente que los débiles o los ignorantes creen reconocer en esto, que no es más que el cumplimiento útil e inevitable de un simple trance histórico. ¡Héroes tuvo Venezuela, bellos como banderas desgarradas, y como el potro fiero de su escudo, y como el rayo primero del sol, en la pelea sobrenatural de la independencia! ¡Y héroes ha tenido, no menos útiles por ser menos gloriosos, en esta brega de amasar, con cadáveres, y con desterrados, y con presos, los cimientos firmes e inmovibles de una verdadera República!

¡Y entonces fué la miriada de los méritos: de

los llaneros que se amoldaban a la presidencia; de los maestros canosos que hacían del pecho trinchera del civismo; de los magistrados que volvían del sitio de la nación a la silla de la cátedra; de los coroneles a quienes no les salía el discurso a la multitud sino cuando estaban a caballo, con la lanza en su bota; de los patricios que, en el continuo choque de la mezcla urbana y postiza de la civilización de Roma y las de Francia y los Estados del Norte, con la civilización burda y real que caía de las regiones naturales del país, hallaron tiempo para exponer los cánones del mundo nuevo y de la literatura constante en aquella lengua que crece con los años, como el aroma del vino generoso; para cantar la Naturaleza y los afectos en una poesía que mantuvo siempre—aun en la época en que el fuego patriótico parecía tener su forma propia en las importaciones románticas, aun en los días en que el afán de la emancipación definitiva llevaba a tomar los modelos franceses de sus mismos imitadores españoles—aquel orden ameno y encendida moderación por donde en las letras de América tiene aire como de rosa entre flores la literatura venezolana. Entonces fué cuando con los vaivenes de la fortuna, en aquellos años de subir y de caer, se enseñó en sus quilates mayores el alma de la mujer de Venezuela, palma en el salón, y sol suave en la casa, y amiga en la adversidad; de aquella mujer que sabe unir, sin egoísmo ni rudeza, el albedrío al decoro, y en las quintas del valle hace olvidar, con su gracia elocuente e ingenua, los tornasoles y hermosuras que de todas partes reclaman los ojos en aquella soberbia naturaleza, y en los paseos de la plaza florida viene y va como la misma flor, con su elegancia y su

finura, a quien el jardinero ha dado asueto para travesear por los jardines.

Y hoy es el día de la grandeza más difícil, en que los que reciben de sus padres, en el carácter ya hecho a la realidad y a la disciplina, el país más compacto y adulto, han de ordenar, como están ordenando, las fuerzas nacionales, descascaradas en larga trilla, y han de evitar, como están evitando, la suerte que en el mundo que avanza ha de caber a los pueblos que no se deciden a avanzar con el mundo; hoy es el día de trabajar y de juntar, en que una juventud que pide al empleo directo y al estudio de los problemas propios la paz dichosa que jamás vendría de ideas de afuera ni de amistades artificiales, ni de la creencia impropia y enervante en la irremediable superioridad ajena, entiende acaso que entró ya la América en aquella hora de alma eficaz y común en que se cumplirá por fin el angustioso anhelo, el deseo profético y mortal de aquel cuyo nombre no se ha de decir, porque con evocar sólo ya las almas se subliman y elevan; del que por las astas tomó a la Naturaleza, cuando la Naturaleza se le oponía, y la volcó en tierra; del que cuando pensó en «poner una piedra fundamental para la libertad» en América, no la pidió para la libertad de Venezuela, sino para la libertad sudamericana; del que murió del afán devorador de alzar a tiempo, con un siglo de tiempo, las energías que al cabo de él habría de necesitar para su salvación, en la batalla esencial y evitable, el Continente que se sacó de las entrañas.

Ni de soberbia, ni de ambición, ni de despecho murió el hombre increíble que acaso pecó por ellas, sino del desacuerdo entre su espíritu previsor, turbado por aquella misma viveza de la

fuerza personal que le movía a las maravillas, y la época de distancias enemigas y de civilizaciones hostiles, o incompletas y ajenas, o aborígenes y degradadas que juntó él mismo a vivir; del desacuerdo murió entre su concepto impaciente y original de los métodos de creación de un país a ningún otro semejante, y los conceptos, más infuyentes a veces que sinceros, de los que en la misma libertad preheren el seguro de la canonía a las emociones costosas y saludables de las labores de raíz; murió de la lucha, por entonces inútil, entre su idea continental con las ideas locales y de la fatiga de conciencia de haber traído al mundo histórico una familia de pueblos que se le negaba a acumular, desde la cuna, las fuerzas unidas con que podía, un siglo más tarde, refrenar sin conflicto y contener para el bien del mundo las excrecencias del vigor foráneo, o las codicias que por artes brutales o sutiles pudiesen caer, arrollando o serpeando, sobre los pueblos de América, cuando levantasen, por su riqueza, un apetito mayor que el respeto que hubiera levantado por su odio y auxilio. ¡Y se cubrió el grande hombre el rostro y murió frente al mar!

Me llenó de júbilo y de orgullo al ver cómo, en la casa de la nieve, hemos tallado el altar donde se comulga en la amistad discreta y entrañable de los pueblos de nuestro continente. Y al mirar al pie de esta bandera, más limpia de sangre inocente que ninguna otra de las grandes banderas del mundo, y más empapada de sangre gloriosa, los hijos agradecidos de nuestra familia de pueblos, que vienen a poner las almas, atónitas aún de admiración, ante la madre de nuestras Repúblicas, siento que en las botas de pelear, que no se ha quitado todavía, se pone en pie el genio de

América y mira satisfecho, con el fuego vivífico de sus ojos, a los que de buena voluntad para todos los pueblos buenos de la Tierra cumplen, sin comprometerlo con coqueterías de salto atrás ni con deslumbramientos pueriles, su legado de juntar en un haz las hijas todas de nuestra alma de América.

XIV.

Discurso pronunciado en la fiesta que, en honor de Fermín Valdés Domínguez, tuvo efecto en el salón "Jaeger's", de Nueva York, el 24 de febrero de 1894.

Señor presidente, señores:

Vengo a cumplir, con legítimo orgullo, en nombre de los cubanos y puertorriqueños de Nueva York, el encargo de expresar a Fermín Valdés Domínguez la estimación en que tienen su hermoso corazón y su hecho heroico. La tarea es tan grata como difícil. Con la realidad con que, por la presencia misma de su vindicador, reviven a nuestros ojos aquellos adolescentes que, como símbolos del alma cubana, supieron salir de la vida frívola a la muerte sublime; ante el espacio mismo que parece, con el misterio y la luz de su blancura, como mudarnos súbitamente el espíritu de la molicie y pequeñez que en la tierra lo atormentan, a la región de amor y claridad donde viven en fúlgido deleite las almas emancipadas

por el sacrificio ante el temor de que, en las puertas mismas, vaguen aún sus almas sin entrada, manchadas con las manchas de su pueblo, o negadas a gozar en la eternidad la dicha de que no goza su patria en la tierra, la palabra se esconde y acongoja. La elocuencia con que se les ha de honrar, no es la de la palabra. En las tinieblas está aún, adonde lo hemos de ir a rescatar con nuestras manos, el altar que ha de recibir el homenaje digno de ellos. Un pueblo libre y justo, es el único homenaje propio de los que mueren por él. Las palabras, como ánforas vacías, rodarían despedazadas de mis labios, si no sirviesen hoy a una sociedad agradecida para rendir tributo ínfimo al que de las entrañas de la tierra sacó, apretadas a su pecho, las reliquias de sus compañeros, inocentes víctimas del odio español a América, y —cara a cara de la tiranía— enseñó al mundo el crimen, demostró a sus conciudadanos la eficacia del valor y obligó a los culpables a rendir la cabeza castigada ante las víctimas.

No es de nuestro corazón cubano, ni de nuestro respeto, ni de la dignidad de nuestro concepto de la patria, que sólo excluye la opresión y el crimen, recrudescer la memoria harto vehemente del espantable asesinato; ni convidar, con palabra baja e imprevisora, a la venganza y el odio; ¡triste patria sería la que tuviese el odio por sostén, tan triste por lo menos como la que se arrastra en el olvido indecoroso de las ofensas, y convive alegre, sin más enmienda que una censura escurridiza y senil, con los tiranos que la estrujan, los soberbios que prefieren la dominación extraña al reparto de la justicia entre los propios, y los cobardes, que son los verdaderos responsables de la tiranía! Verdad es que se padecerá siempre de

un profundo dolor, como de hoguera que abrasase el pecho o puñal que se retorciere en las carnes, cada vez que se recuerda el gran crimen, cuando aún se levanta por sobre cada cabeza útil un patíbulo, y el único modo de escapar al del verdugo es someterse al de la honra. Pero la estéril declamación sobre el suceso inicuo, que fatalmente figura entre los crímenes históricos, no sería apropiado tributo a quien realzó su persecución continua de la gran maldad, y su glorioso triunfo, con la moderación propia de las almas fuertes, y el perdón sincero de los arrepentidos, sin caer por eso, con el disimulo de la prudencia, en el olvido inmoral e imposible con que cubre su palidez la cobardía.

El tributo mejor al hombre que, en la soledad tan natural en los arranques de la osadía como el séquito a la hora de su triunfo, se alzó, inolvidable, con la pujanza toda de su pueblo oprimido, y reanimó con su valor las esperanzas patrias, es el tributo que le ofrecemos hoy aquí: el de la constancia en el servicio de la patria infeliz. Y el del regocijo de que Cuba tenga en él corazón de tan puro linaje, y de aquellos muy raros que, en el vaivén revuelto de la vida, y entre sus caídas y desfallecimientos, guardan, como el rayo en las nubes, la grandeza que en las horas decisivas condensa a las sociedades y las salva. Es como imposición divina, o marca de un fuego superior a la justicia misma de los hombres, la conjunción de un hombre y su pueblo; y cuando siquiera sea por cortos instantes, llega un hombre a servir a su país de palabra o de brazo, ya está a prueba de su misma maldad, y la patria agradecida no querrá ver en él el extravío con que se deslucen, sino el servicio con que la honró. Se ama tierna-

mente, aun cuando se les vean las manos en el crimen, a los que la pusieron un día en la libertad, por aquella causa misma de que vemos con horror a los que contribuyen, por la flojedad de su corazón, o la golosina del buen vivir, al envilecimiento de su pueblo. Pero más bello y útil que esos servidores casuales es quien de la raíz de la vida viene con aquellas dotes que culminan luego en un hecho excepcional, cuando el aislamiento mismo en que queda la virtud, por falta de provecho o de brillo en servirla, invita a los corazones caballerescos a defenderla en su abandono. Desde sus comienzos fué nobilísima la vida de Valdés Domínguez, y su mesa la de los desamparados, y sus amores la ciencia y el país triste, y sus amigos los que estudiaban o servían a Cuba y su único enojo el no tener que dar. El fué preso cuando aún estaba en los primeros libros, y en las bóvedas de la infame fortaleza lloró abrazado, cuando su primer condena, a los mártires de la revolución, que le legaron, con la muda mirada, aquel amor enérgico y rebelde, aquella santa y justiciera altivez, con que había de defender su tierra luego de guías complacientes, hijos olvidadizos y venenosos corruptores. El, cuando fué de su presidio a España, antes que al placer de Madrid, maleante y faldero, se dió todo, por sobre censuras y amenazas, a la tarea de proclamar la inocencia de las víctimas y clavó el marchamo en la frente de la nación culpable. El, cuando tuvo gloria con que servir a la patria, no la puso de mercadería, a que le pagase el sonriente opresor la ágil tibieza, o el arrebató aparatoso que encubre la productiva docilidad, o la resistencia mansa y nula, sino que la echó entera, descuidado de obstáculos y redes, por la parte áspera y solitaria de la rebel-

día y la indignación. Mas la patria tendrá siempre por secundarios todos sus méritos, ante el acto inesperado y difícil que le ha dado asiento perdurable en nuestra historia. Fácil es el heroísmo de contagio cuando el arrebató popular enciende el aire, cuando la ilusión de la libertad oculta a un pueblo, estremecido, sus obstáculos; cuando el abogado pomposo prende al cabello de sus hijas la flor de la patria, la flor mortal, de aspás de astro; cuando las mujeres, sofocando la tentación perenne del amor egoísta a la infidelidad de la patria y el servicio del hombre, más dañina y punible que las infidelidades del amor, prefiere ver al amante ausente o muerto que inferior a su deber, o a los amantes de sus compañeras; cuando el país entero se lanza en el quitrín del paseo a la guerra romántica y literaria. Pero solo, frente a la turba que no podía olvidar quien la vió aullar una vez, y sacudir, goteándole la sangre, la cabeza desmenada; solo, por sobre los consejos de los pechos temerosos, o acobardados por la persecución larga y sutil, o descorazonados por la pobreza aparente del espíritu público; solo, pedir y lograr la confesión exculpatoria ante el cadáver que pudo, a su mera reaparición, desenfrenar la rabia contenida de los que creen que cada pensamiento cubano es un pan que le roban de su mesa o una joya que hurta el criollo a la corona real; solo, demandar justicia, ante una sociedad inerme y aterrada, para los que no tienen ya cómo pagar su defensa en este mundo, ni podían darle más honorarios que un rincón junto a sus huesos... ¡Ah! ese hombre no ha vindicado solamente a los estudiantes de Medicina, ese hombre ha vindicado a la sociedad de Cuba.

Ese fué el singular servicio de Fermín Valdés

Domínguez a su patria. El dolor natural que nos causa la censura a nuestros conciudadanos, por merecida y oportuna que sea, acorta, por piedad y decoro, la alabanza de un hecho que resplandece más por su rareza en la sociedad que lo produjo. ¡Amargo elogio de unos el que envuelve la condenación de los demás! Las etapas de los pueblos no se cuentan por sus épocas de sometimiento infructuoso, sino por sus instantes de rebelión.

Los hombres que ceden no son los que hacen a los pueblos, sino los que se rebelan.

El déspota cede a quien se le encara, con su única manera de ceder, que es desaparecer; no cede jamás a quien se le humilla. A los que le desafían respeta, nunca a sus cómplices. Los pueblos, como las bestias, no son bellos cuando, bien trajeados y rollizos, sirven de cabalgadura al amo burlón, sino cuando de un vuelco altivo desensillan al amo. Un pueblo se amengua cuando no tiene confianza en sí: crece cuando un suceso honrado viene a demostrarle que aún tiene entero y limpio el corazón.

Y eso hizo este vindicador: descubrió, de entre sus cenizas aparentes, el corazón cubano, reveló al pueblo de Cuba su unidad y su pujanza. Parecía en su lecho de venenos adormecida para siempre el alma cubana; toda la hez y pereza de España, carnicera vestida de torero—de la España podrida de la monarquía conquistadora, en que renace apenas la España estancada de las nacionalidades, se comía, triunfante, como el pus, la sociedad criolla: ya no tenía, por lo visible de afuera, mucho que hacer el afortunado vencedor, y eran los hijos de Cuba, viciosos o conformes, los soldados más seguros de la tiranía, que la avergüenza—¡cuando en este hombre atrevido se al-

za soberbia toda el alma hollada; pálpase, al verlo, el pecho el país; hállalo, como siempre, indómito y sano; y dice, por la vengadora voz de este hijo puro: «Aquí estoy vivo, con el puñal en el costado y la bravura en el corazón. Ni el cadalso ni el destierro me han domado: me creías muerto, sentenciado, reducido a unos ocho cráneos húmedos, perdidos por las entrañas de la tierra, y aquí me tienes, inmortal como la conciencia, invicto como la justicia, indomable como el honor, y yo creceré como la luz, y tu maldad y tiranía huirán aterradas por las tinieblas de la Historia!»

Y aquí he de poner término brusco al encargo que me dió la Comisión organizadora de esta fiesta de cariño y gratitud. Mi alma, que sólo al horror de la fealdad humana retrocede rendida, entona como un canto de resurrección, y en la zozobra de la muerte exhala el grito universal, cuando contempla un corazón donde el polvo del camino no ha bastado a apagar la llama triunfante de la virtud.

El egoísmo es la mancha del mundo, y el desinterés su sol.

En este mundo no hay más que una raza inferior: la de los que consultan, antes que todo, su propio interés, bien sea el de su vanidad o el de su soberbia o el de su peculio; ni hay más que una raza superior: la de los que consultan, antes que todo, el interés humano. Sagrado es el que, en la robustez de la vida, con el amor a la cabecera de la mesa cómoda, echó la mesa atrás, y los consejos del amor cobarde, y sirvió a su pueblo, sin miedo a padecer ni a morir: y así es Valdés Domínguez. Pero el amor entrañable que le tengo, porque desde la niñez amamos juntos la verdad y el dolor, porque aborrecemos con el mismo

fuego la arrogancia y la codicia que dividen a los hombres, porque derramamos con la misma pasión la amistad que los calma y congrega, porque en la vida nublada perseguimos la misma estrella doliente y adorable, impone a mis labios el silencio en el instante en que desbordarían de ellos el entusiasmo y la ternura. Nos queremos, como de la misma raíz. Juntos gustamos por primera vez la lealtad de los amigos, que es la almohada cierta, y el amor, que suele irse en cieno o en espuma, o llevarnos del brazo por la existencia, como un ángel de luz. Juntos descubrimos en nuestra naturaleza el fuego escondido de la cólera patria, que enseña y ordena, desde el sigilo del corazón, y nos juramos a la única esposa a quien se perdonan la ingratitude y el deshonor. Juntos vivimos, en la desnudez de las cárceles, la poquedad que suele afean a los favorecidos de la vida, la grandeza que crece inculta, como con menos obstáculo, en la gente infeliz, y la sublimidad envidiable de la muerte por la redención del hombre y la independencia de la patria. Y juntos, probablemente, moriremos en el combate necesario para la conquista de la libertad o en la pelea que con los justos y desdichados del mundo se ha de mantener contra los soberbios para asegurarla.

Pero el silencio a que me obliga esta amistad, de nada priva al huésped que ya era como de todas nuestras casas, porque es la suya entre nosotros historia de aquellas pocas que se quedan prendidas al corazón del país y dan al dichoso héroe puesto de honor en todos los hogares y así lo caluroso en los más tibios brazos. Su pueblo le ha dicho muchas veces, y le vuelve a decir hoy, lo que le está vedado decir a mi cariño. Para él ya no hay desdicha ni muerte. No viene aquí a

la tristeza ni al frío, sino al abrigo íntimo de nuestro afecto. Cuanto piensa y siente entre nosotros se congrega aquí a dar muestra pública de aprecio a su valor sin alarde, a su prudencia sin hipocresía, a su corazón, sin más flaquezas que las de una desbordada piedad. De la patria ha de padecer cubano tan viril, de la existencia puede ser que sufra su alma ardiente, pero el orgullo con que le vemos los cubanos le dará fuerzas para sobrellevar sonriente la amargura inevitable de toda vida sincera y generosa. Y esta ternura nuestra no es excesiva, ni indigna del extraordinario mérito que la promueve, sino arranque natural de nuestra gratitud y como la caricia del corazón desesperanzado a quien le vuelve la fe en el honor y en la felicidad—porque no hay dicha sin honra y sin patria—, porque cuando desfallezca el corazón cubano y sienta que ya le llega la turbación de los campos perseguidos, y el tósigo de la ciudad envenenada por la miseria y los placeres en que el hombre busca entretenimiento a la inactividad forzosa o consuelo a su deshonor; cuando se pregunte el corazón cubano por el hecho mayor, por el hecho único que después de la guerra ha estremecido a Cuba con la intrepidez excelsa de los diez años de gloria, volverá los ojos, a la hora en que el sol cae, a la fosa en que este hombre leal—sin que la tímida admiración de la ciudad le fuera defensa contra el rencor de la soldadesca embravecida—, sacó de la tierra, con sus brazos desnudos, los restos del crimen pasmoso por donde muestra España la crueldad permanente que la incapacita, con su corazón de Ovando, para reinar sobre el alma altiva y pía de América, y, de pie junto a la desgarradora sepultura, miró al cielo y vió brillar en él, como astros pro-

féticos, las almas de sus compañeros de martirio. Las coronas de la Historia y el corazón de sus conciudadanos son, con justicia, para el hombre que supo, él solo, tener frente a los déspotas de su patria el valor que no había tenido antes todo un pueblo.

TRES DISCURSOS
HISTÓRICOS (1)

(1) Por estar agotado el volumen «Libertad», IV de esta colección, donde las recogimos nosotros, reproducimos aquí estas tres admirables piezas oratorias, que completan eficazmente este libro, en el que publicamos todos los grandes discursos de Martí reunidos hasta la fecha.

PRIMER DISCURSO

Discurso pronunciado en Tampa, el 26 de noviembre de 1891, en la velada ofrecida por el Club Ignacio Agramonte.

Cubanos:

Para Cuba, que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal, para levantarnos sobre ella. Y ahora, después de evocado su amadísimo nombre, derramaré la ternura de mi alma sobre estas manos generosas que, ¡no a deshora por cierto!, acuden a dármele fuerzas para la agonia de la edificación; ahora, puestos los ojos más arriba de nuestras cabezas, y el corazón entero sacado de mí mismo, no daré gracias egoístas a los que creen ver en mí las virtudes que de mí y de cada cubano desean; ni al cordial Carbonell, ni al bravo Rivero daré gracias por la hospitalidad magnífica de sus palabras y el fuego de su cariño generoso, sino que todas las gracias de mi alma les daré, y en ellos a cuantos tienen aquí

las manos puestas a la faena de fundar, por este pueblo de amor que han levantado cara a cara del dueño codicioso que nos acecha y nos divide; por ese pueblo de virtud, en donde se prueba la fuerza libre de nuestra patria trabajadora; por este pueblo culto, con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan, y truenos de Mirabeau junto a artes de Roland, que es respuesta de sobra a los desdeñosos de este mundo; por este templo orlado de héroes y alzado sobre corazones, yo abrazo a todos los que saben amar. Yo traigo la estrella, y traigo la paloma en mi corazón.

No nos reúne aquí, de puro esfuerzo y como a regañadientes, el respeto periódico a una idea de que no se puede abjurar sin deshonor, ni la respuesta siempre pronta, y a veces demasiado pronta, de los corazones patrios a un solicitante de fama, o a un alocado de poder, o a un héroe que no corona el ansia inoportuna de morir con el heroísmo superior de reprimirla, o a un menestero que bajo la capa de la patria ande sacando la mano limosnera. Ni el que viene se afeará jamás con la lisonja, ni es este noble pueblo que lo recibe, pueblo de gente servil y llevadiza. Se me hincha el pecho de orgullo, y amo aún más a mi patria desde ahora, y creo aún más desde ahora en su porvenir ordenado y sereno, en el porvenir redimido del peligro grave de seguir a ciegas, en nombre de la libertad, a los que se valen del anhelo de ella para desviarla en beneficio propio; creo aún más en la República de ojos abiertos, ni insensata ni tímida, ni togada ni descuellada, ni sobreculca ni inculta, desde que veo, por los avisos sagrados del corazón, juntos en esta noche de fuerza y pensamiento, juntos para ahora y para después, juntos para mientras impere el

patriotismo, a los cubanos que ponen su opinión franca y libre por sobre todas las cosas, y a un cubano que se las respeta.

Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y si el de los demás bienes serían falaces o inseguros, ése sería el bien que yo preferiría: yo quiero que la ley primera de nuestra República sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre; envílese a los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir a camarillas personales fomentadas por un interés notorio o encubierto, para la defensa de las libertades; sáquense a lucir e incendiar las almas, y a vibrar como el rayo, a la verdad, y síganla, libres, los hombres honrados. Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano a otro. Ni misterios, ni calumnias, ni tesón en desacreditar, ni largas ni astutas preparaciones para el día funesto de la ambición. O la República tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la República no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos, y no para acorralarlos. Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos, y no para erigir, a la

boca del Continente de la República, la mayordomía espantada de Ventimilla, o la hacienda sangrienta de Rosas, o el Paraguay lúgubre de Francia. ¡ Mejor caer bajo los excesos del carácter imperfecto de nuestros compatriotas que valerse del crédito adquirido con las armas de la guerra o las de la palabra para rebajarles el carácter! Este es mi único título a estos cariños, que han venido a tiempo de robustecer mis manos incansables en el servicio de la verdadera libertad. ¡ Muérdanmelas los mismos a quienes anhelase yo levantar más, y, ¡ no miento!, amaré la mordida, porque me viene de la furia de mi propia tierra, y porque por ella veré bravo y rebelde a un corazón cubano! ¡ Unámonos, ante todo, en esta fe: juntemos las manos en prenda de esa decisión, donde todos las vean y donde no se olvida sin castigo; cerrémosle el paso a la República que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos!

¡ De todos los cubanos! Yo no sé qué misterio de ternura tiene esa dulcísima palabra, ni qué sabor tan puro sobre el de la palabra misma de hombre, que es ya tan bella, que si se la pronuncia como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es trono o cumbre de monte la Naturaliza. Se dice cubano, y una dulzura como de suave hermandad se esparce por nuestras entrañas, y se abre sola la caja de nuestros ahorros, y nos apretamos para hacer un puesto más en la mesa, y echa alas el corazón enamorado para amparar al que nació en la misma tierra que nosotros, aunque el pecado lo trastorne, o la ignorancia lo extravíe, o la ira lo enfurezca, o lo ensangrienta el crimen. ¡ Como que unos brazos divinos que no vemos nos aprietan a todos sobre un pecho en que

todavía corre la sangre y se oye todavía sollozar el corazón! ¡ Créese allá en nuestra patria, para darnos luego trabajo en piedad; créese, donde el dueño corrompido pudre cuanto mira, un alma cubana nueva, erizada y hostil, un alma hosca, distinta de aquella alma casera y magnánima de nuestros padres e hija natural de la miseria que ve triunfar al vicio impune, y de la cultura inútil que sólo halla empleo en la contemplación sorda de sí misma! ¡ Acá, donde vigilamos los ausentes, donde reponemos la casa que se nos cae encima, donde creamos lo que ha de reemplazar a lo que allí se nos destruye, acá no hay palabra que se asemeje más a la luz del amanecer, ni consuelo que se entre con más dicha por nuestro corazón que esta palabra inefable y ardiente de cubano!

¡ Porque eso es esta ciudad; eso es la emigración cubana entera; eso es lo que venimos haciendo en estos años de trabajo sin ahorro, de familia sin gusto, de vida sin sabor, de muerte disimulada! ¡ A la patria que allí se cae a pedazos y se ha quedado ciega de la podre, hay que llevar la patria piadosa y previsora que aquí se levanta! ¡ A lo que queda de patria allí mordido de todas partes por la gangrena que empieza a roer el corazón, hay que juntar la patria amiga donde hemos ido, acá en la sociedad, acomodando el alma, con las manos firmes que pide el buen cariño, a las realidades todas, de afuera y de adentro, tan bien veladas allí, en unos por la desesperación y en otros por el goce babilónico, que, con ser grandes certezas, y grandes esperanzas, y grandes peligros, son, aun para los expertos, poco menos que desconocidas! Pues ¡ qué saben allá de esta noche gloriosa de resurrección, de la fe deter-

minada y metódica de nuestros espíritus, de acercamiento continuo y creciente de los cubanos de afuera, que los errores de los diez años y las veleidades naturales de Cuba y otras causas malélicas no han logrado por fin dividir, sino allegar tan íntima y cariñosamente, que no se ve sino un águila que sube y un sol que va naciendo y un ejército que avanza? ¿Qué saben allá de estos tratos sutiles, que nadie prepara ni puede detener, entre el país desesperado y los emigrados que esperan? ¿Qué saben de este carácter nuestro fortalecido, de tierra en tierra, por la prueba cruenta y el ejercicio diario? ¿Qué saben del pueblo liberal, y fiero, y trabajador que vamos a llevarles? ¿Qué sabe el que agoniza en la noche del que le espera con los brazos abiertos en la aurora? Cargar barcos puede cualquier cargador, y poner mecha al cañón cualquier artillero puede; pero no ha sido esa tarea menor, y de mero resultado y oportunidad, la tarea única de nuestro deber, sino evitar las consecuencias dañinas, y acelerar las felices, de la guerra próxima e inevitable, e irla limpiando, como cabe en lo humano, del desamor, y del descuido, y de los celos que la pudiesen poner donde sin necesidad ni excusa nos pusieron la anterior, y disciplinar nuestras almas libres en el conocimiento y orden de los elementos reales de nuestro país, y en el trabajo, que es el aire y el sol de la libertad, para que quepan en ella sin peligro, junto a las fuerzas creadoras de una situación nueva, aquellos residuos inevitables de las crisis revueltas que son necesarias para constituir las. Y las manos nos dolerán más de una vez en la faena sublime, pero los muertos están mandando, y aconsejando, y vigilando, y los vivos los oyen y

los obedecen, y se oye en el viento ruido de ayudantes que pasan llevando órdenes y de pabellones que se despliegan. ¡Unámonos, cubanos, en esta otra fe: con todos y para todos; la guerra inevitable, de modo que la respete, y la desee, y la ayude la patria, y no nos lamente, en flor, por local, o por personal, o por incompleta, el enemigo: la revolución de justicia y de realidad, para el reconocimiento y la práctica franca de las libertades verdaderas.

Ni los bravos de la guerra que me oyen tienen paces con estos análisis menudos de las cosas públicas, porque al entusiasta le parece crimen la tardanza misma de la sensatez en poner por obra el entusiasmo, ni nuestra mujer, que aquí oye atenta, sueña más que en volver a pisar la tierra propia, donde no ha de vivir su compañero, agrio como aquí vive y taciturno; ni el niño, hermano o hijo de mártires y de héroes, nutrido en sus leyendas, piensa en más que en lo hermoso de morir a caballo, peleando por el país, al pie de una palma.

¡Es el sueño mío, es el sueño de todos: las palmas son novias que esperan, y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas! Eso es lo que queríamos decir. A la guerra del arranque, que cayó en el desorden, ha de suceder, por la insistencia de los males públicos, la guerra de la necesidad, que vendría floja y sin probabilidad de vencer, si no le diese su pujanza aquel amor inteligente y fuerte del derecho, por donde las almas más ansiosas de él recogen de la sepultura el pabellón que dejaron caer, cansados del primer esfuerzo, los menos necesitados de justicia. Su derecho de hombre es lo que buscan los cubanos en su independencia; y la independencia se ha de

buscar con alma entera de hombre. ¡Que Cuba, desolada, vuelva a nosotros los ojos! ¡Que los niños ensayan en los troncos de los caminos la fuerza de sus brazos nuevos! ¡Que las guerras estallan, cuando hay causas para ellas, de la impaciencia de un valiente o de un grano de maíz! ¡Que el alma cubana se está poniendo en fila, y se ven ya, como al alba, las masas confusas! ¡Que el enemigo, menos sorprendido hoy, menos interesado, no tiene en la tierra los caudales que hubo de defender la vez pasada; ni hemos de entretenernos tanto como entonces en dimes y di-retes de localidad, ni en competencias de mando, ni en envidias de pueblo, ni en esperanzas locas! ¡Que afuera tenemos el amor en el corazón, los ojos en la costa, la mano en la América y el arma en el cinto! Pues ¿quién no lee en el aire todo esto con letras de luz? Y con letras de luz se ha de leer que no buscamos, en este nuevo sacrificio, meras formas, ni la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yanqui, sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro, sin miedo canijo de unos a la expresión saludable de todas las ideas y el empleo honrado de todas las energías, ni de parte de otros aquel robo al hombre que consiste en pretender imperar en nombre de la libertad por violencias en que se prescinde del derecho de los demás a las garantías y los métodos de ella. ¡Por supuesto que se nos echarán atrás los petímetros de la política, que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir, y que se pondrá a refunfuñar el patriotismo de polvos de arroz, so pretexto de que los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavellina. Y ¿qué le hemos de hacer? ¡Sin los gusanos que fa-

brican la tierra no podría haber después palacios suntuosos! En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavellina. Todo tiene la entraña fea y sangrienta; es fango en las artesas el oro en que el artista talla luego sus joyas maravillosas; de lo fétido de la vida saca almíbar la fruta y colores la flor; nace el hombre del dolor y la tiniebla del seno maternal, y del alarido y el desgarramiento sublime; y las fuerzas magníficas y corrientes de fuego que en el horno del sol se precipitan y confunden, no parecen de lejos, a los ojos humanos, sino manchas! ¡Paso a los que no tienen miedo a la luz; caridad para los que tiemblan de sus rayos!...

Ni vería yo esa bandera con cariño, hecho como estoy a saber que lo más santo se toma como instrumento del interés por los triunfadores audaces de este mundo, si no creyera que en sus pliegues ha de venir la libertad entera, cuando el reconocimiento cordial del decoro de cada cubano, y de los modos equitativos de ajustar los conflictos de sus intereses, quite razón a aquellos consejeros de métodos confusos que sólo tienen de terribles lo que tiene de terca la pasión que se niega a reconocer cuanto hay en sus demandas de equitativo y justiciero. ¡Clávese la lengua del adulator popular, y cuelgue al viento como banderola de ignorancia, donde sea castigo en vano la pena de los que padecen u ocultándoles verdades esenciales de su problema, o levantándoles la ira; al lado de la lengua de los aduladores clávese la de los que niegan a la justicia! ¡La lengua del adulator se clava donde todos la vean, y la de los

que toman por pretexto las exageraciones a que tiene derecho la ignorancia, y que no puede acusar quien no ponga todos los medios de hacer cesar la ignorancia, para negarse a acatar lo que hay de dolor de hombre y de agonía sagrada en las exageraciones; que es más cómodo excomulgar, de toga y birrete, que estudiar, lloroso el corazón, con el dolor humano hasta los codos! En el presidio de la vida es necesario poner, para que aprendan justicia, a los jueces de la vida. El que juzgue de todo, que lo conozca todo. No juzgue de prisa el de arriba, ni por un lado; no juzgue el de abajo por un lado, ni de prisa. No censure el de bienestar que envidia en secreto. No desconozca el pudiente el poema conmovedor, y el sacrificio cruento, del que se tiene que cavar el pan que come; de su sufrida compañera, coronada de corona que el injusto no ve; de los hijos que no tienen lo que tienen los hijos de otros por el mundo! ¡Valiera más que no se desplegara esa bandera de su astil, si no hubiera de amparar a todas las cabezas!

Muy mal conoce nuestra patria, muy mal, quien no sepa que hay en ella, con alma de la presente garantía de lo futuro, una enérgica suma de aquella libertad original que cría el hombre en sí, del jugo de la tierra y de las penas que ve, y de su idea propia y de su naturaleza altiva. Con esa libertad real y pujante, que sólo puede pecar por la falta de la cultura que es fácil poner en ella, han de contar más los políticos de carne y hueso que con esa libertad de aficionados que aprenden en los catecismos de Francia o de Inglaterra los políticos de papel. Hombres somos, y no vamos a querer Gobiernos de tijeras y de figurines, sino trabajo de nuestras cabezas, sacado

del molde de nuestro país. Muy mal conoce a nuestro pueblo quien no observe en él cómo a la par de este ímpetu nativo que lo levanta para la guerra y no lo dejará dormir en la paz, se ha criado con la experiencia y el estudio, y cierta ciencia clara que da nuestra tierra hermosa, un cúmulo de fuerzas de orden, humanas y cultas; una falange de inteligencias plenas, fecundas por el amor al hombre, sin el cual la inteligencia no es más que azote y crimen; una concordia tan íntima, venida del dolor común, entre los cubanos de derecho natural, sin historia y sin libros, y los cubanos que han puesto en el estudio la pasión que no podían poner en la elaboración de la patria nueva; una hermandad tan ferviente entre los esclavos ínfimos de la vida y los esclavos de la tiranía aniquiladora, que por este amor unánime y abrasante de justicia de los de un oficio y los de otro, por este ardor de humanidad igualmente sincero en los que llevan el cuello alto, porque tienen alta la nuca natural, y los que lo llevan bajo, porque la moda manda lucir el cuello hermoso, por esta patria vehemente en que se reúnen, con iguales sueños y con igual honradez, aquellos a quienes pudiese divorciar el diverso estado de cultura, sujetará nuestra Cuba, libre en la armonía de la equidad, la mano de la colonia, que no dejará a su hora de venírseos encima, disfrazada con el guante de la república. ¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados, que no se diferencian de la mano natural! A todo el que venga a pedir poder, cubanos, hay que decirle a la luz, donde se vea la mano bien: «¿Mano, o guante?» Pero no hay que temer en verdad, ni hay que regañar. Eso mismo que hemos de combatir, eso mismo nos es necesario. Tan necesario es a

los pueblos lo que sujeta, como lo que empuja; tan necesario es en la casa de familia el padre, siempre activo, como la madre, siempre temerosa. Hay política hombre y política mujer. ¿Locomotora con caldera que la haga andar y sin freno que la detenga a tiempo? Es preciso, en cosas de pueblos, llevar el freno en una mano y la caldera en la otra. Y por ahí padecen los pueblos: por exceso de freno, y por el exceso de caldera.

¿A qué es, pues, a lo que habremos de temer? ¿Al decaimiento de nuestro entusiasmo, a lo ilusorio de nuestra fe, al poco número de los infatigables, al desorden de nuestras esperanzas? Pues miro yo a esta sala, y siento firme y estable la tierra bajo mis pies, y digo: «¡Mienten!» Y miro a mi corazón, que no es más que un corazón cubano, y digo: «¡Mienten!»

¿Tendremos miedo a los hábitos de autoridad contraídos en la guerra, y, en cierto modo, ungidos por el desdén diario de la muerte? Pues no conozco yo lo que tiene de brava el alma cubana, y de sagaz y experimentado el juicio de Cuba, y lo que habrían de contar las autoridades viejas con las autoridades vírgenes, y aquel admirable concierto del pensamiento republicano y la acción heroica que honra, sin excepciones apenas, a los cubanos que cargaron armas, o, como que conozco todo eso, al que diga que de nuestros veteranos hay que esperar ese amor criminal de sí, ese postergamiento de la patria a su interés, esa traición inicua a su país, le digo: «¡Mienten!»

¿O nos ha de echar atrás el miedo a las tribulaciones de la guerra, azuzado por la gente impura que está a paga del Gobierno español, el miedo de andar descalzo, que es un modo de andar ya muy común en Cuba, porque entre los ladrones y

los que los ayudan ya no tienen en Cuba zapatos sino los cómplices y los ladrones? Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para atizar el miedo a la guerra dijo en versos, muy buenos por cierto, que la jutía basta a todas las necesidades del campo en Cuba, y sé que Cuba está otra vez llena de jutías, me vuelvo a los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo: «¡Mienten!»

¿Al que más ha sufrido en Cuba por la privación de la libertad, le tendremos miedo, en el país donde la sangre que derramó por ella se la ha hecho amar demasiado para amenazarla? ¿Le tendremos miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que murieron por él ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo maltratan? Pues yo sé de manos de negro que están más dentro de la virtud que las de blanco alguno que conozco; yo sé del amor negro a la libertad sensata, que sólo en la intensidad mayor y natural y útil se diferencia del amor a la libertad del cubano blanco; yo sé que el negro ha erguido el cuerpo noble y está poniéndose de columna firme de las libertades patrias. Otros le teman; yo lo amo: a quien diga mal de él, o me lo desconozca, le digo a boca llena: «¡Miente!»

¿Al español en Cuba habremos de temer? ¿Al español armado, que no nos pudo vencer por su valor, sino por nuestras envidias, nada más que por nuestras envidias? ¿Al español que tiene en el Sardinero o en la Rambla su caudal, y se irá con su caudal, que es su única patria; o al que lo tiene en Cuba, por apego a la tierra o por la raíz de los hijos, o por miedo del castigo opondrá poca resistencia, y por sus hijos? ¿Al español llano, que ama la libertad como la amamos nosotros, y

busca con nosotros una patria en la justicia, superior al apego de una patria incapaz e injusta; al español que padece, junto a su mujer cubana, del desamparo irremediable y el mísero porvenir de los hijos que se nacieron con el estigma del hambre y persecución, con el decreto de destierro en su propio país, con la sentencia de muerte en vida con que vienen al mundo los cubanos? ¿Temer al español liberal y bueno: a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos, al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano enfermo, al gallego que muere en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad. ¡A estos españoles les atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida! A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos: «¡Mienten!»

¿Y temeremos a la nieve extranjera? Los que no saben bregar con sus manos en la vida, o miden el corazón de los demás por su corazón espartadizo, o creen que los pueblos son meros tableros de ajedrez, o están tan criados en la esclavitud que necesitan quienes les sujete el estribo para salir de ella, esos buscarán en un pueblo de componentes extraños y hostiles la república que sólo asegura el bienestar cuando se la administra en acuerdo con el carácter propio, y de modo que se acendre y realce. A quien crea que falta a los cubanos coraje y capacidad para vivir por sí en la tierra creada por su valor, le decimos: «¡Miente!»

Y a los lindoros que desdennan hoy esta revolu-

ción santa, cuyos guías y mártires primero fueron hombres nacidos en el mármol y seda de la fortuna, esta santa revolución que en el espacio más breve hermanó, por la virtud redentora de las guerras justas, al primogénito heroico y al campesino sin heredad, al dueño de hombres y a sus esclavos; y a los olímpicos de pisapapel, que bajan de la trípode calumniosa para preguntar, aterrados y ya con ánimos de sumisión, si ha puesto el pie en tierra este peleador o el otro, a fin de poner en paz el alma con quien puede mañana distribuir el poder; a los alzacos que fomentan a sabiendas el engaño de los que creen que este magnífico movimiento de almas, esta idea encendida de la redención decorosa, este deseo triste y firme de la guerra inevitable, no es más que el tesón de un rezago indómito, o la correría de un general sin empleo, o la algazara de los que no gozan de una riqueza que sólo se puede mantener por la complicidad con el deshonor, o la amenaza de una turba obrera, con odio por corazón y papeluchos por sesos, que irá, como del cabestro, por donde la quiera llevar el primer ambicioso que la adule, o el primer déspota encubierto que le pase por los ojos la bandera; a lindoros, y a olímpicos, y a alzacos, les diremos: «¡Mienten!» ¡Esta es la turba obrera, el arca de nuestra alianza, el tahalí, bordado de manos de mujer, donde se ha guardado la espada de Cuba, el arancel redentor donde se edifica, y se perdona, y se prevé, y se ama!

¡Basta, basta de meras palabras! Para lisonjearnos no estamos aquí, sino para palparnos los corazones y ver que viven sanos y que pueden; para irnos enseñando a los desesperanzados, a los desbandados, a los melancólicos, en nuestra fuer-

za de idea y de acción, en la virtud probada que asegura la dicha por venir, en nuestro tamaño real, que no es de presuntuoso, ni de teorizante, ni de salmodista, ni de melómano, ni de cazanubes, ni de pordiosero. Ya somos uno, y podemos ir al fin; conocemos el mal, y veremos de no recaer; a puro amor y paciencia hemos congregado lo que quedó disperso, y convertido en orden entusiasta lo que era, después de la catástrofe, desconcierto receloso; hemos procurado de buena fe, y creemos haber logrado, suprimir o reprimir los vicios que causaron nuestra derrota y allegar, con modos sinceros y para fin durable, los elementos conocidos o esbozados con cuya unión se puede llevar la guerra inmediatamente al triunfo. ¡Ahora, a formar filas! ¡Con esperar allá en lo hondo del alma, no se fundan pueblos! Delante de mí vuelo al ver los pabellones, dando órdenes; y me parece que el mar que de allá viene cargado de esperanzas y de dolor rompe la valla de la tierra ajena en que vivimos, y revienta contra esas puertas sus olas alborotadas... ¡Allá está, sofocada en los brazos que nos la estrujan y corrompen! ¡Allá está, herida en la frente, herida en el corazón, presidiendo, atada a la silla de tortura, el banquete donde las bocamangas de galón de otro ponen el vino del veneno en los labios de los hijos que se han olvidado de sus padres! ¡Y el padre murió, cara a cara al alférez, y el hijo va, de brazo con el alférez, a podrirse a la orgía! ¡Basta de meras palabras! De las entrañas desgarradas levantemos un amor inextinguible por la patria, sin la que ningún hombre vive feliz, ni el bueno, ni el malo. ¡Allí está, de allí nos llama, se la oye gemir, nos la violan y nos la befan y nos la gangrenan a nuestros ojos; nos corrompen y nos

despedazan a la madre de nuestro corazón! Pues alcémonos de una vez, de una arremetida última de los corazones; alcémonos de manera que no corra peligro la libertad en el triunfo, por el desorden o por la torpeza o por la impaciencia en prepararla; alcémonos para la república verdadera los que, por nuestra pasión, por el derecho y por nuestro hábito del trabajo, sabremos mantenerla; alcémonos para darles tumba a los héroes cuyo espíritu vaga por el mundo, avergonzado y solitario; alcémonos para que algún día tengan tumba nuestros hijos. Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: «Con todos, para el bien de todos.»

SEGUNDO DISCURSO

Discurso pronunciado en Tampa, el 27 de noviembre de 1891, en la velada organizada por la Convención cubana para conmemorar el fusilamiento de los estudiantes de Medicina, en la Habana, el 27 de noviembre de 1871.

Cubanoñ:

Todo convida esta noche al silencio respetuoso más que a las palabras; las tumbas tienen por lenguaje las flores de resurrección que nacen sobre las sepulturas; ni lágrimas pasajeras ni himnos de oficio son tributo propio a los que con la luz de su muerte señalaron a la piedad humana soñolienta el imperio de la abominación y de la codicia. Esas orlas son de respeto, no de muerte; esas banderas están a media asta, no los corazones. Pido luto a mi pensamiento para las frases breves que se esperan esta noche del viajero que viene a estas palabras de improviso, después de un día atareado de creación; y el pensamiento se me niega al luto. No siento hoy, como ayer,

romper coléricas al pie de esta tribuna, coléricas y dolorosas, las olas de la mar que trae de nuestra tierra la agonía y la ira, ni es llanto lo que oigo, ni manos suplicantes las que veo, ni cabezas caídas las que escuchan, sino cabezas altas; y afuera de esas puertas repletas viene la ola de un pueblo que marcha. ¡Así el sol, después de la sombra de la noche, levanta por el horizonte puro su copa de oro!

Otros lamentan la muerte necesaria; yo creo en ella como la almohada, y la levadura, y el triunfo de la vida. La mañana después de la tormenta, por la cuenca del árbol desraigado echa la tierra fuentes de frescura, y es más alegre el verde de los árboles, y el aire está como lleno de banderas, y el cielo es un dosel de gloria azul, y se inundan los pechos de los hombres de una titánica alegría. Allá, por sobre los depósitos de la muerte, aletea, como redimiéndose, y se pierde por lo alto de los aires, la luz que surge invicta de la podredumbre. La amapola más roja y más leve crece sobre las tumbas desatendidas. El árbol que da mejor fruta es el que tiene debajo un muerto.

Otros lamentan la muerte hermosa y útil, por donde la patria saneada rescató su complicidad involuntaria con el crimen, por donde se cría aquel fuego purísimo e invisible en que se acendran para la virtud y se templan para el porvenir las almas fieles. Del semillero de las tumbas levántase impalpable, como los vahos del amanecer, la virtud inmortal; orea la tierra tímida, azota los rostros viles, empapa el aire, entra triunfante en los corazones de los vivos; la muerte da jefes; la muerte da lecciones y ejemplos; la muerte nos lleva el dedo por sobre el libro de la vida.

¡Así, de esos enlaces continuos e invisibles, se va tejiendo el alma de la patria!

La palabra viril no se complace en descripciones espantosas; ni se ha de abrumar al arrepentido por fustigar al malvado; ni ha de convertirse la tumba del mártir en parche de pelea; ni se ha de decir, aun en la ciega hermosura de las batallas, lo que mueva las almas de los hombres a la fiereza y el rencor. ¡Ni es de cubanos, ni lo será jamás, meterse en la sangre hasta la cintura y avivar con un haz de niños muertos los crímenes del mundo; ni es de cubanos vivir, como el chacal en la jaula, dándole vueltas al odio! Lo que anhelamos es decir aquí con qué amor entrañable, un amor como purificado y angélico, queremos a aquellas criaturas que el decoro levantó de un rayo hasta la sublimidad, y cayeron por la ley del sacrificio, para publicar al mundo, indiferente aún a nuestro clamor, la justicia absoluta con que se irguió la tierra contra sus dueños; lo que queremos es saludar con inefable gratitud, como misterioso símbolo de la pujanza patria, del oculto y seguro poder del alma criolla, a los que, a la primera voz de muerte, subieron, sonriendo, del apego y cobardía de la vida común al heroísmo ejemplar.

¿Quién, quién era el primero en la procesión del sacrificio, cuando el tambor de muerte redoblaba, y se oía el olear de los sollozos, y bajaban la cabeza los asesinos; quién era el primero, con una sonrisa de paz en los labios, y el paso firme, y casi alegre, y todo él como ceñido ya de luz? Chispeaba por los corredores de las aulas un criollo dadivoso y fino, el bozo en flor y el pájaro en el alma, ensortijada la mano, como una joya al pie, gusto todo, y regalo, y carruaje, sin una

arruga en el ligero pensamiento: ¡y el que marchaba a paso firme a la cabeza de la procesión, era el niño travieso y casquivano de las aulas felices, el de la mano de sortijas y el pie como una joya! ¡Y el otro, el taciturno, el que tenían sus compañeros por mozo de poco empuje y de avisos escasos? ¡Con superior beldad se le animó el rostro caído, con soberbio poder se le levantó el ánimo patrio, con brazos firmes apretó, al salir a la muerte, a sus amigos, y con la mano serena les enjugó las lágrimas! ¡Así, en los alzamientos por venir, del pecho más oscuro saldrá, a triunfar, la gloria! ¡Así, del valor oculto crecerán los ejércitos de mañana! ¡Así, con la ocasión sublime, los indiferentes y culpables de hoy, los vanos y descuidados de hoy, competirán el fuego con los más valerosos!... El niño de dieciséis años iba delante, sonriendo, ceñido como de luz, volviendo atrás la cabeza, por si alguien se le acobardaba...

¡Y recordaré el presidio inicuo, con la galera espantable de vicios contribuyentes, tanto por cada villanía, a los pargos y valdepeñas de la mesa venenosa del general; con los viejos acuchillados por pura diversión, los viejos que dieron al país trece hombres fuertes, para que no fuese en balde el paseo de las cintas de hule y de sus fáciles amigas; con los presidiarios moribundos y volteados sobre la tierra, a ver si revivían a punta de sable; con el castigo de la yaya feroz, al compás de la banda de bronce, para que no se oyese por sobre los muros de piedra los alaridos del preso despedazado? ¡Pues éstos son otros horrores más crueles, y más tristes, y más inútiles, y más de temer que los de andar descalzo! ¡O recordaré la madrugada fría, cuando de pie, como fantasmas

justiciadores, en el silencio de Madrid dormido, a la puerta de los palacios y bajo la cruz de las iglesias, clavaron los estudiantes sobrevivientes el padrón de vergüenza nacional, el recuerdo del crimen que la ciudad leyó espantada? ¡O un día recordaré, un día de verano madrileño, cuando al calce de un hombre seco y lívido, de barba y alma ralas, muy cruzado, y muy saludado, y muy pomposo, iba un niño febril, sujeto apenas por manos más potentes, gritando al horrible codicioso: «¡Infame, infame!»? ¡Recordaré al magnánimo español, huésped querido de todos nuestros hogares, laureado aquí en efigie junto con el heroico vindicador, que en los dientes de la misma muerte, prefiriendo al premio del cómplice la pobreza del justo, negó su espada al asesinato! Dicen que sufre, comido de pesar, en el rincón donde apenas puede consolarlo de la cólera del vencedor pudiente de los vencidos miserables. ¡Sean para el buen español, cubanas agradecidas, nuestras flores piadosas!

Y después, ¡ya no hay más, en cuanto a tierra, que aquellas cuatro osamentas que dormían, de Sur a Norte, sobre las otras cuatro que dormían de Norte a Sur; no hay más que un gemelo de camisa junto a una mano seca; no hay más que un montón de huesos abrazados en el fondo de un cajón de plomo! ¡Nunca olvidará Cuba, ni los que sepan de heroicidad olvidarán al que con mano augusta detuvo, frente a todos los riesgos, el sarcófago intacto, que fué para la patria manantial de sangre; al que bajó a la tierra con sus manos de amor, y en acerba hora, de aquellas que juntan de súbito al hombre con la eternidad, palpó la muerte helada, bañó de llanto terrible los cráneos de sus compañeros! El sol lucía en el cielo cuan-

do sacó en sus brazos de la fosa los huesos venerados: ¡jamás cesará de caer el sol sobre el sublime vengador sin ira!

¡Cesen ya, puesto que por ellos es la patria más pura y hermosa, las lamentaciones que sólo han de acompañar a los muertos inútiles! Los pueblos viven de la levadura heroica. El mucho heroísmo ha de sanear el mucho crimen. Donde se fué muy vil, se ha de ser muy grande. Por lo invisible de la vida corren magníficas leyes. Para sacudir al mundo, con el horror extremo de la inhumanidad y la codicia que agobian a su patria, murieron, con la poesía de la niñez y el candor de la inocencia, a manos de la inhumanidad y la codicia. Para levantar con la razón de su prueba irrecusable el ánimo medroso de los que dudan del arranque y virtud de un pueblo en apariencia indiferente y frívolo, salieron riendo del aula descuidada, o pensando en la novia y el pie breve, entraron a paso firme, sin quebrantos de rodilla ni temblores de brazos, en la muerte bárbara. Para unir en concordia, por el respeto que impone en unos el remordimiento y la piedad que moverán en otros los arrepentidos, las dos poblaciones que han de llegar por fatalidad inevitable a un acuerdo en la justicia o a un exterminio violento, se alzó el vengador con alma de perdón, y aseguró, por la moderación de su triunfo, su obra de justicia. ¡Mañana, como hoy en el destierro, irán a poner flores en la tierra libre, ante el monumento del perdón, los hermanos de los asesinados, y los que, poniendo el honor sobre el accidente del país, no quieren llamarse hermanos de los asesinos!

Cantemos hoy, ante la tumba inolvidable, el himno de la vida. Ayer lo oí a la misma tierra,

cuando venía, por la tarde hosca, a este pueblo fiel. Era el paisaje húmedo y negruzco; corría turbulento el arroyo cenagoso; las cañas, pocas y mustias, no mecían su verdor quejosamente, como aquellas queridas por donde piden redención los que las fecundaron con su muerte, sino se entraban, ásperas e hirsutas, como puñales extranjeros por el corazón; y en lo alto de las nubes desgarradas, un pino, desafiando la tempestad, erguía, entero, su copa. Rompió de pronto el sol sobre un claro de bosque, y allí, al centelleo de la luz súbita, vi por sobre la yerba amarillenta erguirse, en torno al tronco negro de los pinos caídos, los racimos gozosos de los pinos nuevos. ¡Eso somos nosotros: pinos nuevos!

TERCER DISCURSO

TAMPA Y CAYO - HUESO

Discurso pronunciado en "Hardman Hall", de Nueva York, el 17 de febrero de 1892.

Cubanos:

El júbilo, mezclado de zozobra, del explorador que adivina bajo la tierra áspera y revuelta el oro puro; del explorador que anunció el hallazgo a los compañeros que se iban a medio camino, no puede compararse con el júbilo del que vuelve ante los que le ayudaron a confiar, con las manos llenas de oro. De oro sin mancha, porque fuera de aquí no he hallado una sola mancha, traigo llenas las manos. Y aun tiemblo de la dicha de haber visto la mayor suma de virtud que me haya sido dado ver entre los hombres, en los hombres de mi patria. Lo que tengo que decir, antes de que se me apague la voz y mi corazón cese de latir en este mundo, es que mi patria posee todas

las virtudes necesarias para la conquista y el mantenimiento de la libertad. Y si hay alcalde mayor o escribiente que lo dude, le enseñaré aquellas ciudades levantadas en libre discusión por las fuerzas más varias y desiguales que sobre la peña y las arenas han ido echando la guerra y la miseria y la dignidad; le enseñaré la casa del pueblo, que todo el pueblo paga y administra, y donde el pueblo entero se educa y se reúne; le enseñaré aquellos talleres donde los hombres, poniendo la vida real de margen a los libros, practican la política, que es el estudio de los intereses públicos, en trabajo que la sana y la modera, y en la verdad que le pone pie firme; le enseñaré aquellas casitas sencillas y felices, con tanta luz y tanta sonrisa y tanta rosa, donde la recién casada recibe a su trabajador con el niño en los brazos, y de testigos los libros del estante y los retratos de los héroes; aquellas casas que tienen dos pisos, uno para la familia que trabaja y otro para los cubanos desamparados; aquellas familias le enseñaré, que cuando la tibieza pública deja caer un club patriótico, a la casa se llevan el estandarte, y con la casa sigue vivo el club; le enseñaré aquellos niños, sin cuello y sin chaleco, que se abrazan llorando al viajero desconocido: «¡acuérdate de mí, que quiero aprender!»; le enseñaré aquellos ancianos que dieron su fortuna primera, y una fortuna más, y sus hijos luego, a la idea de ver libre a su país, y ya de rodillas en la tierra que se abre para recibirlos alzan el cuerpo sobre el brazo moribundo, y dicen: «¡Te adoro, oh patria!»

Mi alegría es mayor porque el levantamiento admirable de espíritu que me ha sido dable ver, el jubileo de corazones que se declaró de sí mismo y que no parece que esté en temple de acabar; el

acuerdo grandioso y conmovedor de los cubanos escarmentados y libres, no fué la obra de ese entusiasmo pasajero, y a la larga más dañoso que útil por la persona única de quien en ocasiones parece depender el triunfo; ni fué atraído, con lenta habilidad, por aquella ambición que va buscándose, en la cautela de la sombra, amigos personales, y cultiva el poder asiduamente con la lisonja fina y las mieles del trato, sino que se mostró, con ocasión de un hombre recogido en sí, en el instante en que el desinterés y sagacidad honrada que se le supone, y la obra ancha y unida que predica, parecen ser las que ordena el país a los que tratan de salvarlo. ¡Ni una palabra habló o escribió el viajero en solicitud, directa o indirecta, de esta demostración y convenio de las almas; ni una palabra escribirá y dirá jamás para sostener, por medio de la discusión o de la intriga, el crédito que en él se ha querido poner, no como premio de lo poco que han hecho, sino como modo de decirle hasta dónde ha de ir, para que la ignominia sea igual al honor, si se tuerce o flaquea antes de acabar la jornada!

¡Y aquel convite de Tampa, primero, que fué de veras como el grito de águila; y aquel sencillo comité del Cayo, que ya a la hora de llegar había prendido en el pueblo todo generoso, y a los pocos instantes, sin el empleo de una sola de las artes usuales del hombre, era abrazo y ternura de manera que los que no se hablaban ayer seguían del brazo por la calle en que se hallaban, y una extraña oratoria poseía, rebotante y soberbia, la lengua de los hombres, y se decían los hombres, unos a otros, hermanos e hijos?

¡Era virtud del hombre silencioso que deja sola a la verdad, sin calzarla ni empujarla con servi-

cios o convenios o carteos o lisonjas, porque si es verdad, sola se ha de amparar y ha de vencer, y si no es verdad, no se le debe buscar amparo? ¡Era magia de un viajero sin fuerzas y sin voz, cuidado ya, como en anuncio y promesa, con el cariño con que los compañeros de batalla se atienden en los campamentos? ¡El adversario mismo venía de amistad, porque volvía a ver que la guerra de Cuba, no tendrá que ser, ni quiere ser, la obra del odio contra el padre honrado de hijos cubanos, ni el esposo bueno de la mujer cubana y la manera de poner a Cuba en condición de que pueda en ella vivir feliz el hombre! Y aquellos rumores de talleres que se engalanaban, de palmeras que se quedaban sin penacho, de trabajadores que deliberaban sobre un tierno presente, de voces nuevas que aprendían del abuelo lleno de cicatrices el saludo de la fe o la música de la guerra, ¿eran tributo, indigno de quienes lo ofrecieran y de quien lo recibiese, a un hombre que sólo la poca vida que le resta puede dar, y no es de aquellos que se ponen de pie sobre la patria, o a espaldas de la patria, a buscar prosélitos con quienes repartir el poder, como quien paga intereses de suma recibida, o cumple con su parte de contrato, sino aquellos que con su justicia han podido ganar respeto suficiente para ayudar a su patria al triunfo, y que quedarse lejos de él, si le alcanza la vida, cuando para mantenerse llegue la hora, que en las sociedades de hombres llega siempre, de las complicidades y de las componendas? No era el acatamiento bochornoso a un hombre en quien sólo se aplaudía el levísimo anuncio de aquella fuerza tenaz de amor, y aquella vigilancia e indulgencia por donde se podrá salvar definitivamente un país que aspira a la libertad con

una población educada sin ella; ni la escena amarga de un pueblo que se fía a un voceador espasmódico, o a un dueño disimulado; porque cosas tristes puedo yo concebir, pero no he podido concebir todavía un cubano abyecto: ¿los hay? ¡no los puede haber!, ¡y no sé si vale la pena de vivir después de que el país donde se nació decida darse un amo!

Era aquel un impulso tan espontáneo de virtud en un pueblo a quien se supone escaso de ella, que sólo un político mezquino, temeroso de que la tacha de vano pudiera dañar los propósitos de su ambición, hubiera sobrepuesto el interés previsor al deber de contemplar con respeto y cariño la demostración que el pueblo hacía de las virtudes que se le niegan: ¡sólo el cobarde se prefiere a su pueblo; y el que lo ama, se le somete! ¡Mayor hubiera sido el arranque, que en lo humano no pudo ser más; y mayor hubiera sido la obligación de someterse a él; porque así era más la prueba que daba el pueblo, en la hora de la necesidad, de las condiciones de desinterés y concordia y agradecimiento y previsión y republicanismo que requiere la hora necesaria! ¡Para canijos la enfermería! ¡Y si se ha de sacrificar desamor honroso de la ostentación pública, se le sacrifica, que la vida vale más, y se la sacrifica también! ¡Póngase el hombre de alfombra de su pueblo!

Yo bien sé lo que fué. Yo amo con pasión la dignidad humana. Yo muero del afán de ver a mi tierra en pie. Yo sufro, como de un crimen, de cada día que tardamos en enseñarnos todos juntos a ella. Yo conozco la pujanza que necesitamos para echar al mar nuestra esclavitud, y sé dónde está la pujanza. Yo aborrezco la elocuencia inútil. Fué que los hombres, necesita-

dos del consuelo y justicia que buscan en la libertad, saludaban el consuelo y la justicia en quien no les ha dado hasta hoy prueba alguna de buscar su adelanto y provecho en la fatiga de la patria, sino el adelanto y provecho de todos. Fué que un pueblo, en que el exceso de odio ha hecho más vivas que en pueblo alguno la necesidad del amor, entiende y proclama que por el amor, sincero y continuo, han de resolverse, y si no, no se han de resolver los problemas que han anudado el odio. Fué que el alma cubana, preparada por su propia naturaleza y por la guerra y por el destierro para su libre ejercicio en la república, creería reconocerse, y así la ocasión de publicarse, en quien no quiere para su tierra remedos de tierra ajena, ni república de antifaz, sino el orden seguro y la paz equitativa, por el pleno respeto al ejercicio legítimo de toda el alma cubana. Fué que las semillas de la sombra daban flor; y de sí misma y sin convenios artificiales, y en los momentos en que la isla española se desmigaja y derrumba; en los momentos en que los mismos héroes desconsolados se suelen doler de la tentativa, a la vez política y sentimental, que fracasó porque no estuvo a nivel de los arranques del sentimiento la organización de la política; en los momentos en que los patriotas fantásticos, y de mera arrancada, pudiesen creer que el alma de Cuba fué como flor de aroma, que se entreabre un instante y se desvanece luego al viento, surge una, desde Cayo Hueso a Nueva York, el alma cubana, libre de los vicios que parecían incurables en ella, fuerte con las virtudes de energía y cautela y concordia que no le pueden conocer los que en vano la buscan donde el pensamiento se sienta a la mesa de los boquerones y de la man-

zanilla, y el genio mismo tiene que partir con la desvergüenza el pedazo de pan. ¡Fué que hemos cumplido la promesa que en los doce años de labor veníamos empeñando al país, que hemos vigilado desde la obscuridad, que hemos deshecho y rehecho, que hemos purgado y renovado, y que, cuando la patria, a despecho de sus agoreros, se palpa el corazón, cualesquiera que sean las llagas del cuerpo y el corte del vestido, el corazón está sano!

En la niñez, cuando le nace al corazón ingenuo la flor primera de la maravilla, y la educación necia nos aparta, en Cuba, como en todas partes, de la joyería viva del jardín, y el templo grave y solemne de la naturaleza, póstrase el alma de admiración y poesía al oír en la iglesia, que rehuirá después, resonar por entre las arañas que remedan los luminaires del cielo, y las cortinas que imitan los caprichos que borda en las nubes el sol, las notas que parecen cernerse por las naves pomposas como bandadas de almas. Y el viajero, sorprendido por la puesta de la luz en la cumbre del monte, olvida atónito un momento el afán y el pecado de la vida, y rodeado de llamas se sumerge en el himno glorioso de la naturaleza; ¡pues digo que jamás tuve un goce tan puro, y de tan íntima majestad, como entre los míos, entre mis cubanos, entre mis guerreros y mis ancianos y mis trabajadores: jamás, ni en la iglesia, de niño, ni en la cumbre del monte!

La madrugada iba ya a ser—¡bien lo recuerdo!—cuando el tren que llevaba a un hombre invencible, porque no le ha abandonado jamás la fe en la virtud de su país, arribó, bajo lluvia tenaz, a la estación donde le dió la mano, como si le diera el alma, un amigo—nuevo y ya involida-

ble—que descansó junto al arroyo al lado de Gutiérrez, que oyó a Joaquín Palma en las veladas de la selva, que montó a caballo al lado de Castillo. No se hablaban los hombres, de tanto como se decían. La casa de la patria estaba henchida de leales. Ceñían las columnas embanderadas orlas de pinos nuevos. Lució el sol, y con él el amor inusitado, los conocimientos súbitos, el deleite de verse juntos en el amanecer de la época nueva, el orgullo de mostrar y de ver la familia dichosa, el liceo con sus lujos, el consejero que va y viene, poniendo bálsamo dondequiera que ve herida, y libros y periódicos y lecciones en la mesa atenta del trabajador: el orador, que arranca a su grandeza natural la elocuencia más fiera y entrañable que puede oír la tribuna; el médico, que olvida, en la casa que con su labor le compró a su compañera, la pompa de París; el petimetre redimido que enseña con orgullo, en el respeto de todos y en su hogar holgado, su obra fuerte de hombre; el artesano elegante y caballeresco, fuente de amor y ejemplo de la juventud, que estuviera bien en la más pulcra sala; el guerrillero de poco hablar, fuerte por la bondad y por el brazo, que con la mano que guió al potro por los bosques lleva a sus hijos, camino del trabajo, a la mejor escuela; el criollo enamorado, verboso y meliflúo, que se da entero a los que acatan la justicia y se revuelve también contra los que la niegan; el niño que va, vestido como de fiesta, a la mesa del oficio, donde asoma entre el cuchillo y los recortes, la poesía que acaba de hacer, o su libro de cuentos, o su libro de física; y la anciana del taller, que del trabajo de sus manos sustenta en los castillos a los presos de la patria, y en el hospital a sus enfermos, y con la pluma elocuentísi-

ma flagela o aconseja, como modo de descansar, a los que le parece que no le aman la patria según se debe, desde aquel cuarto blanco suyo con la mesita de pino y las cortinas como de novia cuidadosa y el vaso lleno siempre de madre selvas. ¡Hubo en Tampa disensiones algún día, o modos diversos de pensar sobre la urgencia de levantarse al fin, con un espíritu y un brazo, todos los que quieren ordenar con tiempo la salvación del país? ¡Lo que sé es que en tres días de belleza moral inmaculada no se vió mano encogida, ni reserva enconosa, ni celos de capitaneo, ni aquellos comercios abominables que suele ofrecer al patriotismo puro el anhelo de la autoridad, sino fiesta increíble en que se fundían los hombres! Y cuando el viajero, con aquella grandeza ennoblecida, volvió los ojos al decir adiós, los ojos inseguros, ni campos diversos ni rivales ni perezosos ni descarriados vió, sino un pueblo, sembrado de antorchas, detrás de la bandera única de la patria.

La tarde era—¡bien lo recuerdo!—cuando un vapor, engalanado por el respeto extranjero, que sabe a veces más del porvenir que el respeto propio, iba serenando sobre el mar azul la marcha que lo acercaba a un muelle rebosante. De oro era el aire y chispeaban, como combatiéndose, los rayos del sol. ¿Y es de otros aquella isla, labrada y hermo sea por el esfuerzo cubano? ¿Y no cargaremos con ella, como nuestra alma invencible que ha sido, y nos la clavaremos en el costado, para monumento de sus fundadores y objeto de nuestra justa admiración? Ni mucetas ni diplomas me admiran tanto como el poder de crear, con los retazos de un pueblo de amos y de siervos que fué echando la casualidad sobre la roca, un pueblo que pe-

cho a pecho lanzó al mar el crimen con que lo envenaban, y levantó sin ayuda ni modelo, donde los que le hubieran podido servir de ejemplo nada habían levantado, la casa de trabajo en que viven en paz, con la franqueza y energía del pecho libre, los hombres de razas y procedencias diferentes que un sistema de odio crió cuidadosamente para esclavos. Pero ¿era allí, a aquella fiesta, adonde iba el viajero, o allá, a las playas vecinas, donde los muertos despiertan, donde espera el caballo? Por el portón del muelle obscuro, henchido de cabezas, salía, como una virgen, el estandarte patrio.

Y al día siguiente entraron por la puerta del viajero enfermo un patriarca ya al caer, a quien no podía verse sin deseos de llorar, y un guerrero que se distingue en la paz por su civismo como en la guerra brilló por el valor, y un periodista que no sabe lo que es quebrar, ni desviar, la pluma que juró a la patria; y en nombre de los patriotas veteranos del lugar, ni a discordias ni a recelos ni a reparos dijeron que venían, sino a declarar, por la boca sentenciosa del anciano, que no hay más que un alma entre los cubanos que anhelan la felicidad de su país. ¡Ya no habla el que habló allí tan bien; ya están solos los robles de su casa señorial; ya le nace la gloria sobre la sepultura!

Abrieron los brazos al recién venido aquellos que por el puntillo humano, o por los desconocimientos de la distancia, o por los desvíos que dejó tras sí, injusta e imprevisora, la época anterior, pudieron verlo como el mero convidado de un grupo de jóvenes fervientes, o al transeúnte pedantesco que sólo que aprender tuviera de los padres gloriosos de nuestro Cayo. ¡Y lo que de Tampa

arrancó, y allí se consagró, tropezará en una hoja de hierba o en un grano de maíz, pero en Cuba irá a terminar! «Yo siento en mi corazón»—decía en junta solemne un comerciante que de los frutos de su comercio le pone escuelas a la patria, y en las batallas de la vida conserva el fuego de la adolescencia heroica—«yo siento que en este programa que firmamos está la independencia de mi país.» Y el pobre y el rico, y el cubano de padres africanos y el cubano de padres europeos, y el militar y diputado de la guerra, y el periodista incansable de la emigración, y el que cree bien las sociedades como están, y los que creen que de otro modo estarían mejor, como a honra pedían poner la firma al programa de unión de los cubanos, de los cubanos de afuera y de adentro, de los cubanos de ayer y de mañana, de los cubanos que yerran o maltratan de buena fe y los que sufren injustamente de sus errores; y proclamo que no asistí jamás, en una vida ya larga de labores difíciles, a reunión de hombres reales y de propio pensar, de hombres probados y de voluntad poco llevadiza, que movieran mi alma a la reverencia y ternura a que la movió aquella junta de cubanos. Aun la tengo delante, y respondo con ella a los que creen que en el alma cubana hay como un duende artístico, y de muy peregrina y criolla composición, empeñado en avivar todas las malas prendas y sofocar toda virtud; a los que por ignorancia supina de la naturaleza perenne del hombre, o carencia de aquella humildad que pone el juicio en la perspectiva natural, tienen por tacha ingénita del carácter en Cuba que aquella dificultad que los hombres en todas partes experimentan para avenir sus ideas y pasiones, a los que no vieron, en sus tres días de la-

bor, aquella junta de patricios donde, al discutir libremente los mejores medios de coronar en el país la obra revolucionaria, de organizar a los cubanos en un cuerpo que asegure la acción enérgica, secreta y responsable, por donde los partidos ejecutivos de guerra se diferencian de los partidos deliberantes de paz, y congregar las fuerzas revolucionarias de manera que sus movimientos se ajusten a su composición real, y la autoridad se distribuya en relación estricta a los servicios, al reunir en un código revolucionario, sin choques y sin hipocresía, cuantas realidades pudieran inhabilitarse por desconfianza o por recelo, no asomó un solo interés, no se levantó un solo egoísmo o vanidad, no se oyó la palabra reticente y fría que afea las más nobles deliberaciones humanas. ¡Eramos cubanos! Y si aquellos hombres obraban con reserva o mala fe, lo supondrá quien no los conozca, no quien, como yo, los vió crecer con su propia nobleza, los ojos relampaguearles, las manos buscarse unas a otras, la palabra—como innecesaria—huir, la bolsa abrirse impaciente a quien no iba a poner la mano en ella, y los congregados en pie, como cuando lo sublime pasa. ¿Y cómo recordará la gratitud, cómo podrá recordar la reverencia, sin que parezca exageración o vanagloria, aquel día patrio que duró cuatro días; aquel triunfo de la idea nueva entre pabellones y entre palmas; aquel paseo del convidado de la juventud por la academia de los talleres, y los nidos felices de nuestro trabajo, y la casa de los huérfanos y de las viudas de la patria? ¿Cómo podrá el convidado, sin parecer lisonjero, decir, donde no se oiga, que la acompañó en aquella cohorte de jóvenes todo el mérito humano; que el ojo triste y sagaz de quien co-

noce los bastidores de la vida, y los títeres de la virtud, no puede descubrir, en días en que iban las almas desarmadas y desnudas, un ápice siquiera de la pasión de mando o de notoriedad, rayana a veces en el mismo crimen, que suele cabecear disimulada bajo los ímpetus simpáticos del patriotismo? Vaciar-se unos en otros, como los metales afines que van ligando la joya en el crisol, fué, en competencia donde todos fueron vencedores, el afán de aquella juventud apostólica; de aquellos médicos frustrados que de la universidad tiránica de la colonia subieron de estudios a la universidad más cierta de la vida; de aquellos letrados en ciería que, por la picadura de la dignidad, prefirieron al bufete exangüe de los dominadores la mesa viril donde no mancha el pan la mentira ni el soborno; aquellos graduados del taller, lectores asiduos de historia y de filosofía, que en el correr de la velada, sin el tocado de la preparación ni los abalorios y moños de la conferencia, discurren, como en ateneo de verdades, sobre el derecho y la belleza por donde el mundo es bueno, y los planes y modos por donde el hombre aspira a mejorarlo. Una hoguera y un juramento es todo aquella juventud, no criada como otra a alpiste ajeno, sino al valiente esfuerzo de su brazo. ¡El trastorno y poder de la batalla embellecían la cohorte impaciente, cuando detrás de la bandera misteriosa que asomó sin cesar en las manos de un niño, detrás del caballo de aviso, negro como la cerrazón del cielo y con la plata del arnés echando luz, acudía con el viajero enamorado a los talleres a que el concurso religioso, en las galas todas de la más fina cultura, daba elegancia y aire de liceo! ¡El trabajo: ese es el pie del libro! La juventud, humillada la ca-

beza, oía piafante, como una orden de combatir, los entrañables aplausos! ¡Uno era la bandera, y las palmas, y el gentío! Niñas allí, con rosas en las manos; mozos ansiosos; las madres levantando a sus hijos; los viejos llorando a hilos, con sus caras curtidas. Iba el alma y venía, como pujante marejada. ¡Patria, la mar se hincha... La tribuna, avanzada de la libertad, se alzaba de entre las cabezas, orlada por los retratos de los héroes. Rifles que vieron pētea daban guardia al camagüeyano que no muere. ¡Allí era otra vez su palabra gigantesca, aquella que tenía él cuando arengaba a sus soldados, con el bosque de escenario y de tribuna los estribos; allí era otra vez, en los labios de todos su consejo de orador, y su vehemente censura del delito de impedir, con los pretextos familiares a aquel patriotismo tan semejante a la tradición, la guía sana y enérgica de la libertad, y el arranque seguro de sus fuerzas todas, que sólo combaten los que en el sagrado de la patria buscan, antes que el bien público y el decoro del hombre, su autoridad o su provecho. ¡Bandera fué el pueblo entero, y por entre una calle y otra vió la comitiva a los niños blancos y negros apiñados a la puerta de la escuela, cuando, rendida el alma de dicha patriótica, iba camino del último taller, tras la bandera, en las manos del niño misterioso, tras el caballo, que parecía preferir el rumbo de la mar!

No en sí pensaba, en Tampa ni en Cayo Hueso, el viajero feliz, aunque lo rindiese la dicha del agradecimiento; ni tomaba aquellas festividades como mérito propio y cúspide de su fortuna, sino como anuncio de lo que puede ser el alma cubana cuando el amor la inspira y guía. Ni le escondía aquel pórtico embanderado el camino de

tinieblas que han de probar los ayes que acompañan, en el misterio materno, el nacimiento de la libertad. Ni en escarceos indignos oratorios iba pensando aquel que a cada paso era sorprendido por tales pruebas de la grandeza del corazón de su país, que a la oratoria más osada hicieran enmudecer, y a la más peripuesta le hubieran aventado los perejiles, y sólo dejaban paso a un silencio que caía sobre los hombros como una investidura. ¡La armadura se veía bajar del cielo, y el ritual lo leía la patria en la sombra, y las mujeres volvían a dar al hombre la caballería, y juraba el hombre llevar mientras viviese el acero cosido a la muñeca, el acero de que se fabrican a la vez las plumas y las espadas. Ni de nada hubiesen valido las oratorias aprendidas, ni aquellas frases bataneadas y traspuestas, y redondas a fuerza de fuelle, con que los narcisos de la elocuencia se encaran con los rivales y emociones comunes; porque a aquellos tablados de taller, alzados a porfía con las dádivas sobrantes de los obreros entusiastas, y clavados por sus manos trabajadoras, como símbolo de que la tribuna de la verdad se mantendrá siempre, cuando todas las demás tribunas caigan, por la fuerza y la fe de los hijos del trabajo; a aquellos tablados prendidos con los colores de nuestro corazón por las compañeras que no nos echan en cara las virtudes que prefieren a la comodidad sin la honra; a aquellos tablados subían, con la luz del instante, y un discurso como ungido y angélico, los hombres que han adornado, con cultura que pocos les conocen, la sana verdad que descubren por sí en los ajustes y durezas de la vida, y sale fluyendo de sus labios en estrofas de limpia hermosura, en imágenes nuevas y felices, en ideas sagaces y

esenciales y en torrentes de aquella hermandad que no he de sufrir que nadie me la niegue a la ejemplar alma cubana. ¡Otros hablen de castas y de odios, que yo no oí en aquellos talleres sino la elocuencia que funda los pueblos, y enciende y mejora las almas, y escala las alturas, y rellena los fosos, y adorna academias y parlamentos. Esos han sido los comicios verdaderos, y no otros falsos adonde iban nuestros compatriotas, de medio corazón, a la batalla inútil. Esa es la liza diavina y libre donde ha continuado cumpliéndose, aunque no quieran verlo los que miran demasiado en sí, o han vivido donde no está la verdad, o tachan de vano cuanto no les place, o por inveterada hinchazón propia no hallan espacio en el mundo para lo ajeno, aquella concordia creciente de nuestros factores burdos y hostiles que en la guerra útil e indispensable se comenzaron a fundir, y han continuado conociéndose y apretándose en la miseria bajo la tiranía, y en la fatiga creadora del destierro. Los pueblos, como los volcanes, se labran en la sombra, donde sólo ciertos ojos los ven; y en un día brotan hechos, coronados de fuego y con los flancos jadeantes, y arrastran a la cumbre a los desiertos, apacibles de este mundo, que niegan todo lo que no desean, y no saben del volcán hasta que no lo tienen encima. ¡Lo mejor es estar en las entrañas y subir con él!

En las entrañas es donde he oído palpar ese corazón de amor que manaba grandeza y ternura por los labios de aquellos que en el dolor de la vida hubieran podido aprender, si no llevaran en sí la majestad e independencia de cubanos que llevan, aquellos odios de rincón con que el hombre en los países menos generosos y altivos depone, por los problemas menores de su oficio, su

autoridad y obligación en la tarea de edificar y mantener el pueblo que a todos los contiene, y a todos los aflige con su ruina o con su abundancia los sustenta. ¡Caballeros de la verdad y la palabra humana, y casacas de la virtud, y magníficos cuelliparados del patriotismo eran aquellos hombres, de cuello alto o bajo, que de la tribuna se asían como de su dominio natural, y proclamaban en ella que la política, o modo de hacer felices a los pueblos, es el deber y el interés primero de quien aspira a ser feliz, y entiende que no lo puede ni merece ser quien no contribuya a la felicidad de los demás; que la política o arte de ordenar los elementos de un pueblo para la victoria es la primera necesidad de las guerras que quieren vencer; y las que no quieren vencer, sino corretearse y rendirse, ésas no llevan plan ni espíritu, que es no llevar política. Proclaman que en la casa de la patria, ni el derecho se ha de mermar, ni se ha de exagerar, y que, por la nobleza peculiar criolla y aquella alma común que crían los hombres en lo verdadero de la vida, estarán juntos en la hora del sosiego los que juntos se han defendido en la tempestad. Eran brazos abiertos las palabras aquellas, y la elocuencia, aun en los labios vírgenes, era profecía y unción. Se derramaban las almas, y en los corazones de los cubanos presidía, como preside su efigie la escuela y el hogar, aquel que supo echar semilla antes de ponerse a cortar hojas; aquel que habló para encender y predicó la panacea de la piedad, aquel maestro de ojos hondos que redujo a las formas de su tiempo, con sacrificio insigne y no bien entendido aún, la soberbia alma criolla que le ponía la mano a temblar a cada injuria patria, y le inundaba de fuego mal sujeto la pupila hú-

meda de ternura. ¡Yo no vi casa ni tribuna, en el Cayo ni en Tampa, sin el retrato de José de la Luz y Caballero!... Otros amen la ira y la tiranía. El cubano es capaz del amor, que hace perdurable la libertad.

A mí, demagogo me podrán decir, porque—sin miedo a los demagogos verdaderos, que son los que se niegan a reconocer la virtud de unos por halagar la soberbia de otros—creo a mi pueblo capaz de construir sobre los restos de una mala colonia una buena república. Demagogo me podrá decir un felino cualquiera, o cualquier alma alquilona, de esas que no van y vienen sino donde hay gala y reparto; porque es moda, del enemigo sin duda, tachar de demagogo a quien procure, por la unión y el roce libre de todas sus fuerzas, salvar a la patria de la demagogia verdadera, de los autoritarios que pululan entre los pobres como entre los ricos, de los segundones brillantes o rastreros, que se pasan la vida de salario y gustan más de la compañía de quien lo paga que de quien lo gana. Quien crea, ama al que crea, y sólo desdén a los demás quien en el conocimiento de sí halla razón para desdeñarse a sí propio. Demagogo me digan, que Madrid y nuestros madrileños algo han de decir; pero publico que allí he visto al que vende de mañana sus lencerías, guiando el carro de su comercio por las calles alegres, citar de puerta en puerta, con enojos de creador, para la junta donde se ha de defender una libertad, o para la fiesta donde van a esparcir unidos el ánimo los obreros y los que los emplean; al que recibe en sus brazos el cadáver del amigo, y se lleva a su hogar al padre solo, y lo mimaba o venera como a padre; al que en la mesa del taller enrolla la hoja del tabaco y escribe ver-

sos próceres, o párrafos de fuego y pedrería en la mesa augusta de su casa; al que lee a los obreros, de patria y de moderación, a la hora del oficio, con voz que ni lisonjea ni se vende, y cierra el libro ajeno para leer del propio suyo, de la majestad silenciosa de su vida oscura, con oratoria que es llama y sentencia, y patriotismo caldeado a hierro blanco; al artesano endeble, niño aún, de cabeza apolínea, que sube a la tribuna y baja con la gloria; al mozo de la universidad y la riqueza, a quien el padre, al caer por su país, legó la casa desamparada, la casa criolla de toda la familia, y, con los libros de almohada y la casa del brazo, se vino al decoro del destierro a levantar su tienda de trabajador; a la enfermera de la guerra, aun no cansada de curar, que va a ver al enfermo forastero con el chal que le ganó el hijo en el último ataque, blanco el vestido como la niñez de su alma, y el chal azul; al bravo de diez años que en la fiesta, toda de luz, con que honra a la visita, muestra orgulloso la casa de sus esfuerzos, que por dentro y por fuera no es más que un jardín, habla de la abundancia de su pecho, como fino orador, y llama al coro del piano a los ocho hijos, que cantan la música de guerra que compuso el padre, ¡y si se olvida una estrofa, la apunta la madre impaciente, que estuvo en la guerra los diez años! ¡El niño levanta al cielo el clarín en que lo ensaya el padre, y la mujer de Cuba no ha olvidado todavía el modo de ceñir el machete a su esposo, en la casa de palmas! Unos chocan las copas, en el último espasmo del festín, ¡y otros las rompen! ¡Demagogo me digan; pero yo vengo de ver, en la ciudad que nuestros abuelos cubrieron con todos los vicios de la servidumbre, la práctica arraigada y continua de to-

das las virtudes indispensables para la fundación y el goce de la libertad!

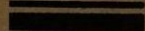
Para proclamarlo estamos aquí, porque desde la angustia del país es necesario que se vea por dónde viene y de qué luz se guían los que están de marcha—¡de marcha final!—para rescatarlo. Para eso estamos aquí, y para decir que le cumplimos a la patria lo que le teníamos ofrecido, y que en la hora en que las fuerzas disueltas que luchan fuera de la realidad echan las manos al cielo y se entran despavoridas por los bosques, los bosques no estarán solos, porque nosotros los tendremos poblados.

Vano sería el júbilo evangélico que parece poseer, como por consejo superior a la mera previsión del hombre, a los que anhelan con el espíritu puro la dicha de la patria; vana sería la capacidad criolla para levantar en arenales y peñones asilo digno del ideal, recobrado ya de sus primeras heridas y pronto a bregar sin rencor con los obstáculos de afuera y con los que la historia inevitable le pone en sí; vano sería este encendido amor del corazón cubano que, por la armonía y abundancia con que se refleja en él la de nuestra naturaleza, une en concordia las corrientes que suelen ir apartadas o encontradas en los hombres; porque ni el júbilo del deseo, ni la viveza de la inteligencia, ni la bondad del alma son fuerzas bastantes para aspirar con éxito a la formación de un pueblo, sino la capacidad de ordenar a tiempo los elementos indispensables para la victoria.

¡Y el vapor embanderado, y los talleres henchidos, y los enemigos que se abrazan, y el caballo caracoleador, serían mera espuma de mar muerto, últimos restos de un naufragio ilustre,

si hoy que viene el aviso de nuestras entrañas y baja la voz de lo que está por encima de nuestras cabezas; hoy, que algo nos empuja a unos en brazos de otros, como cuando avisa la centinela, y los valientes descuidados corren a las armas; hoy que, como en un horno magnífico, se arrojan todas las pequeñeces de la pretensión, todas las debilidades del aislamiento, todas las reservas de la antipatía, todas las diferencias de las distancias, y en un fuego iluminador se funden y consumen, para que no se vea de lejos más que llamarada, ¡usaremos nuestra libertad para disponer con tiempo y grandeza el modo de servir a la patria infeliz, o mereceremos el estigma de la Historia por no haber unido nuestras fuerzas con el empuje necesario para salvarlas? ¡Estas citas que nos estamos dando a un tiempo, este abrazo de los hombres que ayer no se conocían, esta miel de dulzura y de arrebató místico en que se están como derritiendo los corazones, y este arranque brioso de las virtudes más difíciles, que hacen apetecible y envidiable el nombre de cubano, dicen que hemos juntado a tiempo nuestras fuerzas, que en Tampa aletea el águila, en Cayo Hueso brilla el sol, y en Nueva York hay luz de nieve, y que la Historia no nos ha de declarar culpables!

ÍNDICE



ÍNDICE

Páginas

PRÓLOGO

Martí, orador; por Alberto Ghiraldo . . . 9

DISCURSOS

I.—Discurso pronunciado en la velada que, en conmemoración del 10 de octubre de 1868, se realizó en «Masonic Hall», de Nueva York, la noche del 10 de octubre de 1887..... 17

II.—Discurso pronunciado en la velada que, en conmemoración del 10 de octubre de 1868, tuvo efecto en «Masonic Hall», de Nueva York, el 10 de octubre de 1888.. 35

III.—Discurso pronunciado en la velada que, en conmemoración del 10 de octubre de 1868, se celebró en «Hardman Hall», de Nueva York, el 10 de octubre de 1889... 41

IV.—Discurso pronunciado en la gran fiesta artística celebrada en honor de Heredia, en «Hardman Hall», de Nueva York, el 20 de noviembre de 1889.....	57
V.—Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria celebrada en la Sociedad Literaria Hispano-Americana, de Nueva York, el 19 de diciembre de 1889.....	77
VI.—Discurso pronunciado en la velada que, en conmemoración del 10 de octubre de 1868, tuvo efecto en «Hardman Hall», de Nueva York, el 10 de octubre de 1890..	91
VII.—Palabras pronunciadas en la velada artístico-literaria celebrada por la Sociedad Hispano-Americana, de Nueva York, el 3 de marzo de 1891.....	107
VIII.—Discurso pronunciado en la velada que, en honor de Centro América, celebró la Sociedad Literaria Hispano-Americana, de Nueva York, en junio de 1891.....	111
IX.—Discurso pronunciado en la velada que, en honor de Méjico, celebró la Sociedad Literaria Hispano-Americana, de Nueva York, en 1891.....	117
X.—Discurso pronunciado en la velada que, en conmemoración del 10 de octubre de 1868, tuvo efecto en «Hardman Hall», de Nueva York, el 10 de octubre de 1891..	123
XI.—Discurso pronunciado en la velada que, en honor de Simón Bolívar, celebró la Sociedad Hispano-Americana, de Nueva York, el 28 de octubre de 1893.....	135

XII.—Discurso pronunciado en la reunión pública celebrada en «Hardman Hall», por los cubanos de Nueva York, el 31 de enero de 1893.....	147
XIII.—Discurso pronunciado en la velada que, en honor de Venezuela, celebró la Sociedad Literaria Hispano-Americana, de Nueva York, el año 1892.....	161
XIV.—Discurso pronunciado en la fiesta que, en honor de Fermín Valdés Domínguez, tuvo efecto en el salón «Laeger's», de Nueva York, el 24 de febrero de 1894.....	169

TRES DISCURSOS HISTÓRICOS

<i>Primer discurso.</i> —Discurso pronunciado en Tampa, en la noche del 26 de noviembre de 1891, en la velada ofrecida por el club Ignacio Agramonte.....	181
<i>Segundo discurso.</i> —Discurso pronunciado en Tampa, en la noche del 27 de noviembre de 1891, en la velada organizada por la Convención cubana para conmemorar el fusilamiento de los estudiantes de Medicina, en la Habana, el 27 de noviembre de 1871.....	199
<i>Tercer discurso.</i> —(Tampa y Cayo-Hueso).—Discurso pronunciado en «Hardman Hall», de Nueva York, el 17 de febrero de 1892.	207

OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ MARTÍ

ORDENADAS Y PROLOGADAS

POR

ALBERTO GHIRALDO

VOLÚMENES PUBLICADOS:

VERSO

I.—Lira guerrera.

II.—Lira íntima.

PROSA

III.—Patria.

IV.—Libertad.

V.—Nuestra América.

VI.—El libro de los juicios.

VII.—Tribunicias (1).

EN PRENSA:

VIII.—Recuerdos de la guerra.

IX.—Vida yanqui (1886-1888).

X.—Vida yanqui (1888-1890).

XI.—Hombres.

XII.—La edad de oro (Un libro para niños).

XIII.—Amistad funesta (novela).

XIV.—Epistolario.

TRADUCCIONES:

XV.—Ramona (novela de Helen Hunt Jackson).

XVI.—Misterio (novela de Hugo Conway).

Precio: 5 ptas. ejemplar

(1) Edición en papel especial para bibliófilos, numerada del 1 al 200. Precio del ejemplar: 10 pesetas.

ALBERTO GHIRALDO

ANTOLOGÍA AMERICANA

VOLÚMENES PUBLICADOS:

- I.—Precursores.
- II.—Precursores.
- III.—Lira heroica.
- IV.—Lira romántica (Primera época).
- V.—Anecdotario.

EN PRENSA:

- VI.—Musa popular.
- VII.—El pensamiento argentino.

OTRAS OBRAS:

- Yanquilandia bárbara.
- La novela de la Pampa (Narraciones argentinas).
- Mi canción. (Canción cívica.—Canción del deportado.—Canción de amor.)

BENITO PÉREZ GALDOS

OBRAS INÉDITAS

ORDENADAS Y PROLOGADAS

POR

ALBERTO GHIRALDO

VOLÚMENES PUBLICADOS:

- I.—Fisonomías sociales.
- II.—Arte y crítica.
- III.—Política española (Tomo I).
- IV.—Política española (Tomo II).
- V.—Nuestro teatro.
- VI.—Cronicón (1883-1886).
- VII.—Cronicón (1886-1890).
- VIII.—Toledo (Su historia y su leyenda).
- IX.—Viajes y fantasías.

EN PRENSA:

- X.—Memorias.
- XI.—La novela en el tranvía y otras páginas.
- XII.—Crónica de Madrid.
- XIII.—Epistolario.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

PQ7389
.M2
v. 7
1929

CAP. 8475

AUTOR

PQ7389

.M2

v. 7

1929

CAP. 8475

AUTOR

Concesionario exclusivo para la venta en librerías:



Precio: 5 pesetas.